ANGEL RAMA

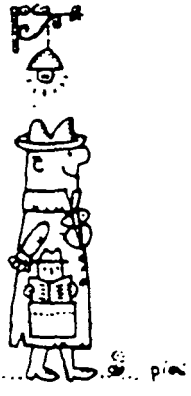


LA CIUDAD LETRADA

arca

Angel Rama

LA CIUDAD LETRADA



Angel Rama

LA CIUDAD LETRADA

Prólogo
Hugo Achugar

arca

© arca
ANDES 1118 bis
TEL.: 902 44 68 - Fax: 903 01 88
Montevideo, 1998



Queda prohibida cualquier forma de reproducción, transmisión o archivo en sistemas recuperables, sea para uso privado o público por medios mecánicos, electrónicos, fotocopiadoras, grabaciones o cualquier otro, total o parcial, del presente ejemplar, con o sin finalidad de lucro, sin la autorización expresa del editor.

Se terminó de imprimir en el mes de febrero en los talleres gráficos de ARCA S.R.L.
Andes 1118 - Montevideo, Uruguay

Depósito Legal Nº 297-029
ISBN: 9974-40-024-1

Indice

pág.

Prólogo 7

Capítulo I:
La ciudad ordenada 17
Notas

Capítulo II:
La ciudad letrada 31
Notas

Capítulo III:
La ciudad escrituraria 43
Notas

Capítulo IV:
La ciudad modernizada 61
Notas

Capítulo V:
La polis se politiza 83
Notas

Capítulo VI:
La ciudad revolucionada 103
Notas

Prólogo

La creciente especialización de críticos y profesores, está conduciendo a una lectura fragmentaria de la cultura latinoamericana y, en algunos casos, a una lectura provinciana en el doble sentido de local y de aislada- de los demás aspectos de la sociedad. Incluso, últimamente, la lectura descentrada parece surgir como el modo válido por excelencia de dar cuenta del producto cultural. Lecturas orgánicas que asuman la complejidad, la riqueza y la variedad del proceso histórico cultural de Latinoamérica, son escasas y, en algunos casos, evitadas por ser entendidas como racionalizaciones irreales o atentatorias de la «especificidad» literaria, estética o cultural. La propia departamentalización del conocimiento contemporáneo ha contribuido a esta especie de balcanización del esquivo objeto del deseo académico que parece ser Latinoamérica. Por suerte, la visión totalizante o de conjunto, existe. Existe y, en lo que atañe a nuestra América, no se presenta como la sumatoria de unidades político-geográficas, sino como una concepción cultural vinculada con un proyecto de patria grande que, por supuesto, implica la consideración del quehacer cultural latinoamericano como una actividad del hombre histórico viviendo en sociedad. Esta visión totalizante, poco tiene que ver con el survey o con el panorama tipo sightseeing turístico o con el briefing codiciado por los ejecutivos de la cultura. Se refiere, en cambio, a aquella visión que asume a Latinoamérica como un cuerpo vivo y provocativo de tensiones y luchas que configura una identidad cultural particular. Un cuerpo trabajado por contradicciones y paradojas, por lo mismo que es considerado el espacio de una lucha ideológica, cultural y social. Es a ese tipo de visiones y a esa apuesta a un determinado proyecto de patria grande, que pertenece el grueso de la obra de Angel Rama y, en particular ***La ciudad letrada.***

Libro póstumo, este ensayo entronca con la continuada labor latinoamericanista que Rama cumplió hasta su muerte. En ese sentido, y de modo similar a Martí, a Romero, a Henríquez Ureña, a Quijano y a tantos otros en diversas disciplinas y en distintas épocas, la labor de Angel Rama ha sido la de un maestro latinoamericano que pensó e imaginó la cultura de nuestros países como

una totalidad. Un todo heterogéneo de difícil reducción en términos de cliché. Un todo con historias particulares, con énfasis y ritmos diferentes, pero nunca ajenos y nunca totalmente desmembrado o descentrado. Seguramente porque para quien mira la historia y la cultura desde la periférica latinoamérica es difícil adherir a las teorías desmembrantes y descentradas postuladas en las metrópolis cada vez que vuelven a descubrir la ubicación de **Onphallus** *en sus universidades. No, Rama no adhirió al desmembramiento y* **La ciudad letrada** *es un ejemplo más de su práctica intelectual en esa dirección.*

Rama es un cuerpo cultural, un trabajador de la cultura nacional y continental que supo animar **Marcha**, *Arca y también* **Escritura** *y la Biblioteca Ayacucho y, por sobre todo, supo impulsar el trabajo de los jóvenes.*

El desprendimiento, la lucidez y la atención intelectual estuvo presente en su acercamiento a los jóvenes. Apostaba a la juventud por su condición de maestro. Somos muchos los que, de un modo u otro, aprendimos a crecer gracias a su lucidez y a su entusiasmo. Y el somos -es necesario insistir- incluye a sus compatriotas uruguayos, pero también a sus alumnos caraqueños, argentinos, colombianos, puertorriqueños y norteamericanos. El rasgo que define su condición es la pasión. Se escribe y se enseña por pasión, decía. Pasión que alienta esas dos espadas de que habla al cerrar **La ciudad letrada**: *las espadas de los dos poderes del mundo. Pasión que han encarnado tantos hombres desde el Renacimiento hasta nuestros días y que Rama asume con lucidez y consecuencia.*

Por lo mismo, no escribió obras de teatro y narraciones por el simple placer hedonista de la palabra, sino por pasión. No escribió sobre Arguedas, sobre los nuevos narradores latinoamericanos, sobre la tarea del intelectual exiliado, sobre literatura norteamericana ni sobre el sistema cultural de nuestros países por diversión o exigencia académica, lo hizo por pasión. Por pasión tomó posiciones no siempre compartibles y por pasión tomó el camino del magisterio. El pudo decir como el Gorgias de Rodó: «Por quien me venza en honor». Pasión y generosidad y latinoamericanismo y, sobre todo, fidelidad a un cuerpo de ideas que sabía más duradero que su envoltura material.

La pasión lo llevó a más de una polémica. Lo llevó también a conflictos con enanos intelectuales y con burócratas. Algunos de esos enanos intelectuales y de esos burócratas se sintieron molestos con sus escritos y con sus ideas. Enanos los hubo en Montevideo como en Caracas, burócratas especialmente en los Estados Unidos. Pero al fin de cuentas, enanos intelectuales y burócratas resultan términos intercambiables. Polemista por pasional, Angel Rama nunca rehuyó la discusión:

era de los que creen que el silencio, en algunas ocasiones, ofende más a quien calla. No creía en los mitos que intentan manipular conciencias ni en los mitos que mienten la realidad, sino en aquellos y sólo en aquellos que son fundamento de nuestra realidad cultural. La realidad con todo su contradictorio cargamento de monstruos y maravillas que Latinoamérica ofrece a diario.

Pasión que en un intelectual es la entrega a un ideario y a una conducta con independencia del riesgo o del precio que por ello debe pagar.

Su docencia no fue sólo temperamento y pasión. Incluyó también el respeto y la admiración por nuestra América Latina. El respeto y la admiración de un lúcido. No trató de convencer a nadie de que América Latina fuera suma de todo saber y, al modo martiano, intentó incluir nuestra cultura en el tronco universal. Latinoamericanismo no es sinónimo de autoctonismo. Ser latinoamericano es una tarea histórica y social y supone la exigencia de no permitirnos el facilismo y, mucho menos, el conformismo.

Es saber que la heterodoxia y la ortodoxia son formas del enigma latinoamericano. Es saber que no hay una Latinoamérica de quena, marimba y negro pata-en-suelo, sino una Latinoamérica varia, contradictoria y rica.

La Biblioteca Ayacucho, como antes Arca, fue un modo de perfilar esa imagen del patrimonio cultural de nuestros países. Entender que, junto a Simón Bolívar y a Neruda, Martí, la poesía nahuatl, el pensamiento socialista, la poesía de la independencia, Huaman Poma de Ayala, Machado de Assis, Cortázar o Lezama, no son ex-abruptos sino el diseño de una herencia cultural, es parte de su magisterio. Bernardo de Balbuena, los gauchipolíticos, Martí, Arguedas, Blanco Fombona, Salvador Garmendia, Onetti, Darío, la heterogeneidad cultural de nuestra América, el sistema cultural del siglo XIX -que analiza en ***La ciudad letrada*** *- son parte, apenas parte, de sus preocupaciones. Creer que la cultura y la enseñanza siempre y en todo momento son algo más que una actividad profesional fue/es, su segura presencia en el futuro. Creía que «la belleza es una alegría para siempre», pero nunca la consideró un adorno para el contentamiento individual, sino un modo del crecimiento y la madurez social de los pueblos.*

Amaba su lengua y manejaba el castellano con brillo y con humor. Sus escritos como sus clases no padecieron del academicismo acartonado; sabía que el amor a la palabra y a la idea no implicaba la aridez. La lengua, dijo en una oportunidad, es nuestra raíz y nuestra fuerza. Ser uruguayo era una forma de ser latinoamericano. Ser latinoamericano era reconocerse en la palabra cálida que pronunciaban sus compatriotas. Pero su amor por la palabra no le llevó -como

eñala en ***La ciudad letrada*** *- a la justificación del poder. Por el contrario, le sirvió para ejercer la escritura como un arma contra la arbitrariedad y la mistificación de los poderosos.*

Es esa actitud la que se reconoce en sus escritos y es la celebración de la ultura latinoamericana la que guió mucha de su labor. ***La ciudad letrada*** *asume sa perspectiva y, más aún, propone la lectura de nuestra América en tanto construcción histórica de su cultura. Y ése es otro modo de la celebración: el del xamen sin concesiones que muestra lo torturoso y lo delirante, lo onírico y lo esadillesco de nuestro pasado. Reflexión sobre la* ***intelligentzia*** *urbana, sobre sus evaneos con el poder y sus oscilaciones sociales e ideológicas.* ***La ciudad letrada*** *s un ensayo. Un ensayo, es decir, un discurrir de una conciencia que indaga en l pasado para entender su presente, hasta que historia y búsqueda personal se nden:*

> *Esta recorrida que hasta aquí ha procurado caracterizar* ***la ciudad letrada*** *según sus seculares avatares, va a pasar ahora de historia social a historia familiar, para recaer por último en cuasi biografía, anunciando la previsible entrada de juicios y prejuicios, realidades y deseos, visiones y confusiones, sobre todo porque la percepción culturista que hasta aquí me ha guiado, al legar a los suburbios del presente, concede primacía a otro obligado componente de la cultura, que es la política.*

Historia en tres niveles: social, familiar y personal, ***La ciudad letrada*** *spone en sus páginas esplendor y miseria del letrado y de la letra, en esa imagen spacial que es la ciudad. Una ciudad cuyo comienzo es sueño de la imaginación eseante, deseo fundante de un orden y de un poder, y que va creciendo palabra palabra con los avatares de una sociedad que articula realidad y letra en una cha que llega hasta nuestros días.*

Crecimiento y lucha vistos no como simple proceso urbanístico, sino como roceso ideológico. Pues no se trata de una historia urbanística-social a lo Manuel astells, ya que Rama parte de la ciudad-signo, para leer la cultura toda tegrando para ello una semiología social que le permita comprender las marchas contramarchas de la letra y sus ejecutores. Letra, sociedad y ciudad que Rama e hasta los «suburbios del presente», sin que con ello se trate de un mero corrido cronológico, ni tampoco de un taxonómico examinar todas y cada una las instancias y los espacios de la ciudad culta latinoamericana. Letra, sociedad iudad recorridos como signos históricos de una identidad cultural construida, ecisamente, en una historia y en una sociedad precisa. Unidad y diversidad de

una cultura que fue siempre en Rama pasión y consecuencia. Unidad y diversidad, en especial, de un siglo XIX tan marginado y tergiversado por la historia cultural de nuestros países y que Rama entiende como central. En especial, el período de «la modernidad latinoamericana (1870-1900) donde siempre podremos recuperar ***in nuce*** *los temas, problemas y desafíos que animarán la vida contemporánea del continente».*

Lectura de la historia cultural que permite acercarnos al presente contemporáneo del continente, ***La ciudad letrada*** *de Rama, abandona las estrechas anteojeras del acartonado y retórico legado oficial con que nos han abrumado Academias y Mesías cívico-militares -esas dos deformaciones del poder- que han asolado nuestras naciones.*

Lectura crítica de la realidad, lectura seminal de la cultura latinoamericana, la obra de Angel Rama ayuda a la deconstrucción -la única que nos parece tiene interés- del estereotipo oficial y del metropolitano. Ese desafío a la verdad adocenada y estéril y su apasionado reflexionar, fueron formas de su magisterio; su consecuencia para con la tarea intelectual de un latinoamericano fue otro modo de ser un maestro en estos tiempos turbulentos que le tocó vivir.

Hugo Achugar

Agradecimiento

La primera versión de este ensayo, referida únicamente a la mecánica letrada, fue una conferencia que dicté en Harvard University en octubre de 1980 bajo el título «Funcionamiento del sistema literario en América Latina». Me permitió un fructífero intercambio de ideas, en particular con Claudio Véliz, quien acababa de publicar su excelente libro **The Centralist Tradition of Latin America** *y quien me instó a que desarrollara las tesis de la conferencia. No pude hacerlo entonces.*

Se presentó la oportunidad cuando Richard Morse me invitó a participar en el **8th International Symposium on Urbanization in the Americas,** *en el marco del* **41st International Congress of Americanists,** *simposio que concluyó realizándose en Stanford University en setiembre de 1982. Ya estaba entonces trabajando sobre las culturas de América Latina en el XIX, por lo cual pude enlazar las conclusiones de mi conferencia, referidas sobre todo a la Colonia, con los comportamientos intelectuales de la modernización a fines del siglo pasado. Bajo el título actual, presenté un resumen de mis hipótesis, y en adelante continué mi investigación.*

Mi trabajo, por lo tanto, avanzó entre las angustias de la negativa de visado por el **Immigration and Naturalization Service** *(Baltimore) que me obligaba a abandonar mi tarea docente en la University of Maryland y la campaña denigratoria que organizaron quienes disponían de poderes para ello, acompañados de un pequeño y lamentable grupito de cubanos exiliados. Prefiero dejar el enjuiciamiento a* **The Nation,** *que dijo en su editorial de noviembre 20 de 1982:*

> *All of this suggests that Rama's present predicament has to do not only with Kafkaesque bureaucracies and a Hellersque Catch 28. There's clearly a political vendetta at work here, and it is being received favorably by a government quite happy to expel those with whom it disagrees. That brings dishonor upon instigators of this smear but even more upon those who, using the tarnished and tawdry provisions of the absurd McCarran-Walter Act, seek to give it force.*

La campaña fue dura para mí por lo desparejo de las fuerzas. Aun descontando un resultado negativo, decidí enfrentarla, aunque tuviera que explicar cosas tan insólitas como que la Biblioteca Ayacucho que dirijo desde 1974 no es una editorial que «frequently publishes the work of Communist writers» (New York Times, nov. 14) por la simple razón de que es una colección de clásicos latinoamericanos de los siglos XVI a XX; que el semanario **Marcha** *destruido en 1974 por los militares uruguayos después de 35 años de gloriosa prédica intelectual nunca fue confundido con un órgano del partido comunista por ninguna cabeza inteligente; que presentar la obra del poeta nicaragüense Rubén Darío no es precisamente un acto subversivo. Estaba en juego la libertad académica, clave de cualquier sociedad democrática, pero más aún, para mí, la dignidad de los escritores latinoamericanos y nuestra tesonera defensa de nuestras nacionalidades contra intervenciones y atropellos.*

Perdí un tiempo inmenso, pero fui recompensado suntuosamente por la solidaridad de los colegas universitarios, de los escritores, de los estudiantes, tanto norteamericanos como latinos. Ellos me hicieron un inesperado regalo. Dejé de sentirme el accidental profesor extranjero que trabaja temporariamente en una Universidad. Descubrí, con gratitud, que para el exiliado que soy había también un hogar posible en los Estados Unidos donde rehacer la familia espiritual, esa de los **peregrinos** *de quienes habló Martí, describiéndolos como la más admirable tradición de libertad del país. Pues como dijo Geoffrey Stokes, en* **The Village Voice,** *«It is, of course, precisely the attractions of freedom which make Rama and those like him members of a* **democratic left.»**

Confío por lo tanto que se comprenda en todo su alcance que un ensayo que explora la letrada servidumbre del Poder y aboga por la amplia democratización de las funciones intelectuales, rinda homenaje a la independencia crítica de profesores, escritores y estudiantes y testimonie agradecimiento a las múltiples organizaciones profesionales que me brindaron apoyo, el **PEN American Center, The Authors League of America, la Latin American Studies Association,** *el equipo editorial de la* **International Comparative Literature Association,** *las organizaciones de derechos humanos,* **Washington Office of Latin America, Latin American Human Rights Association, Council of Hemispheric Affairs, Helsinki Watch** *y de modo muy especial a mi propia casa de estudios, la* **University of Maryland,** *en la persona de su presidente John S. Tall.*

Se comprenderá asimismo que dedique este ensayo a mis colegas de la L.A.S.A. cuyo rigor, conocimiento y devoción he podido apreciar en este tiempo en

los Estados Unidos, a tres amigos que sintieron como propia la injusticia que yo sufría, Dore Ashton, Robert Pastor y Frank Janney, a los latinoamericanistas que me acompañaron y ayudaron: William E. Carter, Jorge I. Domínguez, Richard Fagen, Jean Franco, Tulio Halperín Donghi, Abraham Lowenthal, Richard Morse, Stanley Stein. A todos va mi agradecimiento.

Tendría que extenderlo a muchos, muchos más, sobre todo en el campo de los estudios de literaturas en español, que es el mío, con temor siempre de olvidar un nombre. Se me permitirá que los represente a todos con un periodista, porque en él vi encarnado ese tenaz mito cultural norteamericano al que me refiero en mi ensayo, el del periodista que se juega a la verdad y nada lo hace ceder en la lucha. Fue, para mí, Fred Hill, de **The Sun** *de Baltimore. Pensé, durante las largas conversaciones para que él conociera objetivamente todos los datos, que poco me importaba que se perdiera el caso, si yo ganaba un amigo americano y conocía la mejor cepa del espíritu libre del país.*

Angel Rama

I
La ciudad ordenada

Desde la remodelación de Tenochtitlan, luego de su destrucción por Hernán Cortés en 1521, hasta la inauguración en 1960 del más fabuloso sueño de urbe de que han sido capaces los americanos, la Brasilia de Lucio Costa y Oscar Niemeyer, la ciudad latinoamericana ha venido siendo básicamente un parto de la inteligencia, pues quedó inscripta en un ciclo de la cultura universal en que la ciudad pasó a ser el sueño de un orden y encontró en las tierras del Nuevo Continente, el único sitio propicio para encarnar.

Los propios conquistadores que las fundaron percibieron progresivamente a lo largo del XVI que se habían apartado de la *ciudad orgánica* medieval en la que habían nacido y crecido para entrar a una nueva distribución del espacio que encuadraba un nuevo modo de vida, el cual ya no era el que habían conocido en sus orígenes peninsulares. Debieron adaptarse dura y gradualmente a un proyecto que, como tal, no escondía su conciencia razonante, no siéndole suficiente organizar a los hombres dentro de un repetido paisaje urbano, pues también requería que fueran enmarcados con destino a un futuro asimismo soñado de manera planificada, en obediencia de las exigencias colonizadoras, administrativas, militares, comerciales, religiosas, que irían imponiéndose con creciente rigidez.

Al cruzar el Atlántico no sólo habían pasado de un continente viejo a uno presuntamente nuevo, sino que habían atravesado el muro del tiempo e ingresado al capitalismo expansivo y ecuménico, todavía cargado del misioneísmo medieval. Aunque preparado por el espíritu renacentista que lo diseña, este modo de la cultura universal que se abre paso en el XVI sólo adquiriría su perfeccionamiento en las monarquías absolutas de los estados nacionales europeos, a cuyo servicio militante se plegaron las Iglesias, concentrando rígidamente la totalidad del poder en una corte, a partir de la cual se disciplinaba jerárquicamente la sociedad. La ciudad fue el más preciado punto de inserción en la realidad de esta configuración cultural y

nos deparó un modelo urbano de secular duración: *la ciudad barroca*.

Poco podía hacer este impulso para cambiar las urbes de Europa, por la sabida frustración del idealismo abstracto ante la concreta acumulación del pasado histórico, cuyo empecinamiento material refrena cualquier libre vuelo de la imaginación. En cambio dispuso de una oportunidad única en las tierras vírgenes de un enorme continente, cuyos valores propios fueron ignorados con antropológica ceguera, aplicando el principio de «tabula rasa».[2] Tal comportamiento permitía negar ingentes culturas -aunque ellas habrían de pervivir e infiltrarse de solapadas maneras en la cultura impuesta- y comenzar *ex-nihilo* el edificio de lo que se pensó era mera transposición del pasado, cuando en verdad fue la realización del sueño que comenzaba a soñar una nueva época del mundo. América fue la primera realización material de ese sueño y, su puesto, central en la edificación de la era capitalista.[3]

A pesar del adjetivo con que acompañaron los viejos nombres originarios con que designaron las regiones dominadas (Nueva España, Nueva Galicia, Nueva Granada) los conquistadores no reprodujeron el modelo de las ciudades de la metrópoli de que habían partido, aunque inicialmente todavía vacilaron y parecieron demorarse en soluciones del pasado.[4] Gradualmente, inexpertamente, fueron descubriendo la pantalla reductora que filtraba las experiencias viejas ya conocidas, el «stripping down process» con que ha designado George M. Foster[5] el esfuerzo de clarificación, racionalización y sistematización que la misma experiencia colonizadora iba imponiendo, respondiendo ya no a modelos reales, conocidos y vividos, sino a modelos ideales concebidos por la inteligencia, los cuales concluyeron imponiéndose pareja y rutinariamente a la medida de la vastedad de la empresa, de su concepción organizativa sistemática.

A través del neoplatonismo que sirvió de cauce cultural al empuje capitalista ibérico, fue recuperado el pensamiento que ya había sido expresado en *La República*, revivida por el humanismo renacentista, y aun el pensamiento del casi mítico Hippodamos, padre griego de la ciudad ideal, sobre todo su «confidence that the processes of reason could impose measure and order on every human activity», aunque, como percibió Lewis Mumford, «his true innovation consisted in realizing that the form of the city was the form of its social order».[6] Su imposición en los siglos XVI y XVII, en lo que llamamos la edad barroca (que los franceses designan como la época clásica) corresponde a ese momento crucial de la cultura de Occidente en que, como ha visto sagazmente Michel Foucault, las palabras comenzaron a separarse de las cosas y la triádica conjunción de unas y otras a través

de la *coyuntura* cedió al binarismo de la *Logique* de Port Royal que teorizaría la independencia del *orden de los signos*.[7] Las ciudades, las sociedades que las habitarán, los letrados que las explicarán, se fundan y desarrollan en el mismo tiempo en que el signo «deja de ser una figura del mundo, deja de estar ligado por los lazos sólidos y secretos de la semejanza o de la afinidad a lo que marca», empieza «a significar dentro del interior del conocimiento», y «de él tomará su certidumbre o su probabilidad».[8]

Dentro de ese cauce del saber, gracias a él, surgirán esas ciudades ideales de la inmensa extensión americana. Las regirá una razón ordenadora que se revela en un orden social jerárquico transpuesto a un orden distributivo geométrico. No es la sociedad, sino su forma organizada, la que es transpuesta; y no a la ciudad, sino a su forma distributiva. El ejercicio del pensamiento analógico se disciplinaba para que funcionara válidamente entre entidades del mismo género. No vincula, pues, sociedad y ciudad, sino sus respectivas formas, las que son percibidas como equivalentes, permitiendo que leamos la sociedad al leer el plano de una ciudad. Para que esta conversión fuera posible, era indispensable que se transitara a través de un proyecto racional previo, que fue lo que magnificó y a la vez volvió indispensable el orden de los signos, reclamándosele la mayor libertad operativa de que fuera capaz. Al mismo tiempo, tal proyecto exige, para su concepción y ejecución, un punto de máxima concentración del poder que pueda pensarlo y realizarlo. Ese poder es ya visiblemente temporal y humano aunque todavía se enmascare y legitime tras los absolutos celestiales. Es propio del poder que necesite un extraordinario esfuerzo de ideologización para legitimarse; cuando se resquebrajen las máscaras religiosas construirá opulentas ideologías sustitutivas. La fuente máxima de las ideologías procede del esfuerzo de legitimación del poder.

La palabra clave de todo este sistema es la palabra *orden*, ambigua en español como un Dios Jano (el/la), activamente desarrollada por las tres mayores estructuras institucionalizadas (la Iglesia, el Ejército, la Administración) y de obligado manejo en cualquiera de los sistemas clasificatorios (historia natural, arquitectura, geometría) de conformidad con las definiciones recibidas del término: «Colocación de las cosas en el lugar que les corresponde. Concierto, buena disposición de las cosas entre sí. Regla o modo que se observa para hacer las cosas».

Es la palabra obsesiva que utiliza el Rey (su gabinete letrado) en las instrucciones impartidas a Pedrarias Dávila en 1513 para la conquista de Tierra Firme que, luego de la experiencia antillana de acomodación española al nuevo medio, permitirá la expansiva y violenta conquista y colonización. Si, como era

—dable esperar (aunque conviene subrayar) las instrucciones colocan a toda la colonización en dependencia absoluta de los intereses de la metrópolis, trazando ya la red de instalaciones costeras de las ciudades-puertos que tanto dificultarán la integración nacional llegado el momento de los estados independientes, su séptimo punto fija el sistema rector a que deberán ajustarse las ciudades que hayan de ser fundadas en el continente:

> Vistas las cosas que para los asientos de los lugares son necesarias, y escogido el sitio más provechoso y en que incurren más de las cosas que para el pueblo son menester, habréis de repartir los solares del lugar para hacer las casas, y estos han de ser repartidos según las calidades de las personas y sean de comienzo dados por *orden*; por manera que hechos los solares, el pueblo parezca *ordenado*, así en el lugar que se dejare para plaza, como el lugar en que hubiere la iglesia, como en el *orden* que tuvieren las calles; porque en los lugares que de nuevo se hacen dando la *orden* en el comienzo sin ningún trabajo ni costa quedan *ordenados* e los otros jamás se *ordenan*.[9]

La traslación del orden social a una realidad física, en el caso de la fundación de las ciudades, implicaba el previo diseño urbanístico mediante los lenguajes simbólicos de la cultura sujetos a concepción racional. Pero a ésta se le exigía que además de componer un diseño, previera un futuro. De hecho el diseño debía ser orientado por el resultado que se habría de obtener en el futuro, según el texto real dice explícitamente. El futuro que aún no existe, que no es sino sueño de la razón, es la perspectiva genética del proyecto. La traslación fue facilitada por el vigoroso desarrollo alcanzado en la época por el sistema más abstracto de que eran capaces aquellos lenguajes: las matemáticas, con su aplicación en la geometría analíta, cuyos métodos habían sido ya extendidos por Descartes a todos los campos del conocimiento humano, por entenderlos los únicos válidos, los únicos seguros e incontaminados.

El resultado en América Latina fue el diseño en damero, que reprodujeron (con o sin plano a la vista) las ciudades barrocas y que se prolongó hasta prácticamente nuestros días. Pudo haber sido otra la conformación geométrica, sin que por eso resultara afectada la norma central que regía la traslación. De hecho, el modelo frecuente en el pensamiento renacentista,[10] que derivó de la lección de Vitruvio, según la exponen las obras de Leon Battista Alberti, Jacopo Barozzi Vignola, Antonio Arvelino Filareta, Andrea Pallacio, etc., fue circular y aún más revelador del orden jerárquico que lo inspiraba, pues situaba al poder en el punto central y distribuía a su alrededor, en sucesivos círculos concéntricos, los diversos estratos sociales. Obedecía a los mismos principios reguladores del damero:

unidad, planificación y orden riguroso, que traducían una jerarquía social. Tanto uno como otro modelo no eran sino variaciones de una misma concepción de la razón ordenadora, la que imponía que la planta urbana se diseñara «a cordel y regla» como dicen frecuentemente las instrucciones reales a los conquistadores.

Tal como observara Foucault, «lo que hace posible el conjunto de la *episteme* clásica es, desde luego, la relación con un conocimiento del orden».[11] En el caso de las ciudades ese conocimiento indispensable había introducido el principio del «planning». El Iluminismo se encargaría de robustecerlo, como época confiada en las operaciones racionales que fue, y en los tiempos contemporáneos alcanzaría rígida institucionalización. También promovería suficiente inquietud acerca de sus resultados, como para inaugurar la discusión de sus operaciones y diseños pero, sobre todo, de las filosofías en que se ampara.[12]

De lo anterior se deduce que mucho más importante que la forma damero, que ha motivado amplia discusión, es el principio rector que tras ella funciona y asegura un régimen de trasmisiones: de lo alto a lo bajo, de España a América, de la cabeza del poder -a través de la estructura social que él impone- a la conformación física de la ciudad, para que la distribución del espacio urbano asegure y conserve la forma social. Pero aún más importante es el principio postulado en las palabras del Rey: con anterioridad a toda realización, se debe pensar la ciudad, lo que permitiría evitar las irrupciones circunstanciales ajenas a las normas establecidas, entorpeciéndolas o destruyéndolas. El *orden* debe quedar estatuido antes de que la ciudad exista, para así impedir todo futuro *desorden*, lo que alude a la peculiar virtud de los signos de permanecer inalterables en el tiempo y seguir rigiendo la cambiante vida de las cosas dentro de rígidos encuadres. Es así que se fijaron las operaciones fundadoras que se fueron repitiendo a través de una extensa geografía y un extenso tiempo.

Una ciudad, previamente a su aparición en la realidad, debía existir en una representación simbólica que obviamente sólo podían asegurar los signos: las palabras, que traducían la voluntad de edificarla en aplicación de normas y, subsidiariamente, los diagramas gráficos, que las diseñaban en los planos, aunque, con más frecuencia, en la imagen mental que de esos planos tenían los fundadores, los que podían sufrir correcciones derivadas del lugar o de prácticas inexpertas. *Pensar la ciudad* competía a esos instrumentos simbólicos que estaban adquiriendo su presta autonomía, la que los adecuaría aún mejor a las funciones que les reclamaba el poder absoluto.

Aunque se siguió aplicando un ritual impregnado de magia para asegurar la

posesión del suelo, las ordenanzas reclamaron la participación de un *script* (en cualquiera de sus divergentes expresiones: un escribano, un escribiente o incluso un escritor) para redactar una *escritura*. A ésta se confería la alta misión que se reservó siempre a los escribanos: *dar fe*, una fe que sólo podía proceder de la palabra escrita, que inició su esplendorosa carrera imperial en el continente.

Esta palabra escrita viviría en América Latina como la única valedera, en oposición a la palabra hablada que pertenecía al reino de lo inseguro y lo precario. Mas aún, pudo pensarse que el habla procedía de la escritura, en una percepción antisaussuriana. La escritura poseía rigidez y permanencia, un modo autónomo que remedaba la eternidad. Estaba libre de las vicisitudes y metamorfosis de la historia pero, sobre todo, consolidaba el orden por su capacidad para expresarlo rigurosamente en el nivel cultural. Sobre ese primer discurso ordenado, proporcionado por la lengua, se articulaba un segundo que era proporcionado por el diseño gráfico. Este superaba las virtudes del primero porque era capaz de eludir el plurisemantismo de la palabra y porque, además, proporcionaba conjuntamente la cosa que representaba (la ciudad) y la cosa representada (el diseño) como una maravillosa independencia de la realidad, tal como lo traslucen con orgullo las descripciones epocales. De la fundación de Lima por Pizarro en 1535, que tantas críticas motivara en el pensamiento peruano de la República, se nos dice con candor que «fue asentada y trazada la ciudad conforme a la planta y dibujo que para ello se hizo en papel».

El plano ha sido desde siempre el mejor ejemplo de modelo cultural operativo. Tras su aparencial registro neutro de lo real, inserta el marco ideológico que valora y organiza esa realidad y autoriza toda suerte de operaciones intelectuales a partir de sus proposiciones, propias del modelo reducido. Es el ejemplo al que recurre Clifford Geertz cuando busca definir a la ideología como sistema cultural[13] pero inicialmente así lo estableció la *Logique* de Port Royal en 1662, cuando debió establecer la diferencia entre «las ideas de las cosas y las ideas de los signos», codificando ya la concepción moderna. También apeló al modelo privilegiado de signos que representan los mapas, los cuadros (y los planos), en los cuales la realidad es absorbida por los signos:

> Quand on considere un objet en lui-même et dans son propre être, sans porter la vue de l'esprit à ce qu'il peut répresenter, l'idée qu'on en a est une idée de chose, comme l'idée de la terre, du soleil. Mais quand on ne regarde un certain objet que comme en représentant un autre, l'idée qu'on en a est une idée de signe, et ce premier objet s'apelle signe. C'est ainsi qu'on regarde d'ordinaire les cartes et les tableaux. Ainsi le signe enferme deux idées, l'une de la chose qui répresente, l'autre de la chose représentée; et sa nature consiste à exciter la seconde par la première.[14]

Para sostener su argumentación, Arnauld-Nicole deben presuponer una primera opción, que consiste en percibir el objeto en cuanto signo, típica operación intelectiva que no tiene mejor apoyo que los diagramas, los que al tiempo que representan, como no imitan, adquieren una autonomía mayor. En las máximas que extraen, Arnauld-Nicole deben lógicamente concluir que el signo ostenta una perennidad que es ajena a la duración de la cosa. Mientras el signo exista está asegurada su propia permanencia, aunque la cosa que represente pueda haber sido destruida. De este modo queda consagrada la inalterabilidad del universo de los signos, pues ellos no están sometidos al descaecimiento físico y sí sólo a la hermenéutica.

> L'on peut conclure que la nature du signe consistant à exciter dans les sens par l'idée de la chose figurante celle de la chose figurée, tant que cet effet subsiste, c'est-à-dire tant que cette double idée est excitée, le signe subsiste, quand même cette chose serait détruite en sa propre nature.[15]

A partir de estas condiciones es posible invertir el proceso: en vez de representar la cosa ya existente mediante signos, éstos se encargan de representar el sueño de la cosa, tan ardientemente deseada en esta época de utopías, abriendo el camino a esa futuridad que gobernaría a los tiempos modernos y alcanzaría una apoteosis casi delirante en la contemporaneidad. El *sueño de un orden* servía para perpetuar el poder y para conservar la estructura socio-económica y cultural que ese poder garantizaba. Y además se imponía a cualquier discurso opositor de ese poder, obligándolo a transitar, previamente, por el *sueño de otro orden*.

De conformidad con estos procedimientos, las ciudades americanas fueron remitidas desde sus orígenes a una doble vida. La correspondiente al orden físico que, por ser sensible, material, está sometido a los vaivenes de construcción y de destrucción, de instauración y de renovación, y, sobre todo, a los impulsos de la invención circunstancial de individuos y grupos según su momento y situación. Por encima de ella, la correspondiente al orden de los signos que actúan en el nivel simbólico, desde antes de cualquier realización, y también durante y después, pues disponen de una inalterabilidad a la que poco conciernen los avatares materiales. Antes de ser una realidad de calles, casas y plazas, las que sólo pueden existir y aún así gradualmente, a lo largo del tiempo histórico, las ciudades emergían ya completas por un parto de la inteligencia en las normas que las teorizaban, en las actas fundacionales que las estatuían, en los planos que las diseñaban idealmente, con esa fatal regularidad que acecha a los sueños de la razón y que depararía un

principio que para Thomas More era motivo de glorificación, cuando decía en su *Utopia* (1516): «He who knows one of the cities, will know them all, so exactly alike are they, except where the nature of the grounds prevents». La mecanicidad de los sueños de la razón queda aquí consignada.

De los sueños de los arquitectos (Alberti, Filarete, Vitruvio) o de los utopistas (More, Campanella) poco encarnó en la realidad, pero en cambio fortificó el orden de los signos, su peculiar capacidad rectora, cuando fue asumido por el poder absoluto como el instrumento adecuado a la conducción jerárquica de imperios desmesurados. Aunque se trató de una circunscrita y epocal forma de cultura, su influencia desbordaría esos límites temporales por algunos rasgos privativos de su funcionamiento: el orden de los signos imprimió su potencialidad sobre lo real, fijando marcas, si no perennes, al menos tan vigorosas como para que todavía hoy subsistan y las encontremos en nuestras ciudades; más raigalmente, en trance de ver agotado su mensaje, demostró asombrosa capacidad para rearticular uno nuevo, sin por eso abandonar su primacía jerárquica y aun se diría que robusteciéndola en otras circunstancias históricas.

Esta potencia, que corresponde a la libertad y futurización de sus operaciones, se complementó con otra simétrica que consistió en la evaporación del pasado: los siglos XV-XVI, lejos de efectuar un renacimiento del clasicismo, cumplieron su transportación al universo de las formas. Al incorporarlo al orden de los signos, establecieron el primer y esplendoroso modelo cultural operativo de la modernidad, preanunciando la más vasta transustanciación del pasado que efectuaría el historicismo del XVIII-XIX. La palingenesia renacentista facilitó la expansión de Europa y fue decuplicada por la palingenesia del Iluminismo que sentó las bases de la dominación universal. Hablando con simpatía de sus historiadores, Peter Gay establece que aportaron lo suyo a un esfuerzo sistemático general «to secure rational control of the world, reliable knowledge of the past and freedom from the pervasive domination of myth».[16]

Cada vez más, historiadores, economistas, filósofos, reconocen la capital incidencia que el descubrimiento y colonización de América tuvo en el desarrollo, no sólo socio-económico sino cultural de Europa, en la formulación de su nueva cultura barroca. Podría decirse que el vasto Imperio fue el campo de experimentación de esa forma cultural. La primera aplicación sistemática del saber barroco, instrumentado por la monarquía absoluta (la Tiara y el Trono reunidos) se hizo en el continente americano, ejercitando sus rígidos principios: abstracción, racionalización, sistematización, oponiéndose a particularidad, imaginación, in-

vención local. De todo el continente, fue en el segmento que mucho más tarde terminaría llamándose Latino, que se intensificó la función prioritaria de los signos, asociados y encubiertos bajo el absoluto llamado Espíritu. Fue una voluntad que desdeñaba las constricciones objetivas de la realidad y asumía un puesto superior y autolegitimado; diseñaba un proyecto pensado al cual debía plegarse la realidad. Tal concepción no surgió, obviamente, de la necesidad de construir ciudades, aunque éstas fueron sus engarces privilegiados, los artificiales enclaves en que sù artificioso y autónomo sistema de conocimiento podía funcionar con más eficacia. Las ciudades fueron aplicaciones concretas de un marco general, la cultura barroca, que infiltró la totalidad de la vida social y tuvo culminante expresión en la Monarquía española.

A esos rasgos deben agregarse las sorprendentes características de la conquista de Tierra Firme, «reperée, explorée et grossièrement saisie au cours des trois premières décennies du XVIe siecle a un rithme insensé, jamais égalé».[17] En las antípodas del criterio de una *frontier* progresiva, la cual regiría la colonización de los Estados Unidos[18] y la primera época de la conquista del Brasil por los portugueses, la conquista española fue una frenética cabalgata por un continente inmenso, atravesando ríos, selvas, montañas, de un espacio cercano a los diez mil kilómetros, dejando a su paso una ringlera de ciudades, prácticamente incomunicadas y aisladas en el inmenso vacío americano que sólo recorrían aterradas poblaciones indígenas. Con una mecánica militar, fueron inicialmente las postas que permitían el avance y serían después las poleas de trasmisión del orden imperial. De la fundación de Panamá por Pedrarias Dávila (1519) a la de Concepción en el extremo sur chileno por Valdivia (1550), pasaron efectivamente sólo treinta años. Para esta última fecha ya estaban funcionando los Virreinatos de México y el Perú, bajo la conducción de quienes «debían preservar en el Nuevo Mundo el carácter carismático de la autoridad, el cual está basado en la creencia de que los reyes lo eran por la gracia de Dios».[19]

Más que una fabulosa conquista, quedó certificado el triunfo de las ciudades sobre un inmenso y desconocido territorio, reiterando la concepción griega que oponía la *polis* civilizada a la barbarie de los no urbanizados.[20] Pero no reconstruía el proceso fundacional de las ciudades que había sido la norma europea sino que exactamente lo invertía; en vez de partir del desarrollo agrícola que gradualmente constituía su polo urbano donde se organizaba el mercado y las comunicaciones al exterior, se iniciaba con esta urbe, mínima desde luego pero asentada a veces en el valle propicio que disponía de agua, esperando que ella generara el desarrollo

agrícola. «J'avoue aussi être fasciné -ha dicho un historiador- par l'histoire de ces ville américaines qui poussent *avant* les campagnes, pour le moins en même temps qu'elles».[21] Se parte de la instauración del poblado, de conformidad con normas pre-establecidas y frecuentemente se transforma violentamente a quienes habían sido campesinos en la península ibérica, en urbanizados, sin conseguir nunca que vuelvan a sus primigenias tareas: serán todos *hidalgos*, se atribuirán el *don* nobiliario, desdeñarán trabajar por sus manos y simplemente dominarán a los indios que les son encomendados o a los esclavos que compren. Pues el ideal fijado desde los orígenes es el de ser urbanos, por insignificantes que sean los asentamientos que se ocupen, al tiempo que se le encomienda a la ciudad la construcción de su contorno agrícola, explotando sin piedad a la masa esclava para una rápida obtención de riquezas. La ciudad y el nuevorriquismo son factores concomitantes, al punto que se verá el despilfarro suntuario desplegado más en los pequeños pueblos (sobre todo los mineros) que en las capitales virreinales y se sucederán los edictos reales prohibiendo el uso de coches, de caballos, de vestidos de seda, sin conseguir frenar un apetito que, fijado como modelo a la cabeza de los pueblos por los ricos conquistadores, será imitado arrasadoramente por toda la sociedad hasta los estratos más bajos, tal como lo vio Thomas Gage en su pintoresco libro.[22]

Desde luego, las ciudades barrocas de la intempestiva conquista no funcionarán en un vacío total. Como señala Fernand Braudel en su notable libro, cuando diseña las reglas de la economía-mundo, «le capitalisme et l'économie de marché coexistent, s'interpénètrent, sans toujors se confondre»[23] de tal modo que estas ciudades irreales, despegadas de las necesidades del medio, verdaderos batiscafos, sino extraterrestres al menos extracontinentales, aprovecharán en su beneficio las preexistentes redes indígenas, sus zonas de cultivo, sus mercados y sobre todo la fuerza del trabajo que proporcionaban. La inserción capitalista abrupta no destruirá esa economía de mercado que permanecerá como un bajo continuo durante siglos, crecientemente agostada. Les cabrá ser los puntos donde se produce la acumulación mediante la concentración de los recursos y riquezas existentes y lo harán con una ferocidad que patentiza la violencia del cambio introducido en la vida de las comunidades indias.

La fuerza de este sentimiento urbano queda demostrada por su larga pervivencia. Trescientos años después y ya en la época de los nuevos estados independientes, Domingo Faustino Sarmiento seguirá hablando en su *Facundo* (1845) de las ciudades como focos civilizadores, oponiéndolas a los campos donde veía engendrada la barbarie. Para él la ciudad era el único receptáculo posible de

las fuentes culturales europeas (aunque ahora hubieran pasado de Madrid a París) a partir de las cuales construir una sociedad civilizada. Para lograrlo las ciudades debían someter el vasto territorio salvaje donde se encontraban asentadas, imponiéndole sus normas. La primera de ella, en el obsesivo pensamiento sarmientino, era la educación letrada. Vivió para verlo y para ejecutarlo. Apenas medio siglo después del Facundo, cuando las ciudades dieron la batalla frontal para imponerse a las campiñas, utilizando el poderío militar de que las había dotado su relación con las metrópolis externas, el brasileño Euclídes da Cunha, que pensaba lo mismo que Sarmiento, comenzó a dudar de esas premisas civilizadoras cuando presenció la carnicería de la guerra en el sertón de Canudos y lo contó pesimistamente en *Os Sertões* (1902). El reverso de la modernización capitaneada por las ciudades se había mostrado desnudamente y no era agradable.

Las ciudades de la desenfrenada conquista no fueron meras factorías. Eran ciudades para quedarse y por lo tanto focos de progresiva colonización. Por largo tiempo, sin embargo, no pudieron ser otra cosa que fuertes, más defensivos que ofensivos, recintos amurallados dentro de los cuales se destilaba el espíritu de la polis y se ideologizaba sin tasa el superior destino civilizador que le había sido asignado. No fue infrecuente que los textos literarios las transpusieran «a lo divino», como hizo en el México de fines del XVI el presbítero Fernán González de Eslava en sus *Coloquios espirituales y sacramentales*: los siete fuertes que religaban la ciudad de México con las minas de plata de Zacatecas y permitían el transporte seguro a la capital virreinal de las riquezas, se transformaron en nada menos que los siete sacramentos de la religión católica.

Aunque aisladas dentro de la inmensidad espacial y cultural, ajena y hostil, a las ciudades competía dominar y civilizar su contorno, lo que se llamó primero «evangelizar» y después «educar». Aunque el primer verbo fue conjugado por el espíritu religioso y el segundo por el laico y agnóstico, se trataba del mismo esfuerzo de transculturación a partir de la lección europea. Para esos fines, las ciudades fueron asiento de Virreyes, Gobernadores, Audiencias, Arzobispados, Universidades y aun Tribunales inquisitoriales, antes que lo fueran, tras la Independencia, de Presidentes, Congresos, siempre Universidades y siempre Tribunales. Las instituciones fueron los obligados instrumentos para fijar el orden y para conservarlo, sobre todo desde que en el siglo XVIII entran a circular dos palabras derivadas de orden, según consigna Corominas: subordinar e insubordinar.

Por definición, todo orden implica una jerarquía perfectamente disciplinada, de tal modo que las ciudades americanas entraron desde el comienzo a una

estratificación que, a pesar de sus cambios, fue consistentemente rígida e inspirada por los mayores o menores vínculos con el poder transoceánico. Ocupaban el primer nivel las capitales virreinales (aunque México, Lima y Río de Janeiro seguían siendo las primeras dentro de ellas); les seguían las ciudades-puertos del circuito de la flota y tras ellas las capitales de Audiencias; luego se iban escalonando las restantes ciudades, pueblos, villorrios, no sólo en jerarquía decreciente, sino en directa subordinación a la inmediata anterior de la cual dependían. Las ciudades construían una pirámide, en que cada una procuraba restar riquezas a las interiores y a la vez proporcionarles normas de comportamiento a su servicio. Sabían todas que por encima estaban Sevilla, Lisboa y Madrid, pero prácticamente nadie pensó que aún por encima de éstas se encontraban Génova o Amsterdam.

Los conflictos de jurisdicción fueron incesantes y simples epifenómenos de la competencia de los diversos núcleos urbanos para colocarse preferentemente en la pirámide jerárquica. Si, como asientan provocativamente los Stein,[24] España ya estaba en decadencia cuando el descubrimiento de América en 1492 y por lo tanto económicamente Madrid constituía la periferia de las metrópolis europeas, las ciudades americanas constituyeron la periferia de una periferia. Difícil imaginar más enrarecida situación, en que un vasto conjunto urbano se ordena como un expansivo racimo a partir de un punto extracontinental que reúne todo el poder, aunque aparentemente lo ejerza por delegación al servicio de otro poder. Aunque nuestro asunto es la cultura urbana en América Latina, en la medida en que ella se asienta sobre bases materiales no podemos dejar de consignar esta oscura trama económica que establece poderosas dependencias sucesivas, al grado de que numerosas acciones decisivas que afectan a las producciones culturales, corresponden a operaciones que casi llamaríamos inconscientes, que se trazan y resuelven fuera del conocimiento y de la comprensión de quienes no son sino pasivos ejecutantes de lejanísimas órdenes, quienes parecen actuar fantasmagóricamente como si efectivamente hubieran sido absorbidos por ese orden de los signos que ya no necesita de la coyuntura real para articularse, pues derivan sobre sus encadenamientos internos, sólo capaces de justificarse dentro de ellos. Hablando de una cosa tan concreta como la servidumbre y la esclavitud, Braudel apunta que «elle est inhérente au phénomène de réduction d'un continent à la condition de *périphérie*, imposée par une force lointaine, indifférente aux sacrifices des hommes, qui agit selon la logique presque mécanique d'une économie-monde».[25]

La estructura cultural flotaba sobre esta económica reproduciéndola sutilmente, de ahí que los espíritus más lúcidos, los que con más frecuencia fueron

condenados por el dictado institucional que se revestía de dictado popular, se esforzaron por develarla, yendo más allá del centro colonizador para recuperar la fuente cultural que lo abastecía oscuramente. Ya es evidente en el diseño de *El Bernardo* que ocupa la vida entera de Bernardo de Balbuena y que se vuelve explícito en el prólogo de 1624, donde elige la fuente italiana (el Boyardo, el Ariosto) aunque todavía para un asunto español. Como lo es, más de dos siglos, en la propuesta de Justo Sierra para obviar el «acueducto español» y trabajar a partir de las fuentes literarias francesas que propiciaron, más que el modernismo, la modernidad, oscilantemente al servicio del asunto francés o, con más frecuencia, el nacional.

Ambos fueron vocacionalmente urbanos, como la abrumadora mayoría de los intelectuales americanos y ambos trabajaron como los proyectistas de ciudades, a partir de estos vastos planos que diseñaban los textos literarios, en el impecable universo de los signos que permitían pensar o soñar la ciudad, para reclamar que el orden ideal se encarnara entre los ciudadanos.

Notas al Capítulo I: La ciudad ordenada

1. V.J.H. Parry, *The Cities of the Conquistadores*, London, 1961; Rodolfo Quintero, *Antropología de las ciudades latinoamericanas*, Caracas, 1964; James R. Scobie, *Argentine: A City and a Nation*, New York, Oxford Press, 1964; *Urbanization in Latin America: Approaches and Issues*, Garden City, Anchor Books, 1975 (Jorge E. Hardoy, ed.); *Las ciudades de América Latina y sus áreas de influencia a través de la historia*, Buenos Aires, SIAP, 1975 (Jorge E. Hardoy, Richard P. Schaedel, ed.); José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, 1976; *Asentamientos urbanos y organización socioproductiva en la historia de América Latina*, Buenos Aires, SIAP, 1977 (Jorge E. Hardoy, Richard P. Schaedel, ed.).
2. Robert Ricard, *La «conquête espirituelle» du Mexique*, París, Institut d'Ethnologie, 1933; Silvio Zavala, *La filosofía política en la conquista de América*, México, 1946.
3. V. Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System*, New York, Academic Press, 1974-80, 2 vols.
4. Jorge E. Hardoy, *El modelo clásico de la ciudad colonial hispanoamericana*, Buenos Aires, Instituto Di Tella, 1968.
5. George M. Foster, *Culture and Conquest: America's Spanish Heritage*, New York, Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, 1960.
6. Lewis Mumford, *The City in History*, New York, Harcourt, Brace & World, 1961, p. 172.
7. Michel Foucault, *Les mots et les choses, une archélogie des sciences humaines*, Paris, Gallimard, 1966, cap. IV.
8. Ob cit, trad., esp., México, Siglo XXI, 1968, p. 64-65.
9. *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización*, Madrid, 1864-1884, t. XXXIX, p. 280.
10. Giulio Argan, *The Renaissance City*, New York, George Braziller, 1969.
11. Ob. cit., p. 78.
12. Marios Camhis, *Planning Theory and Philosophy*, London, Tavistock Publications, 1979.
13. «Ideology as a Cultural System» en: David E. Apter (ed.) *Ideology and Discontent*, New York, Free Press, 1964; *The Interpretation of Cultures*, New York, Basic Books, 1973.
14. Antoine Arnauld, Pierre Nicole, *La Logique ou l'art de penser*, París, P.U.F., 1965 (Pierre Claire, François Girbal, ed.) p. 53.
15. Ibidem, p. 54.
16. *The Enlightenment: an Interpretation. The Rise of Modern Paganism*, New York, The Norton Library, 1977, p. 36.
17. Pierre Chaunu, *L'Amérique et les Amériques*, Paris, Armand Colin, 1964, p. 12.
18. Ver, sin embargo, la obra de un discípulo de Frederick Jackson Turner, aplicando sus tesis a América Latina: Alistair Hennessy, *The Frontier in Latin American History*, Albuquerque, University of New México Press, 1978.
19. Richard Konetzke, *América Latina*, II, *La época colonial*, Madrid, Siglo XXI, 1972, p. 119.
20. Sobre la adaptación del ethos urbano griego a las nuevas condiciones del Nuevo Mundo, el ensayo de Richard Morse, «A Framework for Latin American Urban History» en: *Urbanization in Latin America: Approaches and Issues*, ed. cit.
21. Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XVe-XVIIIe siecle*, t. 3, *Le temps du monde*, Paris, Armand Colin, 1979, p. 343.
22. Thomas Gage, *Nueva Relación que contiene los viajes de Thomas Gage en la Nueva España*, Guatemala, Biblioteca Guatemala, 1946 (Primera edición: London, 1648).
23. Fernand Braudel, ob. cit., p. 25.
24. Stanley y Barbara Stein, *The Colonial Heritage of Latin America*, New York, Oxford University Press, 1970.
25. Fernand Braudel, ob. cit., p. 338.

II
La ciudad letrada

Para llevar adelante el sistema ordenado de la monarquía absoluta, para facilitar la jerarquización y concentración del poder, para cumplir su misión civilizadora, resultó indispensable que las ciudades, que eran el asiento de la delegación de los poderes, dispusieran de un grupo social especializado, al cual encomendar esos cometidos. Fue también indispensable que ese grupo estuviera imbuido de la conciencia de ejercer un alto ministerio que lo equiparaba a una clase sacerdotal. Sino el absoluto metafísico, le competía el subsidiario absoluto que ordenaba el universo de los signos, al servicio de la monarquía absoluta de ultramar.

Ambas esferas estuvieron superpuestas por largo tiempo, por lo cual el equipo intelectual contó por siglos entre sus filas a importantes sectores eclesiásticos, antes que la laicización que comienza su acción en el XVIII los fuera reemplazando por intelectuales civiles, profesionales en su mayoría. Dos fechas circunscriben el período de esta superposición: 1572 en que llegan los jesuitas a la Nueva España y 1767 en que son expulsados de América por Carlos III. Tempranamente describió el padre Juan Sánchez Baquero la función de la Orden de Jesús que, a diferencia de las órdenes mendicantes consagradas a la evangelización de los indios, vino a atender «la nueva juventud nacida en esta tierra, de ingenios delicados y muy hábiles, acompañados con una grande facilidad y propensión para el bien o el mal» conduciendo la ociosidad en que vivían hacia «el ejercicio de las letras para el cual faltaban maestros y cuidado» «con que estaban muy decaídas las letras y más pobladas las plazas que las escuelas». La situación de esa juventud rica a la cual debían orientar hacia los estudios de Filosofía y Teología, es objetivamente descrita por el padre Sánchez Baquero:

> Críanse en el regalo y la abundancia de las casas de sus padres y en la benignidad de este cielo y temperamento, con mucha ociosidad (veneno bastante a destruir cualquiera gran república, como nos lo muestran las que han tenido este daño); y en esta tierra

> estaba en todo su punto: porque, acabada su conquista y pacificación, cesaron las armas y ejercicios militares; y la ocupación en oficios mecánicos, ni tenía lugar, ni había para qué se admitiese; porque la nobleza le tenía muy justo en las hazañas de los padres, cuando no se derivara de atrás, demás de ser mucha la abundancia de la tierra.[1]

La hazaña educativa de la Orden, que se abre al declinar el milenarismo de los evangelizadores (sobre todo franciscanos), es paralela a la estructuración administrativa y eclesiástica de las colonias y por lo tanto una pequeña aunque no desdeñable parte de la poderosa articulación letrada que rodea al poder, manejando los lenguajes simbólicos en directa subordinación de las metrópolis.

La ciudad bastión, la ciudad puerto, la ciudad pionera de las fronteras civilizadoras, pero sobre todo la ciudad sede administrativa que fue la que fijó la norma de la ciudad barroca, constituyeron la parte material, visible y sensible, del orden colonizador, dentro de las cuales se encuadraba la vida de la comunidad. Pero dentro de ellas siempre hubo otra ciudad, no menos amurallada ni menos sino más agresiva y redentorista, que la rigió y condujo. Es la que creo debemos llamar la *ciudad letrada*, porque su acción se cumplió en el prioritario orden de los signos y porque su implícita calidad sacerdotal, contribuyó a dotarlos de un aspecto sagrado, liberándolos de cualquier servidumbre con las circunstancias. Los signos aparecían como obra del Espíritu y los espíritus se hablaban entre sí gracias a ellos. Obviamente se trataba de funciones culturales de las estructuras de poder, cuyas bases reales podríamos elucidar, pero así no fueron concebidas ni percibidas, ni así fueron vividas por sus integrantes.

En el centro de toda ciudad, según diversos grados que alcanzaban su plenitud en las capitales virreinales, hubo una *ciudad letrada* que componía el anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes: Una pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estaban estrechamente asociados a las funciones del poder y componían lo que Georg Friederici ha visto como un país modelo de funcionariado y de burocracia. Desde su consolidación en el último tercio del XVI, ese equipo mostró dimensiones desmesuradas, que no se compadecían con el reducido número de los alfabetizados a los cuales podía llegar su palabra escrita y ni siquiera con sus obligaciones específicas, y ocupó simultáneamente un elevado rango dentro de la sociedad obteniendo por lo tanto una parte nada despreciable de su abundante surplus económico.

Los siglos de la Colonia muestran reiteradamente la sorprendente magnitud

del grupo letrado que en su mayoría constituye la frondosa burocracia instalada en las ciudades a cargo de las tareas de trasmisión entre la metrópoli y las sociedades coloniales, por lo tanto girando en lo alto de la pirámide en torno a la delegación del Rey. Para tomar el campo de la literatura, que es sin embargo sólo una porción de la producción letrada, se ha atribuido su poquedad artística al reducido número de ejercitantes cuando se lo puede atribuir más correctamente al espíritu colonizado. Efectivamente, todos los registros hablan de números altísimos: son los trescientos poetas que según Bernardo de Balbuena concurrieron al certamen de fines del XVI en que él fue distinguido o el alto número de los que un siglo después recogió Sigüenza y Góngora en su *Triunfo parténico*. Tales cifras no guardan relación con los potenciales consumidores y de hecho productores y consumidores debieron ser los mismos funcionando en un circuito doblemente cerrado, pues además de girar internamente, nacía del poder virreinal y volvía laudatoriamente a él. Tan alta producción es, obviamente, ocio remunerado por otras vías, dado que para esos productos no existía un mercado económico y puede vincularse al despilfarro suntuario que caracterizó a las cortes coloniales, las cuales tuvieron una visión absolutamente desmesurada y falsa de la opulencia de la metrópoli que se esforzaban por imitar, venciéndola sin cesar en ostentación y boato.

Contrariamente a la leyenda construida por los resentidos criollos novohispanos de que se les negaba acceso a las riquezas a las que se estimaban con derechos, la absorción de una parte considerable de la riqueza americana por el sector dirigente, del cual participaban aunque en situación marginal esos mismos criollos, permitió condiciones de vida superior a las de la metrópoli. De ellas no sólo disfrutaron los ricos hacendados o comerciantes, sino asimismo el grupo letrado. Fue la «incomportable quimera» de vivir del trabajo de los indios y los esclavos, denunciada ácidamente por el padre Mendieta[3] cuando creció pavorosamente la mortandad indígena que eufemísticamente designamos como la «catástrofe demográfica» del siglo XVI. Al finalizar sólo contaba un millón de indios de los 10 a 25 (según las estimaciones) que había en México cuando se inició la conquista. Sobre ese trabajo, sobre la rapaz apropiación de las riquezas, no sólo se edificaron suntuosas iglesias y conventos que hasta el día de hoy testimonian la opulencia del sector eclesiástico, sino también la holgura de españoles y criollos y los ocios que permitieron al grupo letrado consagrarse a extensas obras literarias. Así, le debemos la espléndida épica culta del barroco.

Varias causas contribuyeron a la fortaleza de la ciudad letrada. Las dos principales fueron: las exigencias de una vasta administración colonial que con

puntillismo llevó a cabo la Monarquía, duplicando controles y salvaguardias para restringir, en vano, el constante fraude con que se la burlaba, y las exigencias de la evangelización (transculturación) de una población indígena que contaba por millones, a la que se logró encuadrar en la aceptación de los valores europeos, aunque en ellos no creyeran o no los comprendieran. Esas dos inmensas tareas reclamaban un elevadísimo número de letrados, los que se asentaron preferentemente en los reductos urbanos.

A ellas debe agregarse que, como ha estudiado Juan Antonio Maravall,[4] la época barroca es la primera de la historia europea que debe atender a la ideologización de muchedumbres, apelando a formas masivas para trasmitir su mensaje, cosa que hará con rigor programático. Si bien se ha discutido la real incidencia de las disposiciones del Concilio de Trento sobre arte,[5] no se puede sino reconocer la importancia y esplendor que adquirió la «fiesta barroca», las representaciones sacras, o la militancia propagandística que cumplieron la Corona y la Tiara a través de entrenados equipos (la Sociedad de Jesús, la Inquisición) en el clima beligerante de la Contrarreforma. Para América, la fuerza operativa del grupo letrado que debía trasmitir su mensaje persuasivo a vastísimos públicos analfabetos fue mucho mayor. Si en la historia europea esa misión sólo encontraría un equivalente recién en el siglo XX con la industria cultural de los medios de comunicación masiva, en América prácticamente no se ha repetido.

Todavía debe agregarse otra tarea, que quedó apuntada en la razón que llevó al Virrey Martín Enriquez a reclamar la venida de la Orden de Jesús: la formación de la élite dirigente que no necesitaba trabajar y ni siquera administrar sus bienes pero sí debía dirigir la sociedad al servicio del proyecto imperial, robusteciendo sus lazos con la Corona y la Tiara. La primera pensó que podía hacer eso por sí misma cuando retomó férreamente la conducción de sus colonias en el XVIII, concediendo un puesto importante en la *ciudad letrada* a la nueva generación de administradores (los intendentes) y a la floración de profesionales, más peninsulares que criollos.

De estas plurales causas proviene la importancia que durante la Colonia adquirió el cogollo urbano letrado, al que correspondió una serie de relevantes funciones, indispensables para el proyecto colonizador.

Mediante una reinterpretación romántica, se ha puesto excesivamente el acento en las trivialidades y secreteos de la vida cortesana colonial (a lo que contribuyó Ricardo Palma) sin rendir justicia a la capital función social de los intelectuales, desde el púlpito, la cátedra, la administración, el teatro, los plurales géneros ensayísticos. Les correspondía enmarcar y dirigir a las sociedades colonia-

les, tarea que cumplieron cabalmente. Incluso lo hicieron los poetas, a pesar de ser sólo una pequeña parte del conjunto letrado, y aun lo siguieron haciendo por un buen trecho del XIX independiente, hasta la modernización. Más aún, debe anotarse que la función poética (o, al menos, versificadora) fue patrimonio común de todos los letrados, dado que el rasgo definitorio de todos ellos fue el ejercicio de la letra, dentro del cual cabía tanto una escritura de compra-venta como una oda religiosa o patriótica.

La potencia del grupo letrado puede percibirse en su extraordinaria longevidad. Constituido con el manierismo que irrumpe en el último tercio del XVI, sigue rozagante en vísperas de la revolución de Independencia, dos siglos después. Incluso de la escuela neoclásica (que en realidad simplemente prolongó, laicizándolo, al grupo letrado) dice Henríquez Ureña que «muy contadas son las muestras de su influencia antes del fin de la era colonial»[6] y más categóricamente, Mariano Picón Salas pensó que el barroco no sólo había ocupado íntegramente la Colonia sino que se había prolongado hasta nuestros días. En 1944 decía que «a pesar de casi dos siglos de enciclopedismo y de crítica moderna, los hispanoamericanos no nos evadimos enteramente aún del laberinto barroco»[7] con lo que coincidió el novelista Alejo Carpentier que llegó a proponer al estilo barroco como forma específica del arte del continente.[8] Tras esas percepciones, podemos ver otra cosa: el perviviente poder de la *ciudad letrada* más allá de la Independencia y el forzoso epigonalismo que se registra entre sus miembros, religándolos tesoneramente a los orígenes, cuando una conformación del grupo intelectual se conserva tanto tiempo sin modificación profunda.

Más significativo y cargado de consecuencias que el elevado número de integrantes de la *ciudad letrada*, que los recursos de que dispusieron, que la preeminencia pública que alcanzaron y que las funciones sociales que cumplieron, fue la capacidad que demostraron para institucionalizarse a partir de sus funciones específicas (dueños de la letra) procurando volverse un poder autónomo, dentro de las instituciones del poder a que pertenecieron: Audiencias, Capítulos, Seminarios, Colegios, Universidades.

Puede percibirse en eso el margen del funcionamiento autónomo de que es capaz el equipo intelectual, tal como Karl Mannheim lo detectara tempranamente,[9] y sirviera más recientemente a Alvin Gouldner[10] para examinar su poder en las sociedades contemporáneas. Con demasiada frecuencia, en los análisis marxistas, se ha visto a los intelectuales como meros ejecutantes de los mandatos de las Instituciones (cuando no de las clases) que los emplean, perdiendo de vista su

peculiar función de productores, en tanto conciencias que elaboran mensajes, y, sobre todo, su especificidad como diseñadores de modelos culturales, destinados a la conformación de ideologías públicas. Creo indispensable manejar una relación más fluida y compleja entre las instituciones o clases y los grupos intelectuales. Incluso por su condición de servidores de poderes, están en inmediato contacto con el forzoso principio institucionalizador que caracteriza a cualquier poder, siendo por lo tanto quienes mejor conocen sus mecanismos, quienes más están entrenados en sus vicisitudes y, también, quienes mejor aprenden la conveniencia de otro tipo de institucionalización, el del restricto grupo que ejercita las funciones intelectuales. Pues también por su experiencia saben que puede modificarse el tipo de mensajes que emitan sin que se altere su condición de funcionarios, y ésta deriva de una intransferible capacidad que procede de un campo que le es propio y que dominan, por el cual se les reclama servicios, que consiste en el ejercicio de los lenguajes simbólicos de la cultura. No sólo sirven a un poder, sino que también son dueños de un poder. Este incluso puede embriagarlos hasta hacerles perder de vista que su eficiencia, su realización, sólo se alcanza si lo respalda, da fuerza e impone, el centro del poder real de la sociedad.

Una breve incursión en el XIX, demostrativa de la pervivencia de estas concepciones coloniales, puede mostrarlo. Bastante antes de los conocidos análisis de Max Weber sobre la burocracia, que desde luego no conocieron, los escritores latinoamericanos del XIX y el XX fueron extraordinariamente perceptivos acerca de esta capacidad de agruparse e institucionalizarse que revelaron los burócratas del sistema administrativo del Estado. En el caso de México donde este problema ha seguido siendo central hasta nuestros días, durante la modernización porfirista arrecian las críticas al sector funcionarial que es definido como «parásito». Justo Sierra llega a decir que «la industria mexicana por excelencia, es la que se designa con una palabra definitivamente aclimatada en los vocabularios hispanoamericanos: la burocracia».[11] Mariano Azuela consagra una de sus sarcásticas novelas del período de la revolución mexicana, a demostrar que la burocracia sobrevive el cataclismo político y se vuelve a insertar en la estructura del nuevo estado, por lo cual llama a sus integrantes «las moscas», adaptando la nominación que para la España del XIX les había dado Pérez Galdós, «los peces». Estas críticas son formuladas por intelectuales mexicanos que todavía no integraban el poder, aunque ya eran parte de la *ciudad letrada* en la situación confusa que la caracterizó en la modernización. Pueden asimilarse por lo tanto a las de los criollos de la época colonial contra los españoles que ocupaban el centro del poder: pugnas individuales

para entrar a él.

¿A qué se debió la supremacia de la *ciudad letrada*?

En primer término a que sus miembros conformaron un grupo restricta y drásticamente urbano. Sólo es posible dentro de una estructura ciudadana. Ella aparece como su «natural habitat» y con ella se consustancian en forma inextricable. Sólo el grupo mercantil puede asemejarse al intelectual. En la visión jubilosa de la ciudad de México que ofreció Bernardo de Balbuena en 1604, vinculó a ambos sectores en el mismo verso: «letras, virtudes, variedad de oficios». Y cuando desarrolla el contenido en el capítulo IV de la *Grandeza mexicana*, parte de la oposición entre campo y ciudad, para realzar la esencia urbana del intelectual, asimilada al triunfo de la ciudad:

> si desea vivir y no ser mudo
> tratar con sabios que es tratar con gentes
> fuera del campo torpe y pueblo rudo.

Más influyente, sin embargo, fue el puesto que el grupo ocupó en lā intermediación por el manejo de los instrumentos de la comunicación social y porque mediante ellos desarrolló la ideologización del poder que se destinaba al público. En 1680 lo protagonizaron los dos mayores intelectuales de la Nueva España, Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos Sigüenza y Góngora, al edificar los respectivos arcos triunfales para recibir al nuevo Virrey, Marqués de la Laguna y Conde de Paredes, una con el *Neptuno alegórico. Océano de colores. Simulacro político*, y otro con el *Teatro de virtudes políticas*, textos iluminadores ambos de la tarea social y política que correspondía a los intelectuales y de la conjugación que procuraban en sus obras de las diversas fuerzas dominantes en la sociedad para obtener mercedes, al tiempo que exaltaban la omnipotencia de la figura carismática del Virrey. El uso político del mensaje artístico fue extraordinariamente frecuente en la Colonia, como obviamente se desprende de su estructura social y económica, aunque no ha tenido la suficiente atención crítica.[12]

La capital razón de su supremacía se debió a la paradoja de que sus miembros fueron los únicos ejercitantes de la letra en un medio desguarnecido de letras, los dueños de la escritura en una sociedad analfabeta y porque coherentemente procedieron a sacralizarla dentro de la tendencia gramatológica constituyente de la cultura europea. En territorios americanos, la escritura se constituiría en una suerte de religión secundaria, por tanto pertrechada para ocupar el lugar de las religiones cuando éstas comenzaran su declinación en el XIX. Aún más que la letra,

conjugaron los símbolos todos, abasteciéndose en el venero tradicional, para fundar así una escritura crecientemente autónoma. El discurso barroco no se limita a las palabras, sino que las integra con los emblemas, jeroglíficos, empresas, apólogos, cifras, e inserta este enunciado complejo dentro de un despliegue teatral que apela a la pintura, la escultura, la música, los bailes, los colores, poporcionándoles el *hilo rojo* que para Goethe fijaba la significación de la diversidad. De esta manera compone un coruscante discurso cuyas lanzaderas son las operaciones de la tropología que se suceden unas a otras animando y volatilizando la materia. Su mejor exposición no está en los textos literarios mudos que hemos conservado, sino en la fiesta que ellos significaban, por lo cual su expresión más ilustrativa son los arcos triunfales con que se conmemoraban los grandes acontecimientos.

Ese empeño constituye un sistema independiente, abstracto y racionalizado, que articula autónomamente sus componentes, abasteciéndose en la tradición interna del signo y preferentemente en sus fuentes clásicas. Como una red se ajusta sobre la realidad para otorgarle significación; por momentos, se diría que hasta simple existencia. A fines del XVII parece sobrevolar cualquier coyuntura real y la operación original (y genial) de Sor Juana consiste en haber hecho de esa desconexión entre el discurso literario y la urdimbre de los afectos, el tema central de su poética, llegando a sospechar (y de ahí la irrupción onírica del *Primero sueño*) que sólo en el hemisferio oculto se producía la verdad, rigiendo y desbaratando el discurso racional que creyendo ser autónomo y autosuficiente no hacía más que recoger los impulsos oscuros: «¡Oh vil arte, cuyas reglas/tanto a la razón se oponen,/que para que se ejecuten/es menester que se ignoren!»

La evolución del sistema simbólico siguió siendo impetuosa a través del tiempo. Parecería haber alcanzado en nuestra época su apoteosis, en la urdimbre de señales, índices, diagramas, siglas, logotipos, imágenes convencionales, números, que remedan lenguajes y aun aspiran a la doble articulación de la lengua. Sus componentes sólo responden vagamente a datos particulares y concretos que registrarían su nacimiento en lo coditiano, pues se han desarrollado como significaciones, pensadas a partir de las necesidades del sistema y sólo después han buscado los significantes indispensables para expresarse. Tales elementos ordenan al mundo físico, normativizan la vida de la comunidad y se oponen al desperdigamiento y al particularismo de cualquier invención sensible. Es una red producida por la inteligencia razonante que, a través de la mecanicidad de las leyes, instituye el orden. Es el testimonio de la tarea de la ciudad letrada.

Tal evolución impregna los más variados aspectos de la vida social y sería

imposible recorrerlos todos. Reduciéndonos a un aspecto aparentemente trivial, se la podría reconstruir mediante la paralela evolución del nomenclator urbano. A una primera época en que se recurre a nombres particulares para designar sitios o calles, los cuales nacen de objetos concretos que pertenecen a su estrecha contigüidad (Monjitas se llamará una calle en Santiago porque allí estaba el convento de monjas) sigue una segunda, en que los nombres de las calles ya no pertenecen a simples desplazamientos metonímicos, sino que manifiestan una voluntad, generalmente honorífica, de recordar sucesos o personas eminentes. Todavía son nombres particulares, ya se trate en Buenos Aires de la calle Rivadavia, por el presidente argentino, ya en Montevideo la avenida 18 de Julio por la fecha de declaración de la independencia uruguaya, y se los acompaña con una doble serie numérica, pares e impares, que todavía se van sucediendo según las casas existentes, sin prever que puedan aparecer otras futuras. En una tercera época todo el nomenclator se volverá mejor planificado y más rígido, apelará exclusivamente a números, articulando diversas series, y no será otra cosa que un sistema abstracto destinado a ubicar un lugar dentro de la ciudad con precisión y simplicidad. Las menciones particulares nacidas de sucesos históricos o de menudos acontecimientos del vivir, habrán quedado abolidas.

Esta evolución a veces es contradicha en algunas ciudades lo que exige una interpretación que arroja luz sobre el funcionamiento de la *ciudad letrada*. El casco urbano de Caracas sigue conservando tesoneramente un nomenclator en que son las esquinas, y no las calles, las que tienen nombres, que muchas veces conservan referencias históricas concretas (se va de Misericordia a Velázquez, de Coliseo a Corazón de Jesús) y entre una y otra esquina se ubica una dirección mediante un nombre también, aplicado a un edificio (Quinta Anamar, Edificio Camoruso, Residencia El Trébol), con lo cual se registra la adhesión a un pasado que, sin embargo, ya ha comenzado a disolverse. Por el contrario, en la ciudad de Bogotá se ha impuesto un nomenclator numérico aún más preciso y rígido que el de Manhattan: las ubicaciones pueden hacerse exclusivamente con números fijando exactamente el lugar de la cuadra en que se encuentra la casa: 25& 3-70, 13& 69-31, 93& 13-A-10. Parecería contradictoria la situación de ambas ciudades, visto que la sociedad venezolana es indudablemente más dinámica y modernizada que la colombiana. La explicación hay que ir a buscarla en la dominación que ejerce la *ciudad letrada* en cada una de las ciudades: es mucho más poderosa y mejor articulada en el ejemplo bogotano que en el caraqueño, cuya sociedad es sacudida por enérgicos movimientos democráticos y antijerárquicos que dificultan la acción

racionalizadora de las élites intelectuales.

Es apenas un ejemplo de los múltiples encuentros y desencuentros entre la *ciudad real* y la *ciudad letrada*, entre la sociedad como un todo y su elenco intelectual dirigente. Visualizamos dos entidades diferentes que, como el signo lingüístico, están unidas, más que arbitrariamente, forzosa y obligadamente. Una no puede existir sin la otra, pero su naturaleza y funciones son diferentes como lo son los componentes del signo. Mientras que la *ciudad letrada* actúa preferentemente en el campo de las significaciones y aun las autonomiza en un sistema, la *ciudad real* trabaja más cómodamente en el campo de los significantes y aun los segrega de los encadenamientos lógico-gramaticales.

En el bello libro de Italo Calvino, *La citta invisibili*, Marco Polo le cuenta a Kublai Kan cómo es la ciudad de Tamara, donde «l'occhio non vede cose ma figure di cose chi significano altre cose». La espesa urdimbre de los signos impone su presencia, no permite que nada más sea visto:

> lo sguardo percorre le vie come pagine scritte: la citta dice tutto quello che devi pensare, ti fa ripetere il suo discorso, e mentre credi di visitare Tamara non fai che registrare i nomi con cui essa definisce se stessa e tutte le sue parti.[13]

No sólo Tamara, toda ciudad puede parecernos un discurso que articula plurales signos-bifrontes de acuerdo a leyes que evocan las gramaticales. Pero hay algunas donde la tensión de las partes se ha agudizado. Las ciudades despliegan suntuosamente un lenguaje mediante dos redes diferentes y superpuestas: la física que el visitante común recorre hasta perderse en su multiplicidad y fragmentación, y la simbólica que la ordena e interpreta, aunque sólo para aquellos espíritus afines capaces de leer como significaciones los que no son nada más que significantes sensibles para los demás, y, merced a esa lectura, reconstruir el orden. Hay un laberinto de las calles que sólo la aventura personal puede penetrar y un laberinto de los signos que sólo la inteligencia razonante puede descifrar, encontrando su orden.

Este es obra de la *ciudad letrada*. Sólo ella es capaz de concebir, como pura especulación, la ciudad ideal, proyectarla antes de su existencia, conservarla más allá de su ejecución material, hacerla pervivir aun en pugna con las modificaciones sensibles que introduce sin cesar el hombre común.

Notas al Capítulo II: La ciudad letrada

1. Juan Sánchez Baquero, S.J., *Fundación de la Compañía de Jesús en la Nueva España.*
2. Cit. por Braudel, ob. cit., p. 368.
3. *Códice Mendieta. Documentos franciscanos siglos XVI y XVII*, México, 1902, 2 vols., (Joaquín García Icazbalceta, ed.).
4. José Antonio Maravall, *La cultura del barroco*, Barcelona, Ariel, 1975.
5. Arnold Hauser, *The Social History of Art*, London, Routledge & Kegan Paul, 1951, v, 8, 9, 10.
6. Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, F.C.E. 1949, p. 87.
7. Mariano Picón Salas, *De la conquista a la independencia*, México, F.C.E., 1950, 2a ed. aum., p. 101.
8. *Tientos y diferencias*, México, UNAM, 1964.
9. Karl Mannheim, *Essays on the Sociology of Culture*, London, Routledge, Paul, 1956; *Essays on the Sociology of Knowledge*, New York, Oxford University Press, 1952.
10. Alvin W. Gouldner, *The Dialectic of Ideology and Technology*, New York, Seabury Press, 1976; *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class*, New York, Seabury Press, 1979.
11. *México social y político* (1899) en: *Evolución política del pueblo mexicano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 308.
12. He intentado la lectura política e ideológica de Fernán González de Eslava, en mi ensayo «La señal de Jonás sobre el pueblo mexicano» en: *Escritura* V, 10, Caracas, julio-diciembre 1980, pp. 179-239.
13. Italo Calvino, *Le citta invisibili*, Torino, Einaudi, 1972, p. 22.



III
La ciudad escrituraria

A través del orden de los signos, cuya propiedad es organizarse estableciendo leyes, clasificaciones, distribuciones jerárquicas, la *ciudad letrada* articuló su relación con el Poder, al que sirvió mediante leyes, reglamentos, proclamas, cédulas, propaganda y mediante la ideologización destinada a sustentarlo y justificarlos. Fue evidente que la *ciudad letrada* remedó la majestad del Poder, aunque también puede decirse que éste rigió las operaciones letradas inspirando sus principios de concentración, elitismo, jerarquización. Por encima de todo, inspiró la distancia respecto al común de la sociedad. Fue la distancia entre la letra rígida y la fluida palabra hablada, que hizo de la *ciudad letrada* una *ciudad escrituraria*, reservada a una estricta minoría.

A su preparación se dedicaron ingentes recursos. Desde 1538 se contó con una Universidad en Santo Domingo y antes de que concluyera el siglo, ya se las había fundado en México, Lima, Bogotá, Quito y Cuzco, atención por la educación superior de los letrados que no tuvo ningún equivalente respecto a las escuelas de primeras letras. No sólo la escritura, también la lectura quedó reservada al grupo letrado: hasta mediados del siglo XVIII estuvo prohibida a los fieles la lectura de la *Biblia*, reservada exclusivamente a la clase sacerdotal. La singularidad de estos comportamientos se mide al cotejarlos con el desarrollo de la educación primaria y la lectura familiar de la *Biblia* en las colonias inglesas.

Este exclusivismo fijó las bases de una reverencia por la escritura que concluyó sacralizándola. La letra fue siempre acatada, aunque en realidad no se la cumpliera, tanto durante la Colonia con las reales cédulas, como durante la República respecto a los textos constitucionales. Se diría que de dos fuentes diferentes procedían los escritos y la vida social pues los primeros no emanaban de la segunda sino que procuraban imponérsele y encuadrarla dentro de un molde no hecho a su medida. Hubo un secular desencuentro entre la minuciosidad prescriptiva de las leyes y códigos y la anárquica confusión de la sociedad sobre la cual

legislaban. Esto no disminuyó en nada la fuerza coercitiva impartiendo instrucciones para que a ellas se plegaran vidas y haciendas. La monótona reiteración de los mismos edictos comprueba su ineficacia y el considerable sector social que se desarrolló sin sentirse concernido, cuyos integrantes, como dice una comunicación del XVIII relativa a los «gauderios», no tenían más ley que sus conciencias.

El corpus de leyes, edictos, códigos, acrecentado aún más desde la Independencia, concedió un puesto destacado al conjunto de abogados, escribanos, escribientes y burócratas de la administración. Por sus manos pasaron los documentos que instauraban el poder, desde las prebendas y concesiones virreinales que instituyeron fortunas privadas hasta las emisiones de la deuda pública durante la República y las desamortizaciones de bienes que contribuyeron a nuevas fortunas ya en el XIX. Tanto en la Colonia como en la República adquirieron una oscura preeminencia los escribanos, hacedores de contratos y testamentos, quienes disponían de la autoridad que trasmitía la legitimidad de la propiedad, cuando no la creaba de la nada: las disputas en torno a los títulos de propiedad fueron inextinguibles concediendo otro puesto preminente a los abogados. Todos ellos ejercían esa facultad escrituraria que era indispensable para la obtención o conservación de los bienes, utilizando canónicos modos lingüísticos que se mantenían invariables durante siglos.

No eran sin embargo los únicos para quienes el aprendizaje de la retórica y la oratoria eran indispensables instrumentos de acción. Lo mismo pasaba con los médicos, frecuentemente más entrenados en las artes literarias que en la anatomía o la fisiología humanas. Refiriéndose a la Facultad de Medicina de Bahia, Gilberto Freyre señalaba que aún en el siglo XIX de la ciencia,

> a Medicina científica propiamente dita se viu, por vêzes, em situação de estudo ou de culto quase ancilar do da Literatura clássica; do da Oratoria; do da Retórica; do da elegância de dizer; do da correção no escrever; do da pureza no falar; do da graça no debater questões as vêzes mais de Gramática que de Fisiologia.[1]

Este encumbramiento de la escritura consolidó la diglosia[2] característica de la sociedad latinoamericana, formada durante la Colonia y mantenida tesoneramente desde la Independencia. En el comportamiento lingüístico de los latinoamericanos quedaron nítidamente separadas dos lenguas. Una fue la pública y de aparato, que resultó fuertemente impregnada por la norma cortesana procedente de la península, la cual fue extremada sin tasa cristalizando en formas expresivas barrocas de sin igual duración temporal. Sirvió para la oratoria religiosa, las ceremonias civiles, las

relaciones protocolares de los miembros de la *ciudad letrada* y fundamentalmente para la escritura, ya que sólo esta lengua pública llegaba al registro escrito. La otra fue la popular y cotidiana utilizada por los hispano y lusohablantes en su vida privada y en sus relaciones sociales dentro del mismo estrato bajo, de la cual contamos con muy escasos registros y de la que sobre todo sabemos gracias a las diatribas de los letrados. En efecto, el habla cortesana se opuso siempre a la algarabía, la informalidad, la torpeza y la invención incesante del habla popular, cuya libertad identificó con corrupción, ignorancia, barbarismo. Era la lengua del común que, en la división casi estamental de la sociedad colonial, correspondía a la llamada *plebe*, un vasto conjunto desclasado, ya se tratara de los léperos mexicanos como de las montoneras gauchas rioplatenses o a los caboclos del sertao.

Mientras la evolución de esta lengua fue constante, apelando a toda clase de contribuciones y distorsiones, y fue sobre todo regional, funcionando en áreas geográficamente delimitadas, la lengua pública oficial se caracterizó por su rigidez, por su dificultad para evolucionar y por la generalizada unidad de su funcionamiento. Muchos de sus recursos fueron absorbidos por la lengua popular que también supo conservarlos tenazmente, en especial en las zonas rurales, pero en cambio la lengua de la escritura necesitó de grandes trastornos sociales para poder enriquecerse con las invenciones lexicales y sintácticas populares. Lo hizo sin embargo retaceadamente y sólo forzada. No puede comprenderse la fervorosa adhesión letrada a la norma cortesana peninsular y luego a la Real Academia de la Lengua, si no se visualiza su situación minoritaria dentro de la sociedad y su actitud defensiva dentro de un medio hostil.

La *ciudad escrituraria* estaba rodeada de dos anillos, lingüística y socialmente enemigos, a los que pertenecía la inmensa mayoría de la población. El más cercano y aquel con el cual compartía en términos generales la misma lengua, era el anillo urbano donde se distribuía la plebe formada de criollos, ibéricos desclasados, extranjeros, libertos, mulatos, zambos, mestizos y todas las variadas castas derivadas de cruces étnicos que no se identificaban ni con los indios ni con los esclavos negros. Nada define mejor la manera en que era vista que la descripción que hizo a fines del XVII el intelectual que consideramos más avanzado de la época, el preiluminista Carlos Sigüenza y Góngora:

> plebe tan en extremo plebe, que sólo ella lo puede ser de la que se reputare la más infame, y lo es de todas las plebes, por componerse de indios, de negros, criollos y bozales de diferentes naciones, de chinos, de mulatos, de moriscos, de mestizos, de zambaigos, de lobos y también de españoles que, en declarándose zaramullos (que es

lo mismo que pícaros, chulos y arrebatacapas) y degenerando de sus obligaciones, son los peores entre tan ruin canalla.[3]

Fue sin embargo entre esa gente inferior, que componía la mayoría de la población rubana, donde se contribuyó a la formación del español americano que por largo tiempo resistieron los letrados, pero que ya dio sus primeras muestras diferenciales en los primeros siglos de la Colonia.[4]

Rodeando este primer anillo había otro mucho más vasto, pues aunque también ocupaba los suburbios (los barrios indígenas de la ciudad de México) se extendía por la inmensidad de los campos, rigiendo en haciendas, pequeñas aldeas o quilombos de negros alzados. Este anillo correspondía al uso de las lenguas indígenas o africanas que establecían el territorio enemigo. Si hubo demanda reiterada al rey de España, siempre resistida por las órdenes religiosas pero impuesta desde el XVIII reformista, fue la de que se obligara a los indios a hablar español. Si la propiedad de tierras o de encomiendas de indios garantizaba económicamente un puesto elevado en que no había que vivir de las manos, su consagración cultural derivaba del uso de la lengua que distinguía a los miembros del cogollo superior. La propiedad y la lengua delimitaban la clase dirigente. De ahí el trauma de los descendientes de conquistadores cuando vieron mermadas sus propiedades y arremetieron entonces con la montaña de escritos y reclamaciones que probaban su pertenencia, al menos, al orbe de la lengua.

El uso de esa lengua acrisolaba una jerarquía social, daba prueba de una preeminencia y establecía un cerco defensivo respecto a un entorno hostil y, sobre todo, inferior. Esta actitud defensiva en torno a la lengua no hizo sino intensificar la adhesión a la *norma*, en el sentido en que la define Coseriu,[5] la cual no podía ser otra que la peninsular, y, más restrictamente, la que impartía el centro de todo poder, la corte. Ha sido realzada la forzosa incorporación lexical que originó la conquista de nuevas tierras con nuevas plantas, animales, costumbres,[6] pero esas palabras se incorporaron sin dificultad al sistema y no alteraron la norma, en cuanto ésta provee al hablante de «modelos, formas ideales que encuentra en lo que llamamos *lengua anterior* (sistema precedente de actos lingüísticos)»[7] los que, si inicialmente conformaron una pluralidad de fuentes según los orígenes de los colonizadores, progresivamente tendieron a ajustarse a la norma que expresaban los escritos (el estilo formulario de los documentos de Indias) y, para los letrados mejor preparados, las obras literarias peninsulares. Pues entre las peculiaridades de la vida colonial, cabe realzar la importancia que tuvo una suerte de cordón umbilical escriturario que le trasmitía las órdenes y los modelos de la metrópoli a los que

debían ajustarse. Los barcos eran permanentes portadores de mensajes escritos que dictaminaban sobre los mayores intereses de los colonos y del mismo modo éstos procedían a contestar, a reclamar, a argumentar, haciendo de la carta el género literario más encumbrado, junto con las relaciones y crónicas.

Un intrincado tejido de cartas recorre todo el continente. Es una compleja red de comunicaciones con un alto margen de redundancia y un constante uso de glosas: las cartas se copian tres, cuatro, diez veces, para tentar diversas vías que aseguren su arribo; son sin embargo interceptadas, comentadas, contradichas, acompañadas de nuevas cartas y nuevos documentos. Todo el sistema es regido desde el polo externo (Madrid o Lisboa) donde son reunidas las plurales fuentes informativas, balanceados sus datos y resueltos en nuevas cartas y ordenanzas. Tal tarea exigió un séquito, muchas veces ambulante, de escribanos y escribientes, y, en los centros administrativos, una activa burocracia, tanto vale decir, una abundante red de letrados que giraban en el circuito de comunicaciones escritas, adaptándose a sus normas y divulgándolas con sus propias contribuciones.

Se ha dudado de que el licenciado Cristóbal Vaca de Castro, a quien el Rey envió a Perú en 1540 para pacificar la región luego de la muerte de Diego de Almagro, se hubiera transformado en las Indias en un valeroso militar, pero no cabe duda de que continuó siendo un letrado. Hizo de esta red epistolar uno de sus eficaces instrumentos mortíferos, cayendo al fin preso en ella gracias al empeño de otro letrado, el contador Juan de Cáceres, que interceptó las cartas que Vaca de Castro enviaba a su mujer en España con instrucciones sobre la fortuna que estaba acumulando a espaldas del Rey.

La carta que desde Quito, ya enterado del asesinato de Francisco Pizarro, envía a Carlos V el 15 de noviembre de 1541, incluye esta constancia de sus desvelos epistolares:

> Escribí luego asimismo al Cabildo del Cuzco y personas particulares y envíe el traslado auténtico por dos escribanos de la provisión de Gobernador que V.M. fue servido de darme, y el testimonio de cómo aquí fui recibido por ella, y poder para la presentar y requerir. Escribí a un capitán Per Alvarez Holguín, que estaba con ciento cincuenta hombres en la tierra del Cuzco, que iba a una entrada; y después escribí a Lima y envié el mismo despacho por cuatro vías, con cartas para el Cabildo y para otras personas que solían ser de su parte y ahora les son contrarios, como es Gómez de Alvarado y otras personas de calidad. Escribí al don Diego y envié dos personasa la ciudad por espías, para que me escriban lo que pasa o venga uno; presto me vendrá de todos respuesta; y escribí a los pueblos de la costa y personas particulares de ella, y estarán todas en servicio de V.M.[8]

Más importante que la tan citada frase -la lengua es la compañera del Imperio- con que fuera celebrada la *Gramática sobre la lengua castellana* (1492) de Nebrija, primera de una lengua romance, fue la conciencia que tuvo la *ciudad letrada* de que se definía a sí misma por el manejo de esa lengua minoritaria (a veces casi secreta) y que defenderla y acrisolarla era su misión primera, único recurso para mantener abierto el canal que la religaba a la metrópoli que respaldaba su poder. Pues los letrados, aunque formaron una clase codiciosa, fueron la clase más leal, cumpliendo un servicio más devoto a la Corona que el de las órdenes religiosas y aun que el de la Iglesia.

Las formas de la cortesía que entonces se desplegaron y que hasta hoy se estiman peculiares de la cultura tradicional hispánica de América, son traslados de la lengua de corte madrileña. Introducidas originariamente por el manierismo desde fines del XVI, incorporadas a la lengua pública, fijaron paradigmas del buen decir que fueron imitados tesoneramente por los estratos circundantes que aspiraban al anillo del poder, y aun por los Rinconetes y Cortadillos con ingenio y buen oído.

De la misma fuente letrada y defensiva, procede el robusto purismo idiomático que ha sido la obsesión del continente a lo largo de su historia. Ha sido el sostén de la «High variety» lingüística (establecida por Ferguson) que no sólo divergió de las diversas y regionales «Low varieties» sino que procuró situarse en un plano sociocultural superior, estrechamente vinculada a la *norma* peninsular y cortesana. De ahí que en la lengua encontremos el mismo desencuentro que ya señalamos entre el *corpus* legal con sus ordenanzas, leyes y prescripciones, y la confusa realidad social. Los lingüistas concuerdan en que ya para la época de la Emancipación había desaparecido del habla, no sólo popular sino también culta, la segunda personal del plural, suplantada por la tercera bajo el pronombre jerárquico *ustedes*.[9] Sin embargo, aún en su última proclama, Simón Bolívar comienza diciendo en 1830: «Habéis presenciado mis esfuerzos...» y en las escuelas de todos los países hispanoamericanos en 1982 los niños aprenden en las tablas de conjugación un «vosotros amáis» que no utilizan en su habla corriente, ni tampoco ya en sus escritos, que suena a sus oídos como una artificiosa lengua de teatro.

Aún más significativo que el purismo, que entró a declinar desde la modernización de fines del XIX, sin que ni aún hoy se haya extinguido, es otro mecanismo que tiene similar procedencia: la utilización de dos códigos lexicales paralelos y diferentes que origina un sistema de equivalencias semánticas, de uso constante entre los intelectuales, el cual puede ser incluido entre las plurales formas

de supervivencia colonial. Este mecanismo hace del letrado un traductor, obligándolo a apelar a un metalenguaje para reconvertir el término de un código a otro, entendiendo que están colocados en un orden jerárquico de tal modo que uno es superior y otro inferior. En la carta que Carlos Sigüenza y Góngora remitió al Almirante Pez, entonces en España, para explicar la rebelión popular en la Nueva España (carta que conocemos bajo el título que le dio Irving Leonard: «Alboroto y motín de México del 8 de junio de 1692») encontramos algunos de estos ejercicios de traducción: «muchos elotes (son las mazorcas del maíz que aún no está maduro)»; «zaramullos (que es lo mismo que pícaros chulos y arrebatacapas)».[10] Trátese de un mexicanismo o de un vulgarismo, el autor es consciente de la necesidad de una reconversión explicativa, en la medida en que se dirige a un receptor de allende el océano, pues los dos códigos lexicales postulan la otredad.

No parece muy distinta la razón por la cual, dos siglos después, las novelas costumbristas o regionalistas apelaron al uso de «glosarios» lexicales, pues aun más que al público de otras áreas del continente se dirigía al potencial público peninsular. Y aun se diría que es la misma que cincuenta años después conduce al novelista cubano Alejo Carpentier a explicar por qué la lengua literaria americana debe ser barroca, en una de las más curiosas fundamentaciones de un estilo:

> La palabra **pino** basta para mostrarnos el pino; la palabra **palmera** basta para definir, mostrar la palmera. Pero la palabra **ceiba** -nombre de un árbol americano al que los negros cubanos llaman «la madre de los árboles» -no basta para que las gentes de otras latitudes vean el aspecto de columna rostral de ese árbol gigantesco (...) Esto sólo se logra mediante una polarización certera de varios adjetivos, o, para eludir el adjetivo en sí, por la adjetivación de ciertos sustantivos que actúan, en este caso, por proceso metafórico. Si se anda con suerte -literalmente hablando, en este caso, el propósito se logra. El objeto vive, se contempla, se deja sopesar. Pero la prosa que le da vida y consistencia, peso y medida, es una prosa barroca, forzosamente barroca...[11]

Es obvio que no son las palabras en sí sino los contextos culturales los que permiten *ver* en la literatura un pino, una palmera o una ceiba, y que mientras los escritores europeos hablaban para sus lectores desentendiéndose de los marginales extra-europeos (como Carpentier) añorando la lectura eurocentrista como la verdadera y consagratoria. Lo que propone el novelista es la absorción del metalenguaje explicativo, con que se hacía la reconversión entre los dos códigos lexicales, dentro del lenguaje narrativo de la obra, aunque esto no es suficiente para borrar su traza. Sigue certificando, en pleno siglo XX, la conciencia del letrado de que está desterrado en las fronteras de una civilización cuyo centro animador (cuyo

lector también) está en las metrópolis europeas.[12]

Estos ejemplos apoyarían la comprobación de que la *ciudad letrada* no sólo defiende la *norma* metropolitana de la lengua que utiliza (español o portugués) sino también la *norma* cultural de las metrópolis que producen las literaturas admiradas en las zonas marginales. Ambas normas radican en la *escritura*, que no sólo fija la variedad *High* en los sistemas diglósicos, sino que engloba todo el orbe aceptable de la expresión lingüística, en visible contradicción con el habitual funcionamiento de la lengua en comunidades mayoritariamente ágrafas.

Todo intento de rebatir, desafiar o vencer la imposición de la escritura, pasa obligadamente por ella. Podría decirse que la escritura concluye absorbiendo toda la libertad humana, porque sólo en su campo se tiende la batalla de nuevos sectores que disputan posiciones de poder. Así al menos parece comprobarlo la historia de los *graffiti* en América Latina.

Por la pared en que se inscriben, por su frecuente anonimato, por sus habituales faltas ortográficas, por el tipo de mensaje que trasmiten, los *graffiti* atestiguan autores marginados de las vías letradas, muchas veces ajenos al cultivo de la escritura, habitualmente recusadores, protestatarios e incluso desesperados. Tres ejemplos, extraídos periódicamente cada dos siglos de historia americana, en el XVI, el XVIII y el XX, dan prueba de su persistencia, de su crecimiento, y atestiguan el imperio de la escritura.

El reparto del botín de Tenochtitlan después de la derrota azteca de 1521, dio lugar a un escándalo debido a las reclamaciones tempestuosas de los capitanes españoles que se consideraron burlados. Bernal Díaz del Castillo, que era uno de ellos, lo ha contado con detalle y sagacidad:

> Y como Cortés estaba en Coyoacán y posaba en unos palacios que tenían blanqueadas y encaladas las paredes, donde buenamente se podía escribir en ellas con carbones y otras tintas, amanecían cada mañana escritos muchos motes, algunos en prosa y otros en metro, algo maliciosos (...) y aún decían palabras que no son para poner en esta relación.[13]

Sobre la misma pared de su casa, Cortés los iba contestando cada mañana en verso, hasta que, encolerizado por las insistentes réplicas, cerró el debate con estas palabras: «Pared blanca, papel de necios». Restablecía así la jerarquía de la escritura, condenando el uso de muros (al alcance de cualquiera) para esos fines superiores. Simplemente certificaba la clandestinidad de los *graffiti*, su depredatoria apropiación de la escritura, su ilegalidad atentatoria del poder que rige a la sociedad.

Con no menor reprobación contempló dos siglos después el inspector de correos Alonso Carrió de la Vandera los *graffiti* que cubrían las paredes de las posadas del Alto Perú, en los que reconoció la obra de «hombres de baja esfera», tanto por sus mensajes como por su torpe manejo de la escritura y, además, por otra cosa, por el afán de existir que sus autores testimoniaban: «Además de las deshonestidades que con carbones imprimen las paredes, no hay mesa ni banca en que no esté esculpido el apellido y nombre a golpe de fierro de estos necios».[14] El calificativo denigratorio se reitera: son necios quienes usan la escritura sobre materiales que no están destinados a esos fines por la sociedad. En el viaje de Buenos Aires a Lima que cuenta en *El lazarillo de ciegos caminantes* (1773) Carrió de la Vandera es capaz de registrar con frecuencia los productos de una cultura oral, enteramente ajena a los circuitos letrados, como eran los toscos cantos de los gauderios. Esas producciones habían surgido libremente en los campos, en los aledaños pueblerinos, en los estratos bajos de la sociedad, fuera del cauce letrado. Sin embargo, ya entonces comienzan a incorporarse a la escritura en esas dos manifestaciones que seguramente venían de antes y que como bien sabemos, se polongarían vigorosamente hasta nuestros días: el registro de la sexualidad reprimida que habría de encontrar en las paredes de las letrinas su lugar y su papel preferidos, obscenidades que más que por la mano parecían escritas por el pene liberado de su encierro, y el registro del nombre con caracteres indelebles (tallados a cuchillo) para de este modo alcanzar existencia y permanencia, un afán de ser por el nombre que ha concluido decorando casi todos los monumentos públicos.

Dos siglos después, en la segunda mitad del siglo XX, todos hemos sido testigos de la invasión de *graffiti* políticos sobre los muros de las ciudades latinoamericanas, que obligaron a las fuerzas represivas a transformarse en enjalbegadores. También aquí, el afán de libertad, transitaba por una escritura evidentemente clandestina, rápidamente trazada en la noche a espaldas de las autoridades, obligando a éstas a que restringieran el uso de la escritura y aun le impusieran normas y canales exclusivos. En el año 1969, en mitad de la agitación nacional, el gobierno del Uruguay dictó un decreto que prohibía la utilización, en cualquier escrito público, de siete palabras. Tenía que saber que con prohibir la palabra no hacía desaparecer la cosa que ella mentaba: lo que intentaba era conservar ese orden de los signos que es la tarea preciada de la *ciudad letrada*, la cual se distingue porque aspira a la unívoca fijeza semántica y acompaña la exclusiva letrada con la exclusiva de sus canales de circulación. Como dijo por esas fechas el periodista colombiano Daniel Samper, la libertad de prensa se había

transformado en la libertad para poder comprarse una prensa.

La *ciudad letrada* quiere ser fija e intemporal como los signos, en oposición constante a la *ciudad real* que sólo existe en la historia y se pliega a las transformaciones de la sociedad. Los conflictos son, por lo tanto, previsibles. El problema capital, entonces, será el de la capacidad de adaptación de la *ciudad letrada*. Nos preguntaremos sobre las posibles transformaciones que en ella se introduzcan, sobre su función en un período de cambio social, sobre su supervivencia cuando las mutaciones revolucionarias, sobre su capacidad para reconstituirse y reinstaurar sus bases cuando éstas hayan sido trastornadas.

El gran modelo de su comportamiento lo ofreció la revolución emancipadora de 1810, fijando un paradigma que con escasas variantes se repetiría en los sucesivos cambios revolucionarios que conoció el continente. En pleno siglo XX, se constituyó en la obsesión del novelista Mariano Azuela durante la revolución mexicana, tal como lo registran sus obras desde *Andrés Pérez maderista*, hipnotizado, más que por el proceso de cambio que estimó irracional y caótico, por la permanencia del grupo letrado y por su aprovechamiento de las energías sociales desencadenadas en beneficio propio. La emancipación de 1810 mostró: (1) el grado de autonomía que había alcanzado la *ciudad letrada* dentro de la estructura de poder y su disponibilidad para encarar transformaciones gracias a su función intelectual cuando veía amenazados sus fueros: nadie lo ilustra mejor que el precursor Antonio Nariño, funcionario del Nuevo Reino de Granada, cuando en su imprenta privada da a conocer en 1794 el texto de la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, pieza ideológicamente clave dentro del movimiento antireformista que había tenido su epicentro violento entre 1777 y 1781 y por lo tanto fundamentación doctrinal de los intereses criollos afectados por la reforma borbónica; (2) las limitaciones de su acción, derivadas de su dependencia de un Poder real, regulador del orden jerárquico de la sociedad, pues al desaparecer bajo sus embates la administración española encontró que la mayoría de la población (indios, negros, mestizos, mulatos) estaba en su contra y militaba en las fuerzas regalistas, por lo cual debió hacer concesiones sociales tal como se expresaron desde la primera ley sobre libertad de esclavos que promulgó Simón Bolívar en 1816 y las posteriores sobre indios que resultaron catastróficas para éstos, pues efectivamente los indios no se equivocaban cuando «consideraban al rey como su protector y defensor natural, contra las aspiraciones subyugadoras de los criollos, dueños de las haciendas y buscadores de (mano) de obra barata»,[15] (3) su capacidad de adaptación al cambio y al mismo tiempo su poder para refrenarlo dentro de los límites

previstos, recuperando un movimiento que escapaba de sus manos, no sólo en lo referente a las masas populares desbridadas, sino también respecto a las apetencias desbordadas de su propio sector. Es el mismo Nariño quien en el «Discurso en la apertura del Colegio electoral de Cundinamarca» de 1813 pasa revista a las expectativas miríficas con que se había edificado el proyecto federalista, reconocido por todos como el más democrático y justo, y concluye que había sido devorado por las apetencias burocráticas que lo habían usado para encubrir ideológicamente su demanda de puestos en la administración, ardiente reclamación de los criollos contra los chapetones en el período pre-revolucionario. En 1813 decía Nariño: «Han corrido, no obstante, tres años, y ninguna provincia tiene tesoro, fuerza armada, cañones, pólvora, escuelas, caminos, ni casas de moneda: sólo tienen un número considerable de funcionarios que consumen las pocas rentas que han quedado, y que defienden con todas sus fuerzas el nuevo sistema que les favorece».[16] Esta curiosa virtud, diríamos la de ser un «adaptable freno», en nada se vio con mayor fuerza que en la reconversión de la *ciudad letrada* al servicio de los nuevos poderosos surgidos de la élite militar, sustituyendo a los antiguos delegados del monarca. Leyes, edictos, reglamentos y, sobre todo, constituciones, antes de acometer los vastos códigos ordenadores, fueron la tarea central de la *ciudad letrada* en su nuevo servicio a los caudillos que se sustituirían en el período pos-revolucionario.

Era otra vez la función escrituraria que comenzó a construir, despegada de la realidad, la que Bolívar estigmatizó como una «república aérea», prolongando en la Independencia el mismo desencuentro que se había conocido en la Colonia entre el *corpus* legal y la vida social. La sustitución de equipos que se había producido en la Administración, visiblemente ampliados no sólo por desaparición de los españoles peninsulares reemplazados por los criollos, sino por la creación de abultadas instituciones, -típicamente los Congresos- amplió el número de integrantes de la *ciudad letrada* desproporcionadamente respecto a las desmedradas condiciones económicas que se vivieron por décadas después de la Independencia. Junto a la palabra *libertad*, la única otra clamoreada unánimemente, fue *educación*, pues efectivamente la demanda, no del desarrollo económico (que se paralizó y retrogradó en la época), sino del aparato administrativo y, más aún, del político dirigente, hacía indispensable una organización educativa. Es altamente revelador que el debate se trasladara, entonces, a la lengua y aún más a la escritura, o, dicho de otro modo, a averiguar en qué lengua se podía escribir y cómo se debía escribir. El efecto de la revolución en los órdenes simbólicos de la cultura, nos revela las

ampliaciones y sustituciones que se han producido en la *ciudad letrada* y asimismo su reconstitución luego del cataclismo social, pero fundamentalmente muestra el progreso producido en su tendencia escrituraria, en el nuevo período que -dificultosamente- conduciría al triunfo del «rey burgués».

El primer magno efecto de la revolución se testimonia con la publicación de la primera franca novela latinoamericana en 1816, *El Periquillo Sarniento* del mexicano Joaquín Fernández de Lizardi. Entra en quiebra la lengua secreta de la *ciudad letrada*, ese latín que había alcanzado su esplendor en el período prerevolucionario por obra de los jesuitas expulsos y nos había dado la *Rusticatio mexicana* de Landívar junto a un macizo cuerpo de estudios americanos. En sus advertencias previas, Lizardi aún oscila entre los dos públicos potenciales, inclinándose no obstante al nuevo: «para ahorrar a los lectores menos instruidos los tropezones de los latines... dejo la traducción castellana en su lugar, y unas veces pongo el texto original entre las notas; otras sólo las citas, y algunas veces lo omito enteramente».[17] Simultáneamente irrumpe el habla de la calle con un repertorio lexical que hasta ese momento no había llegado a la escritura pública, a la honorable vía del papel de las gacetas o libros, y lo hace con un regodeo revanchista que no llegan a simular las prevenciones morales con que se protege Lizardi. Es significativo que ambas resoluciones lingüísticas sean puestas al servicio de una encarnizada crítica a los letrados («de los *malos* jueces, de los escribanos *criminalistas*, de los abogados *embrolladores*, de los médicos *desaplicados*, de los padres de familia *indolentes*»)[18] demostrando lo que a veces no se ha percibido en toda su amplitud, que la obra entera del Pensador Mexicano es un cartel de desafío a la *ciudad letrada*, mucho más que a España, la Monarquía o la Iglesia, y que su singularidad estriba en la existencia de un pequeño sector ya educado y alfabetizado que no había logrado introducirse en la corona letrada del Poder aunque ardientemente la codiciaba.

Para llevar a cabo su requisitoria, le ocurre lo mismo que pasaba con los anónimos autores de *graffiti*: tiene que dar la batalla dentro del campo que limita la escritura, por lo tanto dirigiéndola a un público alfabeto recién incorporado al circuito de la letra. Hay una sensible diferencia de grado, pues mientras los *graffiti* son ilegalidades de la escritura, apropiaciones depredatorias e individuales, las gacetas comienzan a funcionar dentro de una precaria legalidad cuya base es ya implícitamente burguesa; deriva del dinero con que pueden ser compradas por quienes disponen de él aunque no integran el Poder. Al aún endeble poder del grupo de compradores apela Lizardi, sustituyendo a los Mecenas, que eran el respaldo de

la *ciudad letrada*, lo que si evidencia la contextura de ésta, por otro lado delata la debilidad del proyecto lizardiano que estaba previsiblemente condenado al fracaso por la estrechez del mercado económico autónomo de la época: «¿A quién con más justicia debes dedicar tus tareas, si no a los que leen las obras a costa de su dinero? Pues ellos son los que costean la impresión y por lo mismo sus Mecenas más seguros».[19] Antes de su muerte sabría Lizardi que éstas eran también «ilusiones perdidas» como las que certificara Balzac en un medio mucho más poderoso.

Su obra corrobora que la libertad había sido absorbida por la escritura. Lo supieron todos los educadores de la época (Andrés Bello, Simón Rodríguez, más tarde Sarmiento) para quienes el problema obsesivo fue la reforma ortográfica, con lo cual para ellos no sólo el asunto central era la escritura (con la notable excepción de Rodríguez que conjuntamente atendió a la prosodia) sino además un secreto principio rector: el de su legalidad a través de normas, que procuraron las más racionales posibles.

La historia juega extraños paralelismos. La ortografía había sido el problema central cuando se fundó la monarquía absoluta española, problema centuplicado por la necesidad de administrar un vastísimo imperio. Así lo demuestra la serie de libros sobre ortografía que van del de Nebrija (1517) al del presidente del Consejo de Indias, López de Velazco (1582) antes de que esa preocupación ingrese a América con la ortografía de Mateo Alemán publicada en México (1609). El mismo problema vuelve a ser encarado por el equipo letrado latinoamericano al fundarse los estados independientes, sobre todo al asumir puestos educativos en la institucionalización del nuevo poder. Con todo habrá sutiles diferencias con los antepasados españoles. Estos debieron fijar la transcripción de la norma lingüística adoptada por la corte, a una escritura que comenzaba a ser el vehículo obligado de la administración que debía ejercerse sobre distantes regiones, en tanto que los hispanoamericanos debieron reformar esa ortografía para salvar el abismo que percibían entre la pronunciación americana (la de la *ciudad real*) y las grafías que habían conservado y acrisolado los letrados. Ese abismo dificultaba, según ellos, el aprendizaje de la escritura, por lo cual era un problema pedagógico concreto, pero además su empeño tenía una fundamentación teórica más alta, pues esa solución permitía avizorar una soñada independencia letrada, armonizándola con la política que se había alcanzado, lo que conduciría a la creación de la *literatura nacional* por la que abogaba en Buenos Aires Juan Cruz Varela, viéndola exclusivamente como un producto letrado («La imprenta es el único vehículo para comunicar las producciones del ingenio» decía en 1828) y proponiendo un retorno a «los buenos

escritos españoles» con el fin de preservar el idioma.[20]

La armonización de independencia política e independencia literaria, la vio en su perspectiva más amplia Simón Rodríguez, al establecer un paralelismo originalísimo entre el gobierno y la lengua. Reclamó que ambos se coordinaran y, además, que ambos surgieran de la idiosincracia nativa y no fueran meros traslados de fuentes europeas. Del mismo modo que propuso «pintar las palabras con signos que representen la boca», lo que postulaba la reforma ortográfica para que una escritura simplificada registrara la pronunciación americana, alejada ya de la norma madrileña, del mismo modo reclamó que la institucionalización gubernativa correspondiera a los componentes de la sociedad americana y no derivara de un trasplante mecánico de las soluciones europeas.

Argumentó astutamente que del mismo modo que la ortografía se ajusta a tres principios -origen, uso constante y genio propio del hablante- debiendo responder a este último (tanto vale decir a la pronunciación) «para conformarse con la boca cuando ni el origen ni el uso deciden», de igual manera debería hacerse con lo que llamó, siguiendo la analogía, «el arte de dibujar Repúblicas», en lo que se opuso a lo que él veía que estaban haciendo sus coetáneos de 1828: «cuando ni el origen ni el uso deciden, ocurren al tercer principio, pero en lugar de consultar el genio de los americanos, consultan el de los europeos. Todo les viene embarcado».[21]

También la suya, como la de Lizardi, es una requisitoria contra la *ciudad letrada*, destinada asimismo al fracaso, por esa potencialidad que ella demostró para reconstituirse y ampliarse bajo los trastornos revolucionarios.

Simón Rodríguez razonó que las repúblicas no se hacen «con doctores, con literatos, con escritores» sino con ciudadanos, tarea doblemente urgente en una sociedad que la Colonia no había entrenado para esos fines: «Nada importa tanto como el *tener Pueblo*: formarlo debe ser la única ocupación de los que se apersonan por la causa social».[22] Dado que sus escritos se van escalonando entre 1828 y 1849, en ellos se registra el fracaso de su proyecto educativo (ni Sucre, ni siquiera su admirado discípulo Simón Bolívar, atenidos a las urgencias del marasmo organizativo posterior a la Independencia, lo vieron de otro modo que como una generosa utopía inviable) y sobre todo la desconsolada crítica de la restauración educativa que veía en acción, aplicada otra vez a la formación de élites dirigentes, como en la Colonia, y por lo tanto de candidatos a la burocracia que reconstituiría la *ciudad letrada* y aseguraría la concentración del Poder de manera antidemocrática:

> No esperen de los Colegios, lo que no pueden dar... están haciendo Letrados... no esperen Ciudadanos. Persuádanse que, con sus libros y sus compases bajo el brazo, saldrán los estudiantes a recibir, *con vivas*, a cualquiera que crean dispuestos a darlos los empleos en que hayan puesto los ojos... ellos o sus padres.
> Del modo actual de proceder en la educación, deben esperarse hombres que ocupen los puestos distinguidos, esto es, quien forme *cuadros* políticos, civiles y militares; pero, los tres carecerán de tropas, o tendrán que estar lidiando siempre con reclutas.[23]

Por ser un ardiente bolivariano y por conocer las dificultades que amargaron los últimos años del Libertador, Simón Rodríguez percibió la acción entorpecedora que desempeñaba la *ciudad letrada*, como grupo intermediador que estaba haciendo su propia revolución bajo la cobertura de la revolución emancipadora y se plegaría a las aspiraciones de los caudillos:

> porque hay una clase intermedia de sujetos, únicamente empleada -ya en cortar toda comunicación entre el pueblo y sus representantes, -ya en tergiversar el sentido de las providencias que no pueden ocultarse, -ya en paralizar los esfuerzos que hace el Gobierno para establecer el orden, -ya en exaltar la idea de la soberanía para exaltar al pueblo... y servirse de él en este estado.[24]

De ahí parte el proyecto de Rodríguez de una *educación social* destinada a todo el pueblo, a quien reconocía un doble derecho: a la propiedad y a las letras, haciendo de estos privilegios que habían sido exclusivos del sector dirigente colonial, el patrimonio de la totalidad independiente, dentro de una concepción igualitaria y democrática que tenía sus raíces en Rousseau. Esta se enriquecía gracias a la conciencia de la singularidad americana, diferente de la europea, aunque ello no invalidaba sino que al contrario acrecentaba la pertenencia de los americanos a la cultura occidental y, aún más ampliamente, a la universal categoría de hombres, según había dictaminado el pensamiento iluminista. Es por eso que su incorporación a la escritura y las reformas ortográficas que también él propuso, no se limitaron (como ocurrió en el caso de las de Andrés Bello) a un simple progreso de la educación alfabeta, sino que fueron más allá, y procuraron establecer un «arte de pensar» que coordinara la universalidad del hombre pensante moderno y la particularidad del hombre que pensaba en América Latina mediante la lengua española americana de su infancia.

Todas las reformas ortográficas que inspiró el espíritu independentista, fracasaron. Al cabo de los años dieron paso a la reinstauración de las normas que impartía la Real Academia de la Lengua desde Madrid. Este fracaso, más que lo endeble del proyecto y en ocasiones su nimiedad, delata otro mayor: la incapacidad

para formar ciudadanos, para construir sociedades democráticas e igualitarias, sustituida por la formación de minoritarios grupos letrados que custodiaban la sociedad jerárquica tradicional. Es la radicalidad democrática del proyecto de Simón Rodríguez, la que le confiere un puesto excepcional en la época y ese acendrado utopismo que aún hoy conserva, como si siguiera a la espera de su realización.

En el «Extracto sucinto de mi obra sobre la educación republicana» que publicó en 1849 *El Neo-Granadino* de Bogotá y que resume sus «Consejos de amigo» al Colegio de Latacunga (Ecuador),

reitera poco antes de su muerte las ideas claves de su educación social y muestra cabalmente el papel secundario que se le asignaba a la «carretilla de leer, escribir y contar» que se habían constituido en las operaciones únicas de las escuelas primarias y las lancasterianas (que él aborreció) y el papel preeminente que le otorgaba el raciocinio que permitiría fundar las costumbres sociales republicanas, por lo cual su plan se situaba en el mismo nivel de una «lógica viva» en que más de medio siglo después lo pensó Carlos Vaz Ferreira.

> Leer es el último acto en el trabajo de la enseñanza. El orden debe ser... Calcular-Pensar-Hablar-Escribir y Leer. No... leer-escribir y contar, y dejar la Lógica (como se hace en todas partes) para los pocos que la suerte lleva a los Colegios: de allí salen empachados de silogismo, a vomitar, en el trato común, paralogismos y sofismas a decenas. Si hubieran aprendido a raciocinar cuando niños, tomando proposiciones familiares para premisas, no serían, o serían menos embrollones. No dirían (a pesar de su talento): 1° Este indio no es lo que yo soy; 2° Yo soy *hombre*; Conclusión: Luego él es *bruto*; Consecuencia: Háganlo trabajar a palos.[25]

Su atención por la prosodia correspondió a una evidente prevención anti-escrituraria y en cierto modo anti-letrada, derivada de la experiencia común de oír el manejo de la lengua por parte del pueblo analfabeto. Aunque estuviera sembrada de idiotismos y de barbarismos, de toda suerte de vicios de pronunciación (que no dejó de condenar porque también él, como Bello, procuró la enseñanza de un correcto español), la lengua funcionaba en esos casos como un sistema de comunicación, por lo tanto como un sistema de significación, gracias a las entonaciones y a las valoraciones prosódicas que espontáneamente cumplían los hablantes: «Todos son prosodistas cuando conversan, aunque pronuncien o articulen mal; pero al ponerse a leer se acuerdan del tonillo de la escuela y adormecen al que los oye».[26]

Simón Rodríguez se sitúa en una línea pre-saussuriana (y anti- derridiana) que

reconoce en la lengua «una tradición oral independiente de la escritura y fijada de muy distinta manera»[27] cuyo origen puede rastrearse en el *Ensayo sobre el origen de las lenguas* de Rousseau, la que le lleva a valorar supremamente al habla y por lo tanto todos los recursos fónicos que contribuyen a hacer de ella un sistema de comunicación y, por ende, un sistema de significación. Para él la lectura «es resucitar ideas sepultadas en el papel» y lo más importante de la educación es conducir al niño a que maneje la lengua como el instrumento adecuado para traducir sus operaciones mentales, alcanzando el rigor expresivo de éstas:

> Véase si es importante: destruir errores en la infancia; pronunciar, articular y acentuar las palabras: fijar su significación; ordenarlas en frases; darles el énfasis que pide el sentido; dar a las ideas su expresión propia; notar la cantidad, el tono y las figuras de construcción.
> Este es el estudio propio de la instrucción, porque los niños: piensan; discurren; hablan; persuaden y se persuaden; convencen y se convencen; y para todo calculan: si yerran, es porque calculan sobre datos falsos.[28]

Simón Rodríguez propuso, no un arte de escribir, sino un arte de pensar, y a éste se supeditó la escritura, como lo demostró en su peculiar forma expresiva sobre el papel, utilizando diversos tipos de letras, llaves, parágrafos, ordenamientos numéricos, con el fin de distribuir en el espacio la estructura del pensamiento. Aunque más rigurosamente esquemática que la escritura de Vaz Ferreira, también la de Simón Rodríguez procuró traducir el mecanismo pensante, siguiendo una racional vía demostrativa. No hay aquí nada que se parezca al ensayo, al discurso o a la oración que practicó la prosa americana de la primera mitad del XIX. La escritura ha sido aquí sacada de su ordenamiento, despojada de todos sus aditamentos retóricos, exprimida y concentrada para decir lacónicamente los conceptos, y éstos se han distribuido sobre el papel como en la cartilla escolar para que por los ojos lleguen al entendimiento y persuadan. Si a fin de siglo Mallarmé distribuyó en el espacio la significación del poema, en la primera mitad Simón Rodríguez hizo lo mismo con la estructura del pensamiento, mostrando simultáneamente su proceso razonante y el proceso de composición del significado. Si la vida y las ideas de S. Rodríguez prueban cuán lejos estuvo de la *ciudad letrada*, cuya oposición fundó, esta original traducción de un arte de pensar muestra cuán lejos estuvo también de la *ciudad escrituraria*, aunque, como los autores de *graffiti*, hubiera tenido que introducirse en ella para mejor combatirla.

Notas al Capítulo III: La ciudad escrituraria

1. Gilberto Freyre, *Ordem e Progresso*, Rio de Janerio, José Olympio, 1959, t.I, p. 200.
2. Ver C.A. Ferguson, «Diglosia» (1959) en: Pier Paolo Giglioli (ed.) *Language and Social Context*, London, Penguin Books, 1972; Joshua A. Fishman, «Bilingualism with and without Diglossia; Diglossia with and without Bilingualism» en: *Journal of Social Issues*, vol. XXIII, No. 2, 1967; Ralph W. Fasold, *The Sociolinguistics of Society*, (en prensa, 1982), cap. 2.
3. *Relaciones históricas*, México, Biblioteca del Estudiante Universitario, UNAM, 1972, p. 133.
4. He estudiado el problema en mi ensayo «La señal de Jonás sobre el pueblo mexicano», en: *Escritura*, V, No. 10, Caracas, julio- diciembre 1980.
5. Eugenio Coseriu, «Sistema, norma, habla» en: *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, Gredos, 1978 (3a ed. rev.).
6. Angel Rosenblat, *Los conquistadores y su lengua*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca, 1977.
7. Coseriu, ob. cit., p. 94.
8. *Cartas de Indias*, Madrid, Imprenta de Manuel G. Hernández, 1877, 3 vols., (Edición facsímile, Guadalajara 1970), t. II, p. 468.
9. Angel Rosenblat, «Lengua literaria y lengua popular en América» (1969), en: *Sentido mágico de la palabra*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca, 1977, pp. 166-184.
10. Ob. cit., pp. 132-33.
11. Alejo Carpentier, *Tientos y diferencias*, Montevideo, Arca, 1970, (2a ed. ampl.), pp. 35-37.
12. He analizado el punto en mi ensayo «La tecnificación narrativa» en: *Hispamérica*, X, 30, 1981, pp. 38-40.
13. Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Espasa Calpe, 1955, pp. 430-1.
14. *El lazarillo de ciegos caminantes*, Barcelona, Labor, 1973 (Emilio Carilla, ed.), p. 284. Alonso Carrió de la Vandera agrega que la costumbre de grabar nombres es muy antigua, «cuyo uso se hizo tan común en la América, que no hay tambo, ni cueva que no esté adornada de nombres, y apellidos y de palabras obscenas».
15. Javier Ocampo López, «El proceso político, militar y social de la Independencia», en: *Manual de historia de Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978-9, t. II, p. 57.
16. *Pensamiento político de la Emancipación*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, (ed. José Luis Romero), t. I, p. 173.
17. *El Periquillo Sarniento*, México, Porrúa, 1949, 3 vols. (ed. Jefferson Rea Spell) t. I., p. 23.
18. Ob. cit., p. 28.
19. Ob. cit., p. 20.
20. Serie de artículos publicados en: *El Tiempo*, Buenos Aires, 1828, recogida en Félix Weinberg, «Juan Cruz Varela, crítico de la literatura nacional», en: *Boletín de Literatura Argentina*, vol. I, No. 1 (1964), pp. 29-63.
21. *Sociedades americanas en 1828*, en: *Obras Completas*, Caracas, Universidad Simón Rodríguez, 1975, t. I, p. 267.
22. Idem., t. I, p. 283.
23. Idem., t. I, pp. 285 y 287, respectivamente.
24. Idem., t. I, p. 273.
25. Idem., t. I, p. 243.
26. Idem., t. I, p. 242.
27. Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1979, p. 73.
28. *Obras completas*, ed. cit. t. I, p. 237.

IV
La ciudad modernizada

La modernización que se inaugura hacia 1870, fue la segunda prueba a que se vio sometida la *ciudad letrada*, mucho más riesgosa que la anterior pero, al mismo tiempo, por la ampliación del circuito letrado que presenció, más rica de opciones y de cuestionamientos.

Las gacetas populares de la imprenta de Antonio Vanegas Arroyo, en México, (muchas ilustradas por José Guadalupe Posada), como las hojas sueltas y revistas gauchescas en el Río de la Plata, hicieron fuego sobre los «doctores».- Nuevamente, como cuando la Emancipación, un sector recientemente incorporado a la letra desafiaba el poder.

También lo hicieron los nuevos intelectuales, en especial los pedagogos que estaban surgiendo y retomaban, sin haberla conocido, la lección de Simón Rodríguez. En su libro *De la legislación escolar* (1876), el educador uruguayo José Pedro Varela, arremetía contra ellos y contra la Universidad que los producía: «Como clase, los abogados no son mejores que las otras profesiones, ni más morales, ni más justos, ni más desprendidos, ni más patriotas; pero son más atrasados en sus ideas y más presuntuosos».[1] Los atacaba porque pertenecían a esas clases que, decía, «son las que hablan, las que formulan las leyes, las que cubren de dorados la realidad», comprobando la disociación entre las dos ciudades: los universitarios no interpretaban ni representaban en sus escritos la realidad, sino que la *cubrían de dorados*.

Con perspicacia mayor que la de José Martí, quien en 1891 hablaría de «letrados artificiales» oponiéndoles -fuera de tiempo- un «hombre natural» al que sabrían interpretar los caudillos que sobre tales hombres naturales edificarían sus dictaduras, José Pedro Varela comprueba que los doctores universitarios habían venido engranando cómodamente en el poder de los caudillos y que «el espíritu universitario encuentra aceptable ese orden de cosas, en el que reservándose grandes privilegios y proporcionándose de triunfos amor propio, que conceptúa grandes victorias, deja entregado el resto de la sociedad al gobierno arbitrario».[2] Era

la crítica, desde las nuevas tiendas racionalistas y, pronto, positivistas, del medio siglo posterior a la Emancipación en que se había reconstruido la *ciudad letrada* mediante dos equipos intelectuales -conservadores y liberales- que se turnaron en el poder y concluyeron en una amalgama liberal-conservadora que ya reconocía hacia 1862 en Colombia, José María Samper.[3]

Bajo la advocación de Spencer, Pestalozzi o Mann, la manera de combatir a la ciudad letrada y disminuir sus abusivos privilegios consistió en reconocer palmariamente el imperio de la letra, introduciendo en ella a nuevos grupos sociales: es el origen de las leyes de educación común que se extienden por América Latina desde la que en 1876 redacta el mismo Varela y, desde la misma fecha, la progresiva transformación de la Universidad que al incorporarse al positivismo se amplía con escuelas técnicas que atemperan la hegemonía de abogados y médicos. Dos curvas estadísticas remontan en el período y explican la demanda de personal técnico o semipreparado: la demográfica y la de exportaciones, aunque ninguna de ellas da el vertiginoso salto de la curva de urbanización que consagra el triunfo de las ciudades,[4] cumpliendo después de varios siglos con el cometido asignado e imponiendo sus pautas al contorno rural: «casi todas las capitales latinoamericanas duplicaron o triplicaron la población en los cincuenta años posteriores a 1880».[5]

«These cities were primarily conceived as bureaucratic centers; commerce and industry had almost no part in their formative period» ha dicho Claudio Véliz, explicando que sus habitantes «were employed in the service, or tertiary sector of the economy and included domestic servants as well as lawyers, teachers, dentists, civil servants, salesmen, politicians, soldiers, janitors, accountants, and cooks».[6] Una parte considerable de ese terciario (nombre que en América Latina no es sino una modernización de una costumbre que se remonta a los orígenes de la Conquista) correspondió a las actividades intelectuales. A las ya existentes en la administración, las instituciones públicas y la política, se agregaron las provenientes del rápido crecimiento de tres sectores que absorbieron numerosos intelectuales, estableciendo una demanda constante de nuevos reclutas: la educación, el periodismo y la diplomacia. Sólo la segunda pareció disponer de un espacio ajeno al contralor del Estado aunque salvo los grandes diarios y revistas ilustradas, la mayoría de los órganos periodísticos, que siguieron siendo dominantemente políticos como era ya la tradición romántica, retribuyeron servicios mediante puestos públicos, de tal modo que las expectativas autónomas del periodismo se transformaron en vías de acceso al Congreso o a la Administración del Estado. Aun con estas limitaciones, fue sin duda un campo autónomo respecto a la concentración

del poder, como lo fue también la función educativa en la medida en que creció suficientemente como para no poder ser controlada rígidamente desde las esferas gubernamentales. Es difícil estimar si este crecimiento del terciario se acompasó proporcionalmente con el desarrollo de la economía, aunque el rasgo rumboso y nuevo rico que lo distinguió le dio una preeminencia pública considerable que algunos historiadores interpretan como prueba de su excesivo crecimiento o de la apropiación de riqueza que efectuó.

Con todo, lo realmente cierto fue la idealizada visión de las funciones intelectuales que vivió la *ciudad modernizada*, fijando mitos sociales derivados del uso de la letra que servían para alcanzar posiciones, si no mejor retribuidas, sin duda más respetables y admiradas: fue «la maestra normal» (Manuel Gálvez) que fijó los sueños de las jóvenes de la baja clase media o fue «el doctorado» (*M'hijo el dotor*, en la feliz fórmula de Florencio Sánchez) que ambicionaron para sus descendientes tanto los estancieros ricos como los tenderos inmigrantes, unos y otros analfabetos. La letra apareció como la palanca del ascenso social, de la respetalibidad pública y de la incorporación a los centros de poder; pero también, en un grado que no había sido conocido por la historia secular del continente, de una relativa autonomía respecto a ellos, sostenida por la pluralidad de centros económicos que generaba la sociedad burguesa en desarrollo. Para tomar el restringido sector de los escritores, encontraron que podían ser «reporters» o vender artículos a los diarios, vender piezas a las compañías teatrales, desempeñarse como maestros pueblerinos o suburbanos, escribir letras para las músicas populares, abastecer los folletines o simplemente traducirlos, producción suficientemente considerable como para que al finalizar el siglo se establecieran las leyes de derecho de autor y se fundaran las primeras organizaciones destinadas a recaudar los derechos intelectuales de sus afiliados. En el sector letrado académico, el ejercicio independiente de las profesiones llamadas aún «liberales», o la creación de institutos que proporcionaban títulos habilitantes (maestros, profesores de segunda enseñanza) instauraron un espacio más libre, menos directamente dependiente del Poder, para las funciones intelectuales, y será en este cauce que comenzará a desarrollarse un espíritu crítico que buscará abarcar las demandas de los estratos bajos, fundamentalmente urbanos, de la sociedad, aunque ambicionando, obsesivamente, infiltrarse en el poder central pues en definitiva se lo siguió viendo como el dispensador de derechos, jerarquías y bienes.

Los límites de este incipiente proceso autonómico originado por la ampliación de la base económica liberal, se pueden apreciar analizando los mitos sociales

que irrumpieron en las ciudades, sobre todo si se los coteja con los que por la misma fecha se desarrollaron en la zona norteamericana del continente. Desde luego siguieron funcionando los grandes mitos sociales de las clases bajas y aún con un intensidad desconocida, en la medida que la modernización alcanzó buena parte de su riqueza sobre las espaldas de la clase campesina: de ahí que los dos grandes mitos, simbolizados en el rebelde y el santo, cobraran una principalía que estuvo abonada por el bandolerismo y el mesianismo religioso de la época, concitando la adhesión de los estratos inferiores que sacralizaron ambas figuras en tanto portadores de la resistencia a la opresión de los poderes, figuras románticas que desafiaban el orden injusto de la sociedad custodiado por las instituciones y figuras solitarias, en lo que representaban la debilidad asociativa de los hombres de las zonas rurales.

Junto a estos mitos que invadieron los suburbios capitalinos y se prolongan hasta nuestros días gracias a la masa de inmigrantes rurales que los pueblan, comienzan a diseñarse los mitos letrados y urbanos a que hicimos referencia, pero ninguno de ellos alcanza supervivencia ni, sobre todo, se graba hondamente en el imaginario popular. Si se cotejan dos zonas de intenso trasplante europeo, como son los Estados Unidos y el Río de la Plata, se observa que en esta última no alcanzaron esplendor los mitos individuales que se producen en la primera. Ya Darcy Ribeiro observó que «los descendientes de inmigrantes no consiguieron aún estampar su impronta en la ideología nacional»[7] argentina, lo que se hace evidente si se evoca la extraordinaria difusión del mito del pionero en los Estados Unidos, el conquistador y colonizador de tierras de indios que ha originado toda la filosofía de la «frontera» y a cuyos prototipos (el cowboy) se consagraron millares y millares de folletos populares en el XIX y se busca algún equivalente de similar entidad en el sur. Su inexistencia impone reconocer la fuerza constrictiva que en el sur ejerció la oligarquía dueña de tierras, paralizando el esfuerzo democratizador que en el norte cumplieron los pioneros sedientos de tierras. La «conquista del desierto» en la Argentina sigue de cerca a la «conquista del Oeste» en los Estados Unidos, pero la primera es llevada a cabo por el ejército y la oligarquía, mientras que la segunda concedió una amplia parte a los esfuerzos de los inmigrantes, a los que tuvo que recompensar con propiedades.

Este reconocimiento del esfuerzo individual, al margen y aun contra el poder del Estado, es el mismo que alimentó los mitos urbanos norteamericanos que se definieron en el «self-made man». En el campo letrado proveyó de dos figuras heroicas y solitarias: el periodista y el abogado, que hasta el día de hoy y contra toda

evidencia realista dada la extraordinaria concentración del poder que se ha efectuado en los Estados Unidos, siguen alimentando el imaginario popular. Ese periodista que escribe en un pequeño diario pueblerino, en el cual denuncia las injusticias y las arbitrariedades de los poderosos a los que concluye venciendo y ese abogado pobre que ante los tribunales vence las maquiavélicas conjuras de los ricos y restablece los derechos a la inocencia del acusado, son mitos urbanos y letrados que no se desarrollaron en América Latina. Contrariamente a un extendido prejuicio acerca del individualismo anárquico de sus habitantes, parecen apuntar a una situación exactamente opuesta, al enorme peso de las instituciones latinoamericanas que configuran el poder y a la escasísima capacidad de los individuos para enfrentarlas y vencerlas. Los mitos parten de componentes reales pero no son obviamente traducciones del funcionamiento de la sociedad sino de los deseos posibles de sus integrantes. Son condensaciones de sus energías deseantes acerca del mundo, las cuales en la sociedad norteamericana se abastecen con amplitud en las fuerzas individuales mientras que en las latinoamericanas descansan sobre una percepción aguda del poder, concentrado en altas esferas, y simultáneamente sobre una subrepticia desconfianza acerca de las capacidades individuales para oponérsele. Dicho de otro modo, la sociedad urbana latinoamericana opera dentro de modelos más colectivizados, sus mitos opositores del poder pasan a través de la configuración de grupos, de espontáneas copincidencias protestatarias, de manifestaciones y reclamaciones multitudinarias. Los mitos de campesinos-obreros-y-estudiantes que poblaron los discursos de la izquierda, sobre todo la estudiantil, desde la modernización en adelante, son visiblemente urbanos y letrados, descendientes del pensamiento europeo también, sin equivalente en la sociedad norteamericana.

Efectivamente, comenzó a manifestarse desde fines del XIX una disidencia dentro de la *ciudad letrada* que configuró un pensamiento crítico.

Tuvo multiplicidad de causas, entre las cuales cuenta un sentimiento de frustración e impotencia (que remedó el de los criollos respecto al poder español en la Colonia) y una alta producción de intelectuales que no se compadecía con las expectativas reales de sociedades que parecían más dinámicas de lo que lo eran, las que serían incapaces de absorber esas capacidades, forzándolas al traslado a países desarrollados. Pero ese pensamiento no dejó de moldearse dentro de estructuras culturales que aunque se presentaban modernizadas repetían las hormas tradicionales. Alguna vez señaló Vaz Ferreira que quienes no habían llegado a tiempo para ser positivistas, habían sido marxistas, apuntando más que a una crítica de cualquiera de ambas filosofías, a las adaptaciones que han experimentado en tierras

americanas las doctrinas recibidas del exterior: obligadamente se ajustaron a las tendencias y comportamientos intelectuales elaboradas por las vigorosas tradiciones internas. Del mismo modo que no tuvimos el romanticismo idealista e individualista alemán, sino el romanticismo social francés, haciendo de Victor Hugo un héroe americano, del mismo modo el sociologismo positivista engranó con enorme éxito en la mentalidad latinoamericana, siendo Comte y Spencer pensadores a quienes se rindió culto, no sólo por sus claras virtudes explicativas sino porque esa doctrina se adaptaba a los patrones colectivizados de la cultura regional, permitía interpretarla por grupos y por clases como se había hecho desde siempre, (salvo que con un instrumental modernizado más persuasivo), y, lo que es más grave, permitía que se siguiera trabajando con un cerrado marco regional al que se aplicaba una teoría que en cambio postulaba una interpretación universalista. Pues, a pesar de las admoniciones de Simón Rodríguez, el espíritu colonizado seguía flotando sobre las aguas. Así fue que la disidencia crítica siguió compartiendo acendrados principios de la *ciudad letrada*, sobre todo el que la asociaba al ejercicio del poder. Aunque de hecho estaba produciendo un pensamiento opositor independiente, sólo tangencialmente atacaba la tradicional concentración del poder. Dirigía la crítica a sus ejercitantes y a las filosofías que ponían en práctica, procurando suplantar a los unos y a las otras. Una divisa colonial pareció regir este mecanismo que ha seguido funcionando hasta hoy y que en algunos países -México- tiene flagrantes expresiones: «Buen rey y mal gobierno».

De todas las ampliaciones letradas de la modernización, la más notoria y abarcadora fue la de la prensa que, al iniciarse el siglo XX, resultó la directa beneficiaria de las leyes de educación común propuestas por abnegados pedagogos, tal como para Inglaterra ya observara Arnold Toynbee, proporcionándonos una prensa popular, exitista y en ocasiones amarillista, como en Buenos Aires el diario *Crítica* (Botana, 1913), aunque el mayor éxito les cupo a los periódicos-empresas que concluyeron siendo los pilares del sistema y parte ostensible de la *ciudad letrada*: es el caso de *La Nación* en Buenos Aires u *O Estado de São Paulo*, en el Brasil. Contrariamente a las previsiones de los educadores, los nuevos lectores no robustecieron el consumo de libros sino que proveyeron de compradores a diarios y revistas. El combate contra la *ciudad letrada* que encaraba José Pedro Varela, resultó en la ampliación de sus bases de sustentación y en el robustecimiento de la escritura y demás lenguajes simbólicos en función de poder. Este fue explícitamente el proyecto de Sarmiento, más avizor acerca de los efectos de la educación sistemática que los integrantes de la generación joven que apostaron a una

democratización que cuestionara sus poderes. Los integrantes de la generación modernizadora que vivieron lo suficiente ingresaron a las alternativas de la cooptación, acompasada a las transformaciones que vivía el poder.

Es evidente en la evolución del mexicano Justo Sierra. En 1878, desde su juvenil periódico *La libertad* atacaba a «esos milagros humanos que se llaman constituciones abstractas», a «los espesos fantaseos de los fautores de códigos sociales y democráticos», oponiéndoles el «hecho práctico de que el derecho y el deber, en lo que tienen de humano y real, son un producto de la necesidad, del interés, de la utilidad».[8] Sería Justo Sierra quien, al fin de largos esfuerzos, conseguiría la reconstitución de la Universidad, que fue siempre la joya más preciada de la ciudad letrada, dotándola de un explícito carácter sacrosanto que se llamó *autonomía*, a la cual José Vasconcelos agregaría la divisa según la cual por su boca racial hablaba nada menos que el Espíritu.

No de otro modo actuaron en 1918 los jóvenes rebeldes de la Universidad de Córdoba, en la Argentina, al reclamar que fuera autónoma y el órgano de conducción de la sociedad, en una típica estrategia del ascenso social de un nuevo sector o clase que busca alcanzar una instancia de poder. La Universidad seguía siendo así el puente por el cual se transitaba a la *ciudad letrada*, como lo había sido en el siglo XIX cuando preparaba a los equipos del poder, sobre todo ministros y parlamentarios, dotándosela ahora de un campo operativo más libre que le permitiera cumplir tanto la función modernizadora como la integradora de la sociedad. En un período agnóstico asumía plenamente las funciones que le habían correspondido a la Iglesia, cuando integraba el poder bicéfalo (el Trono y la Tiara). Más allá de los alegatos de la reforma universitaria cordobesa y de la intensa ideologización democrática que desplegó, se trató de una sustitución de equipos y doctrinas pero no de un asalto a los principios que estatuían la *ciudad letrada*, los cuales no sólo se conservaron, sino que se fortalecieron al redistribuirse las fuerzas mediante nuevas incorporaciones. Los abogados debieron compartir el poder con las nuevas profesiones (sociólogos, economistas, educadores) y la clase media se integró al sistema, pero ni aún así los abogados fueron desplazados de una tarea primordial de la *ciudad letrada*: la redacción de códigos y de leyes, para la cual obtuvieron la contribución del nuevo equipo filológico que se desarrolló, fortaleciendo el tradicionalismo, para compensar el trastorno democratizador que se vivía.

La asombrosa y desproporcionada *Réplica* que formuló Rui Barbosa en 1902 al proyecto de código civil que examinaba el Senado brasileño, no respondió a un capricho egotista como se ha dicho frecuentemente, sino al cumplimiento cabal

de la función letrada, que tendría consecuencias profundas en la jurisprudencia brasileña. Invocando a Bentham («Tales palabras, tal ley») defendió el principio de que «um código civil há de ser obra excepcional, monumento da cultura de sua epoca» pues «sôbre ser um cometimiento científico, é uma grande expressao da literatura nacional»[9] por lo cual su escritura debía ser rigurosa, clara y, además, disipar todos los equívocos posibles. En el caso de los códigos y las constituciones, el rígido sistema semántico de la *ciudad letrada* encontraba justificación plena, pues resultaba obligado que respondieran a un unívoco sistema interpretativo. Este sólo podía fundarse en los dos principios lingüísticos citados (origen etimológico y uso constante, o sea secular, por una comunidad), por lo cual remitían fatalmente a la tradición de la lengua, religaban con los ancestros ultramarinos. De aquí procede la nota tradicionalista corrientemente anexa al funcionamiento de la *ciudad letrada* y también la importante contribución que a su sostén dieron los estudiosos de la lengua americana, visto que era el instrumento que con mayor alcance regía el orden simbólico de la cultura.

El proceso modernizador desde 1870 fue acompañado -sutilmente compensado- por la creación de las Academias de la Lengua que hasta ese momento no habían existido en América y que, tal como se formularon y organizaron, fueron religaciones con las fuentes europeas. Todas las Academias hispanoamericanas nacieron como «correspondientes de la Academia española» desde la primera fundada, la colombiana, de 1872. Sólo dos excepciones parciales podrían citarse, que correspondieron a las naciones más dinámicas: la brasileña (de 1896), de la que observó con sagacidad Oliveira Lima que «criouse mais para consagrar a futura língua brasileira do que a passada língua portuguêsa»[10] y la argentina, estatuida como fraternidad de escritores simplemente, quizás reconociendo la pretendida autonomía de una lengua que en 1900 el francés Abeille celebraba como «nacional», no como «castellana».

Al margen de la sabida ineficacia de estas Academias, salvo la colombiana que contó con el mejor equipo lingüístico americano, su aparición fue la respuesta de la *ciudad letrada* a la subversión que se estaba produciendo en la lengua por la democratización en curso, agravada en ciertos puntos por la inmigración extranjera, complicada en todas partes por la avasallante influencia francesa y amenazada por la fragmentación en nacionalidades que en 1899 provocaba la alerta de Rufino José Cuervo: «Estamos, pues, en vísperas de quedar separados, como lo quedaron las hijas del Imperio Romano». Contra esos peligros la *ciudad letrada* se institucionalizó.

Generó un equipo capacitado de lingüistas, que desarrolló un espléndido período de estudios filológicos, aunque su acción resultó más eficaz donde ejerció directamente la administración del Estado: fue el caso colombiano en que el fundador de la Academia de la Lengua, Miguel Antonio Caro, también habría de ser presidente de la República.

Pero a la *ciudad letrada* de la modernización le estarían reservadas dos magnas operaciones en las cuales quedaría demostrada la autonomía alcanzada por el orden de los signos y su capacidad para estructurar vastos diseños a partir de sus propias premisas, sustrayéndose a las coyunturas y particularidades del funcionamiento vivo de la realidad. Una de ellas tuvo que ver con el vasto contorno de la naturaleza y las culturas rurales que se habían venido desarrollando autárquicamente. La otra con el propio diorama artificioso que constituía la ciudad y que aún seguía trabando la independencia de los signos.

A la primera operación competía la extinción de la naturaleza y de las culturas rurales, inicial proyecto dominador que, por primera vez de modo militante, llevaron a cabo las ciudades modernizadas, buscando integrar el territorio nacional bajo la norma urbana capitalina.

En su «Alocución a la Poesía» (1823) para que abandonara Europa y pasara a América, Andrés Bello le había propuesto dos grandes temas: la Naturaleza y la Historia. Sólo el segundo fue atendido por los poetas en tanto que el primero, a pesar de la suntuosidad de Heredia, no dejó de trasuntar la cosmética de la escuela europea donde fue aprendido, sin alcanzar el acento auténtico que quedó reservado al énfasis heroico o a las delicias amorosas. A pesar del programa romántico insistentemente proclamado, a pesar de que no hay lugar común más empinado en el pensamiento extranjero que la «ubérrima naturaleza americana», América Latina no contó en el XIX con una escuela literaria de la envergadura del «trascendentalismo» norteamericano que dio *Nature* de Emerson ya en 1836, el *Walden* de Thoreau en 1854 y los libros de viajes de Herman Melville, antes de publicar *Moby Dick* en 1851, ni contó con un movimiento de artistas paisajistas como los de la Hudson River School que prohijó el «iluminismo» pictórico con nombres que van de Thomas Cole y Albert Bierstadt hasta Frederick Church (1826-1900), a quien le debemos espléndidos paisajes suramericanos, como no los acometieron los pintores locales, a quienes en cambio se les pidió la gran parada militar, las gestas heroicas o los retratos burgueses. Si algo testimonia el ingénito espíritu urbano de la cultura latinoamericana es este desvío por las esplendideces naturales, que si todavía fueron obligados compromisos románticos, rápidamente

—se agostaron al llegar la modernización. Es característico que el venezolano Pérez Bonalde entonara una *Oda al Niágara*, la que fuera prologada entusiastamente por el escritor que aún durante la modernización defendió tenazmente el tema de la naturaleza: fue José Martí que vivió quince años en los Estados Unidos y recibió el impacto tardío de los «trascendentalistas», consagrando artículos admirativos a Emerson y a Whitman. Entre los latinoamericanos no hubo en todo el siglo XIX un Thoreau que fuera a vivir en la naturaleza, a proclamar sus glorias y a escribir su *Diario*; los escritores residieron en las ciudades, capitales si era posible, y allí hicieron sus obras, en ese marco urbano, aunque las espolvorearan del color local de moda que exigía «naturaleza».

Dada esta tradición urbana, no hubo mayor problema en trasladar la naturaleza a un diagrama simbólico, haciendo de ella un modelo cultural operativo donde leer, más que la naturaleza misma, la sociedad urbana y sus problemas, proyectados al nivel de los absolutos. Lo hicieron sagazmente los dos mayores poetas de la modernización, Rubén Darío y José Martí, quienes construyeron estructuras de significación, más engañadoramente estéticas en el primero y más dramáticamente realistas en el segundo.[11] Pero seguía en pie otro problema, constituido por la producción cultural de los hombres presuntamente naturales que vivían en esa naturaleza, en realidad constituido por sus principales construcciones simbólicas, como la lengua, la poesía, la narrativa, la cosmovisión, los mensajes históricos, las tradiciones largamente elaboradas, las cuales fluían dentro de un sistema productivo mayoritariamente oral que tenía peculiaridades irreductibles a los sistemas de comunicación urbana.

En su carta-prólogo al *Martín Fierro* (1872), José Hernández describe detalladamente su tarea investigadora, como de novelista naturalista, para conocer los hombres y las costumbres de que trata en su libro. Concluye diciendo que se empeñó en retratar «lo más fielmente que me fuera posible, con todas sus especialidades propias, ese tipo original de nuestras pampas, tan poco conocido por lo mismo que es difícil estudiarlo, tan erróneamente juzgado muchas veces, y que al paso que avanzan las conquistas de la civilización, va perdiéndose casi por completo».[12]

En quien fue el más tesonero adalid de los hombres de la cultura rural rioplatense cuando recibieron el impacto destructor de la política liberal, estas precisiones metodológicas al comienzo de su obra testimonian dos cosas que veremos repetidas en otros libros de la llamada «literatura gauchesca» y, con más amplitud, en muchos otros referidos a las costumbres y a las producciones

culturales del campo americano: (1) la aplicación de un instrumental que aspira a ser realista, probo y científico, cuya sola existencia denota la distancia que existe entre el investigador y el objeto observado, entre dos diferentes mundos a los cuales pertenecen, respectivamente, y que aún siguen siendo los de la civilización y la barbarie, aunque ya no sea ésta la palabra que se usa para describir a los rurales; (2) la complementaria comprobación de que el estudio se refiere a una especie que ya está en vías de extinción, a la manera de las investigaciones antropológicas sobre remanentes de pueblos primitivos. La investigación civilizada se aplica a un universo cultural que está desintegrándose y que se perderá definitivamente pues carece de posibilidad evolutiva propia.

En la medida en que ese universo agonizante funciona a base de tradiciones analfabetas y usa un sistema de comunicaciones orales, puede decirse que la letra urbana acude a recogerlo en el momento de su desaparición y celebra mediante la escritura su responso funeral, pues la operación de Hernández, como la de muchos costumbristas, fue escrituraria y, en principio, destinada al público alfabeto urbano. El imprevisible éxito de *El gaucho Martín Fierro* situó al libro en la frontera entre ambas comunidades: mientras unos -los menos- lo leyeron, los otros -los más- lo oyeron leer o recitar y comenzaron a conservarlo en la memoria como una lección fija que ya se rehusaba a los sistemas transformativos orales.

La modernización ejecuta similares operaciones en lugares entre sí apartados del continente, pues con diversos grados, las culturas rurales golpeadas por las pautas civilizadoras urbanas comienzan a desintegrarse en todas partes y los intelectuales concurren a recoger las literaturas orales en trance de agostamiento. Por generoso y obviamente utilísimo que haya sido este empeño, no puede dejar de comprobarse que la *escritura* con que se maneja, aparece cuando declina el esplendor de la *oralidad* de las comunidades rurales, cuando la memoria viva de las canciones y narraciones del área rural está siendo destruida por las pautas educativas que las ciudades imponen, por los productos sustitutivos que ponen en circulación, por la extensión de los circuitos letrados que propugnan. En este sentido la *escritura* de los letrados es una sepultura donde es inmovilizada, fijada y detenida para siempre la producción oral. Esta es, por esencia, ajena al libro y a su rigidez individualizadora, pues se modula dentro de un flujo cultural en permanente plasmación y transformación. Rige para este material la observación de Levi-Strauss de que todas las variantes componen el mismo mito, lo que no sólo reconoce su adaptación a diferentes circunstancias concretas, sino también la introducción dentro de él del factor histórico (difícilmente medible en los mitos de

las culturas primitivas pero fácilmente comprobable en las invenciones verbales de las culturas rurales), el cual aporta variantes sobre el flujo tradicional, en cierto modo atemporal adaptándolo a los requerimientos de las circunstancias históricas. A pesar del reconocido conservatismo de las culturas rurales, derivado del *tempo* lento de su evolución, y a pesar del apego a la lección trasmitida por los mayores, derivado de su sistema educativo que concede rango superior a la sabiduría de la experiencia, esas culturas nunca estuvieron inmóviles, ni dejaron nunca de producir nuevos valores y objetos, ni se rehusaron a las novedades transformadores, salvo que integraron todos esos elementos dentro del acervo tradicional, rearticulándolo, eligiendo y desechando sobre ese continuo cultural, combinando sus componentes de distinta manera y produciendo respuestas adecuadas a las modificaciones históricas. Se podría argumentar que no es radicalmente diferente el procesamiento cultural urbano aunque el ritmo de éste sea mucho más acelerado, las sustituciones más rápidas, la individuación de los productos más exigente. Pero sobre todo es diferente el recorte que las culturas urbanas introducen en su peculiar flujo, la nítida conciencia con que trazan los límites que separan del conjunto a un producto y lo incorporan a un nivel distinto, superior, reclasificándolo dentro de casilleros diferentes que responden a demandas también diferentes. Así son producidas las obras literarias.

En el hemisferio brasileño de América Latina, la recopilación (segregadora y limitadora del continuo) estuvo a cargo de uno de los intelectuales de ardiente espíritu modernizado, imbuido de las diferentes escuelas científicas europeas de su tiempo, de Gervinus, Buckle y Curtius, a Scherer y Julian Schmidt. Se trató del famoso San Pablo de la escuela teuto-sergipana, Silvio Romero (1851-1914) quien procuró dominar el instrumental científico, riguroso y eficiente, de que era capaz la cultura europea de la época,[13] para aplicarlo a la recopilación de las literaturas orales del Brasil; los *Contos populares do Brasil* en 1883, y los *Contos populares do Brasil* en 1885, precedidos por los *Estudos sôbre a Poesia Popular no Brasil* aparecidos en la *Revista Brasileira* en 1879-80. Ya en éstos fue visible que había quedado atrás la fe romántica en lo que Grimm llamara la «infalibilidad popular», reemplazada por el análisis metódico (científico) de un material que era desprendido de su función cognoscitiva, en cuanto sistema de vida de una comunidad, para incorporarlo a lo que ya no podía ser otra cosa que literatura. Para este caso André Malraux también habría dicho que los dioses entraban al Museo del Arte, como estatuas, simplemente.

Fue también ésa la norma que rigió la expansión del costumbrismo y de la

novela realista. Sus autores se basaron en parecidos preceptos, más o menos científicos, que fijaban la especificidad de un nuevo campo, dentro de la estricta división del trabajo que propugnaba el pensamiento positivista al servicio de la estructura económica y social en curso. Esta división del trabajo no sólo distribuía los países para funciones diferenciales y dentro de ellas a los individuos para especialidades recortadas dentro de la totalidad, sino que también fijaba rejillas ordenadoras y clasificadoras de los materiales. Por primera vez en América Latina, comenzaron a construirse las *literaturas*, obedeciendo a la redistribución que había organizado el romanticismo y tardíamente se aplicaba al continente. En la época asistimos a la eclosión de las primeras historias literarias (de la del mexicano Francisco Pimentel a la del brasileño Silvio Romero) que diseñan urdimbres discursivas donde se reúne y organiza un material heteróclito, articulando sus diversos componentes para que obedezcan a un plan previamente asignado. Ese fue el cumplimiento del proyecto nacionalista.

Retrasadamente, ya dentro de otras perpectivas metodológicas, se cumplió con las proposiciones románticas, nacidas en Europa cuando allí se establecieron las condiciones socio-económicas que parcialmente se repitieron en América medio siglo después. El concepto de literatura tomó cuerpo, sustituyendo al de bellas letras y, a la manera como lo habían interpretado Louis de Bonald y Madame de Staël, se legitimó en el sentimiento nacional que era capaz de construir. Esta nueva especificidad deslindó un campo del conocimiento con bases autónomas. Como les ocurriera a los románticos, este diseño fue en parte consecuencia de, y en parte fortalecido por, las humildes producciones orales de las culturas rurales, pues la concepción nacional se acrecentó con el ingrediente popular, cuya larga historia y cuyo conservatismo otorgaron amplia base legitimadora a la nacionalidad. Era previsible que fuera el Brasil, país cuya producción literaria más articuladamente había contribuido a la constitución nacional, donde primero se recurriera a la rica aportación popular, aunque muy pronto lo reiteraría en la Argentina Ricardo Rojas, como avanzado de un nacionalismo que se impondría en todo el continente entrado el siglo XX.

No sólo había que diseñar una nueva rejilla clasificatoria, usando el concepto de literatura, para incorporar esos materiales populares; era también necesario que estuvieran muriendo en cuanto formas vivas de la cultura rural. Su agonía facilitó la demarcación de los materiales y su trasiego a la órbita de las literaturas nacionales. Un crítico ha observado que «Nineteenthcentury *costumbristas*, for instance, who were responsible for the collection and preservation

of such material were activated by this sense of imminent loss even when they also resigned themselves to its inevitability»,[14] lo que debe verse dentro del marco general que así sintetiza un historiador: «Elsewhere, progress as conceived and implemented by the elites tended not only to impoverish but to deculture the majority. As the folk culture lost to modernization, the options for the majority diminished».[15]

La constitución de la literatura, como un discurso sobre la formación, composición y definición de la nación, habría de permitir la incorporación de múltiples materiales ajenos al circuito anterior de las bellas letras que emanaban de las élites cultas, pero implicaba asimismo una previa homogenización e higienización del campo, el cual sólo podía realizar la escritura. La constitución de las literaturas nacionales que se cumple a fines del XIX es un triunfo de la *ciudad letrada*, la cual por primera vez en su larga historia, comienza a dominar a su contorno. Absorbe múltiples aportes rurales, insertándolos en su proyecto y articulándolos con otros para componer un discurso autónomo que explica la formación de la nacionalidad y establece admirativamente sus valores. Es estrictamente paralelo a la impetuosa producción historiográfica del período que cumple las mismas funciones; edifica el culto de los héroes, situándolos por encima de las facciones políticas y tornándolos símbolos del espíritu nacional; disuelve la ruptura de la revolución emancipadora que habían cultivado los neoclásicos y aun los románticos, recuperando la Colonia como la oscura cuna donde se había fraguado la nacionalidad (en el Brasil es la obra pionera de Capistrano de Abreu); redescubre las contribuciones populares, localistas, como formas incipientes del sentimiento nacional y, tímidamente, las contribuciones étnicas mestizadas; sobre todo, confiere organicidad al conjunto, interpretando este desarrollo secular desde la perspectiva de la maduración nacional, del *orden y progreso* que lleva adelante el Poder.[16]

La literatura, al imponer la escritura y negar la oralidad, cancela el proceso productivo de ésta y lo fija bajo las formas de producción urbana. Introduce los interruptores del flujo que recortan la materia. Obviamente no hace desaparecer a la oralidad, ni siquiera dentro de las culturas rurales, pues la desculturación que la modernización introduce da paso a nuevas neoculturaciones, más fuertemente marcadas por las circunstancias históricas. Para éstas, la *ciudad letrada* será ciega; también para el similar proceso que ocurre dentro de la misma ciudad, donde se prolonga la producción oral mezclándose con la escrita y dando lugar a nuevos lenguajes, sobre todo a través de la mezzomúsica y del teatro.

La apropiación de la tradición oral rural al servicio del proyecto letrado

concluye en una exaltación del poder. Es ése claramente el objetivo de las conferencias que pronuncia Leopoldo Lugones en Buenos Aires en 1913, delante de los miembros del Poder Ejecutivo, reunidas tres años después en su libro *El payador*:

> Titulo este libro con el nombre de los antiguos cantores errantes que recorrían nuestras campañas trovando romances y endechas, porque fueron ellos los personajes más significativos en la formación de nuestra raza. Tal cual ha pasado en todas las otras del tronco greco-latino, aquel fenómeno inicióse también aquí con una obra de belleza. Y de este modo fue su agente primordial la poesía, que al inventar un nuevo lenguaje para la expresión de la nueva entidad espiritual constituida por el alma de la raza en formación, echó el fundamento diferencial de la patria.[17]

Es un manifiesto arcaizante e idealizante que combina los lugares comunes de la retórica patriótica, agregándoles énfasis «cantores errantes», «trovando romances», «nuestra raza», «tronco greco- latino», «entidad espiritual», «alma de la raza», patria al fin. En el mismo prólogo se comprueba la base realista en oposición a la cual se formula este discurso: corresponde a los inmigrantes del sector inferior de la sociedad que estaban metidos en la misma ciudad y habían demostrado su capacidad para la producción oral y escrita:

> La plebe ultramarina que a semejanza de los mendigos ingratos, nos armaba escándalo en el zaguán, desató contra mí al instante sus cómplices mulatos y sus sectarios mestizos. Solemnes, tremebundos, inmunes con la representación parlamentaria, así se vinieron. La ralea mayoritaria paladeó un instante el quimérico pregusto de manchar a un escritor a quien nunca habían tentado las lujurias del sufragio universal.[18]

Esta «plebe ultramarina» ya había producido los sainetes teatrales y sobre todo ya había modelado, con múltiples y dispares contribuciones, una expresión musical y poética de arrasadora influencia en la ciudad: el tango. Su vitalidad en la época en que hablaba Lugones, su plebeyismo urbano, su desenfado encabalgamiento entre la oralidad y una torpe escritura, su ajenidad de los círculos cultos, pero más que nada su incontenible fuerza popular, hacían que fuera imposible incorporar el tango a los órdenes rígidos de la *ciudad letrada*. Tendría que esperar su ocaso a mediados de siglo para que también fuera recapturado por la escritura y transportado a mito urbano.

La otra magna operación de la *ciudad letrada* tuvo que ver con la ciudad misma y fue por lo tanto más ardua y sutil que la cumplida con las culturas orales

de la vida rural. La concentración de la urbe remedaba la concentración del poder que ocupaba su centro, pero también abarcaba dispares fuerzas que estaban en tensión y amenazaban sin cesar con una erupción de violencia que subvertiría la estructura jerárquica. La *ciudad real* era el principal y constante opositor de la *ciudad letrada*, a quien ésta debía tener sometida: la repentina ampliación que sufrió bajo la modernización y la irrupción de las muchedumbres, sembraron la consternación, sobre todo en las ciudades atlánticas de importante población negra o inmigrante, pues en la América india el antiguo sometimiento que la Iglesia había internalizado en los pobladores seguía sosteniendo el orden.

El período modernizado, bajo su máscara liberal, se apoyó en un intensificado sistema represivo, aunque sus efectos drásticos se hicieron sentir más sobre la región rural que sobre la ciudad misma, pues trasladó a los sectores inferiores urbanos, en especial a los organizados de los obreros, una pequeña parte de las riquezas derivadas de la intermediación comercial y de la incipiente industrialización. Más eficaz que esas concesiones, posibles gracias al sometimiento rural, fue el plan educativo que se aplicó primordialmente a los habitantes de las ciudades y les abrió perspectivas de ascenso social. En la misma medida en que los cuadros sindicales compartían los principios básicos de la modernización, incluyendo la política de los campos que fue vista desde la misma perspectiva urbana con que la evaluaron positivamente los intelectuales (es excepcional en el continente el anarquismo ruralizado de los Flores Magón en México), el proyecto educativo no sólo fue bien recibido sino reclamado ardientemente como una palanca igualitaria. Tardíamente, hacia 1930, la frustración de estas expectativas condujo a intelectuales y dirigentes sindicales de la baja clase media a enarbolar las reivindicaciones agrarias y aun indígenas o negras, como una bandera persuasiva en que se cobijaban sus propias reclamaciones.[19]

Las ciudades en que se arracimaron ingentes migraciones rurales internas y a veces aún mayores externas, comenzaron a cambiar bajo este impacto que desbordó las planificaciones fundacionales y creó toda suerte de entorpecimientos a las comunicaciones, complicadas además por el funcionamiento intermediador de la ciudades-puertos en una economía exportadora-importadora vertiginosamente aumentada. Por primera vez se presenció, en la corta duración de una vida humana, la desaparición o trasmutación de los decorados físicos que la acompañaban desde la infancia. Lo que ocurrió en el París de 1850 a 1870, bajo el impulso del barón de Haussman, e hizo decir a Baudelaire que la forma de una ciudad cambiaba más rápidamente que el corazón de un mortal, se vivió hacia fines de siglo

en muchas ciudades latinoamericanas.[20] La ciudad física, que objetivaba la permanencia del individuo dentro de su contorno, se trasmutaba o disolvía, desarraigándolo de la realidad que era uno de sus constituyentes psíquicos. Por lo demás, nada decía a las masas inmigrantes, internas o externas, que entraban a un escenario con el cual no tenían una historia común y al que por lo tanto contemplaban, por el largo tiempo de su asentamiento, como un universo ajeno. Hubo por lo tanto una generalizada experiencia de desarraigo al entrar la ciudad al movimiento que regía el sistema económico expansivo de la época: los ciudadanos ya establecidos de antes veían desvanecerse el pasado y se sentían arrojados a la precariedad, a la transformación, al futuro; los ciudadanos nuevos, por el solo hecho de su traslado desde Europa, ya estaban viviendo ese estado de precariedad, carecían de vínculos emocionales con el escenario urbano que encontraban en América y tendían a verlo en exclusivos términos de interés o comodidad. Eran previsibles los conflictos y la literatura de la época los reflejó, aunque acentuando el matiz xenófobo, pues fueron los ciudadanos ya establecidos, descendientes de viejas familias, quienes escribieron. No obstante, el problema era más amplio y circunscribía a todos: la movilidad de la *ciudad real*, su tráfago de desconocidos, sus sucesivas construcciones y demoliciones, su ritmo acelerado, las mutaciones que introducían las nuevas costumbres, todo contribuyó a la inestabilidad, a la pérdida de pasado, a la conquista de futuro. La ciudad empezó a vivir para un imprevisible y soñado mañana y dejó de vivir para el ayer nostálgico e identificador. Difícil situación para los ciudadanos. Su experiencia cotidiana fue la del extrañamiento.

A reparar ese estado acude la escritura. Cumple una operación estrictamente paralela a la desempañada con las culturas orales de los campos. Con los productos de éstas había logrado fundar persuasivamente la nacionalidad y, subsidiariamente, la literatura nacional, beneficiándose de su desintegración y de su incapacidad para reproducirse creativamente dentro de una vía autónoma. Analógicamente lo hará con la propia ciudad, acometiendo la reconstrucción del pasado abolido con fingida verosimilitud, aunque reconvirtiéndolo subrepticiamente a las pautas normativas, y además movedizas, de la ciudad modernizada. Si con el pasado de los campos construye las raíces nacionales, con el pasado urbano construye las raíces identificadoras de los ciudadanos. Y en ambos casos cumple una suntuosa tarea idealizadora que infundirá orgullo y altivez a los auténticos descendientes de aquellos hombres de los campos, de aquellos hombres de las grandes aldeas, forzando a los advenedizos pobretones llegados del exterior a que asuman tales admirables progenitores. La escritura construyó las raíces, diseñó la identificación

nacional, enmarcó a la sociedad en un proyecto, pero si por un momento los hombres concernidos por esos designios se hubieran puesto a reflexionar, habrían convenido en que todo eso que resultaba tan importante eran simplemente planos dibujados sobre papel, imágenes grabadas en acero, discursos de palabras enlazadas, y aún menos y más que eso lo que las conciencias alcanzan a soñar a partir de los materiales escritos, atravesándolos con la mirada hasta perderlos de vista para sólo disfrutar del sueño que ellos excitan en el imaginario, desencadenando y encauzando la fuerza deseante.

De las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma a *La gran aldea* del argentino Lucio V. López, de los *Recuerdos del pasado* del chileno Pérez Rosales al *México en cinco siglos* de V. Riva Palacios, durante el período modernizado asistimos a una superproducción de libros que cuentan cómo era la ciudad antes de la mutación. Es en apariencia una simple reconstrucción nostálgica de lo que fue y ya no es, la reposición de un escenario y unas costumbres que se han desvanecido y que son registradas «para que no mueran», la aplicación de una insignia goetheana según la cual «sólo es nuestro lo que hemos perdido para siempre». Una investigación más detallada permite descubrir lo previsible, sabiendo que no hay texto que no esté determinado por una situación de presente y cuyas perspectivas estructurantes no partan de las condiciones específicas de esa situación: esa nutrida producción finisecular está signada por la ideología del momento y más que un retrato de lo ya inexistente, que por lo tanto no puede acudir a ofrecer la prueba corroborativa, encontramos en esos libros una invención ilusoria generada por el movimiento, la experiencia del extrañamiento, la búsqueda de raíces, el afán de una normatividad que abarque a todos los hombres.

Cuando la *ciudad real* cambia, se destruye y se reconstruye sobre nuevas proposiciones, la *ciudad letrada* encuentra la coyuntura favorable para incorporarla a la escritura y a las imágenes que -como sabemos- están igualmente datadas, trabajando más sobre la energía desatada y libre del deseo que sobre los datos reales que se insertan en el cañamazo ideológico para proporcionar el color-real convincente. Esta función ideologizante de la ciudad pasada se aprecia aún mejor si se observa que debe componérsela con la otra parte del díptico que se produce en las mismas fechas y nos dota de las obras utópicas sobre la ciudad futura. Esta otra parte complementaria de la actividad letrada sobre la ciudad ya se había producido en las letras occidentales, en especial bajo la inspiración de los utopistas (Robert Owen, Saint-Simon, etc.) y no dotó de piezas claves, como la de William Morris (*News from Nowhere*) o la de Edward Bellamy (*Looking Backward*) así como innumera-

bles proyectos de realización, muchos de los cuales se orientaron hacia el «nuevo continente» como en el Renacimiento.[21] Sin embargo, quizás el vuelo más desembarazado de la imaginación haya que buscarlo en las visiones de ciudades soñadas de lo que correctamente Rimbaud llamó *Les Illuminations*. Esta producción de utopías no entusiasmó en América Latina a los grandes escritores cultos y frecuentemente fue obra de aficionados. Para el caso del Uruguay una estuvo a cargo de un rematador, Francisco Piria (*Uruguay en el año 2000*) y otra de un espléndido pintor, Pedro Figari (*Historia Kiria*).

La construcción de la ciudad futura no fue menos obra del deseo y la imaginación, no fue menos respuesta al movimiento desintegrador del sólido escenario de los hombres, que la construcción de la ciudad pasada, salvo que ésta pudo ser engalanada con el discurso verosímil del realismo decimonónico. Por lo cual es imprudente manejar como referencias históricas rigurosas, las que aparecen en la multitud de libros sobre Buenos Aires, Montevideo, Santiago, México o Río de Janeiro antiguos, que colmaron la época. Más adecuado es leerlos como la parsimoniosa edificación de modelos culturales que quiere establecer una nueva época, respondiendo al extrañamiento en que viven los ciudadanos. Su fundamental mensaje no se encontrará en los datos evocativos, sino en la organización del discurso, en los diagramas que hacen la trasmisión ideológica (tan intensa en libros que aparentemente sólo quieren testimoniar la objetiva realidad del pasado), en el tenaz esfuerzo de significación de que es capaz la literatura. Pues ésta -conviene no olvidarlo- no está sometida a la prueba de la verdad, sus proposiciones no pueden ser enfrentadas con los hechos externos; sólo pueden ser juzgadas interiormente, relacionando unas con otras dentro del texto y por lo tanto registrando su coherencia más que su exactitud histórica. En el mismo momento en que se disolvían los hechos externos, naciendo de esa disolución liberadora, pudo desplegarse el discurso literario que edificaba una ciudad soñada. Un sueño el futuro, un sueño el pasado, y sólo palabras e imágenes para excitar el soñar.

Desaparecidos los datos sensibles, esos significantes del lenguaje urbano, se conquista el derecho de redimensionarlos de acuerdo a las puras significaciones que se quiere trasmitir a quien no será otra cosa que un lector. Aún éste, desprendido de los asideros reales, parece ser absorbido por el universo de los signos. La vida arraigada a que estaba acostumbrada se disuelve, es arrastrado por el movimiento transformador que no cesa y sin duda pierde pie; sólo puede recuperarse, sólo puede reencontrar analógicas raíces, en el vicario mundo que construyen los signos. A la fijeza persuasiva que los distingue, ellos agregan una condición que no es sólo hija

de los tiempos que corren, sino de su peculiar naturaleza: constituyen modelos culturales que es posible manipular con destreza, pueden ser acondicionados a variadas estructuraciones de la significación, pueden reemplazarse fácilmente unos por otros, según las pulsiones del imaginario. Trazan entre todos un movimiento continuo, aunque éste, como el de la tierra, finge la solidez, la inmovilidad, el arraigamiento.

Cuando desde fines del XIX la ciudad es absorbida en los dioramas que despliegan los lenguajes simbólicos y toda ella parece devenir una floresta de signos, comienza su sacralización por la literatura. Los poetas, como dijo el cubano Julián del Casal, son poseídos del «impuro amor de las ciudades» y contribuyen el arborescente *corpus* en que ellas son exaltadas. Prácticamente nadie esquiva este cometido y todos contribuyen a la tarea sacralizadora: «Mi Buenos Aires querido, cuando yo te vuelva a ver, no habrá más penas ni olvido».

Se diría que no queda sitio para la *ciudad real*. Salvo para la cofradía de los poetas y durante el tiempo en que no son cooptados por el Poder. En esa pausa indecisa se los ve ocupar los márgenes de la *ciudad letrada* y oscilar entre ella y la *ciudad real*, trabajando sobre lo que una y otra ofrecen, en un ejercicio ricamente ambiguo a la manera en que lo veía Paul Valéry: «hésitation prolongée entre le son et le sens». Durante esa vacilación están combinando un mundo real, una experiencia vivida, una impregnación auténtica con un orden de significaciones y de ceremonias, una jerarquía, una función del Estado. El poder tiende siempre a incorporarlos y la traza de este pasaje queda registrada en la palabra poética. Es la distancia que va de la tersura y el irónico temblor de «¿Recuerdas que querías ser una Margarita Gautier?» al estruendo del *Canto a la Argentina*. Aun así, debe convenirse que los miembros menos asiduos de la *ciudad letrada* han sido y son los poetas y que aun incorporados a la órbita del poder, siempre resultaron desubicados e incongruentes.

Notas al Capítulo IV: La ciudad modernizada

1. *De la legislación escolar*, Montevideo, Imprenta de *El Nacional*, 1876, pp. 81-2. Asimismo, en p. 64, denuncia como falsa la contradicción caudillaje-civilismo que enarboló el liberalismo: «Nuestra organización política, sin embargo, con su complicado mecanismo, con su multiplicidad de funciones y funcionarios, supone una población ilustrada y educada en la práctica de las instituciones democráticas, de manera que de aquella realidad y de esta suposición resulta que vivimos en un engaño y una mentira permanente. Una cosa dicen las leyes y otra los hechos; a menudo las palabras son bellas y los actos malos, y a menudo también la mentira oficial no es ni más audaz ni más evidente que la mentira de los partidos que se hallan fuera del poder».
2. Ibidem, p. 68. En el mismo sentido, en p. 85: «En las palabras suele haber pues, antagonismo: pero en la realidad existe la unión estrecha de dos errores y de dos tendencias extraviadas, el error de la ignorancia y el error del saber aparente y presuntuoso: la tendencia autocrítica del jefe de campaña, y la tendencia oligárquica de una clase que se cree superior. Ambos se auxilian mutuamente: el espíritu universitario presta a las influencias de campaña las formas de las sociedades cultas, y las influencias de campaña conservan a la Universidad sus privilegios y el gobierno aparente de la sociedad».
3. José María Samper, *Historia de un alma*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1948, 2 vols, t. II, pp. 171-78, referidas a su amistad con Torres Caicedo: «yo iba creyendo que sí podía haber un liberalismo conservador o un conservatismo liberal aceptable para todos los hombres patriotas, sinceros y desinteresados en su amor al bien».
4. Richard M. Morse (con Michael L. Connif y John Wibel): *The Urban Development of Latin America*, 1750-1920. Stanford, Center for Latin American Studies, 1971; Nicolás Sánchez Albornoz, *La población de América Latina*, Madrid, Alianza Universidad, 1977, cap. 5 «Gobernar es poblar».
5. José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, 1976, p. 252.
6. Claudio Véliz, *The Centralist Tradition of Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 1980, pp. 234-5.
7. Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972 (2a. ed. rev.) p. 468.
8. Justo Sierra, *Obras Completas*, México, UNAM, 1977 (ed. Agustín Yáñez), t. IV, *Periodismo político*. A su campaña política de 1878 en *La libertad*, corresponde también esta declaración de principios que puede vincularse a la citada del colombiano Samper: «Declaramos, en consecuencia, no comprender la libertad, si no es realizada dentro del orden, y somos por eso conservadores; ni el orden, si no es el impulso normal hacia el progreso, y somos, por tanto liberales» (t. IV, p. 146).
9. Rui Barbosa, *Obras completas*, Rio de Janeiro, Ministerio da Educação e Saúde, 1953, vol. XXIX, t. II, pp. 92-3: «Com que outra coisa, a não ser com as palavras, se haviam de fazer as leis? Vida, propiedade, honra, tudo quanto nos é mais preciso, dependerá sempre da seleção das palavras» (Ibidem, t. III, p. 304).
10. V. su ensayo «As línguas castelhana e portuguesa na América» (1906) en: *Impressões da América Espanhola* (1904-1906), Rio de Janeiro, José Olympio, 1953 (ed. Manoel Da Silveira Cardozo).
11. He estudiado el punto en mi prólogo a Rubén Darío, *Poesía*, Caracas, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1977 y en mi ensayo *Indagación de la ideología en la poesía (Los dípticos seriados de Versos sencillos)* en: *Revista Iberoamericana*, 112-113, julio- diciembre de 1980.
12. *Poesía gauchesca*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 192.
13. V. Antonio Candido, *O método crítico de Silvio Romero*, São Paulo, FFCLUSP Boletim No. 266, 1963 (2a ed.).
14. Jean Franco «What's In a Name? Popular Culture Theories and Their Limitations» en: *Studies in Latin American Popular Culture*, vol. 1, 1982, p. 7.
15. E. Bradford Burns, «Cultures in Conflict: The Implications of Modernization in Nineteenth-Century Latin America» en: *Elites, Masses, and Modernization in Latin America*, 1850-1930, Austin, University of Texas Press, 1979, pp. 76-7.
16. El mejor exponente mexicano fue la obra de Justo Sierra *Evolución política del pueblo mexicano* (1900), a la cual parece apuntar José C. Valadés, a pesar de exceptuarla, en su requisitoria contra la historiografía porfirista: «Fue durante el régimen porfirista cuando la historia oficial tomó sólido asiento. Hija de una

innatural paz, esa historia fraguada por los adalides literarios del porfirismo; cubrió con el espeso manto de la autoridad, ideas, hombres y hechos que parecían contrarios al ensalmo pacifista; y si conservó algunas figuras y pensamiento fue a guisa de adorno para sus páginas» (*El porfirismo. Historia de un régimen. El crecimiento*, México, Patria, 1948, p. XXV).

17. *El payador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 14.
18. Ibidem, p. 15.
19. V. François Bourricaud «Algunas características de la cultura mestiza en el Perú contemporáneo» en: *Revista del Museo Nacional*, t. XXIII, Lima, 1954; también mi ensayo «El área cultural andina (hispanismo, mesticismo, indigenismo)» en: *Cuadernos Americanos*, XXXIII, 6, México, nov-dic. 1974.
20. En *Mi diario*, del mexicano Federico Gamboa, esta queja del 25 de abril de 1895, «¡Mi México se va! El vetusto Café de Iturbide tan lleno de carácter y de color local, propiedad de franceses desde su fundación, ya pasó a manos yanquis, con brebajes de allá, y parroquianos de allá...» Y un año antes, el 12 de abril: «Como el mejor día vendrá una piqueta y ni rastros dejará de ella, bueno es que quede siquiera un boceto de esta nunca bien ponderada botica en la calle del Coliseo, que todo México conoce y ha conocido de algunos lustros más». (*Diario de Federico Gamboa*, (ed. José Emilio Pacheco), México, Siglo XXI, 1977, p. 54 y p. 52, respectivamente).
21. V. *Utopismo socialista* (1830-1893), Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, (ed. Carlos M. Rama).

V
La polis se politiza

La modernización internacionalista, que aproximadamente se extiende desde 1870 a 1920 y cuya arrogante autocelebración se encuentra en las fiestas del primer centenario de la Independencia, con fechas escalonadas entre 1910 y 1922, consagró un segundo nacimiento de la vasta región americana al sur del río Grande. Los que habían sido azareados estados desprendidos de España y Portugal, se convierten en la pujante América Latina que consolida su pertenencia a la economía-mundo occidental y construye su reconocible imagen contemporánea, pues en ese período se fraguan las bases de la actual América Latina. Al día siguiente de la rumbosa celebración del centenario de la Independencia hispanoamericana, comienza para este hemisferio de América Latina el siglo XX: es en 1911 la revolución mexicana que inicia los sucesivos sacudimientos político-sociales a la búsqueda de un nuevo orden, todavía controlados por la acción de fuerzas internas que procuran dar expresión a la estructura socio-económica que se había forjado en el cauce de la mencionada modernización. Cuando sólo parcialmente se había resuelto el conflicto, la crisis mundial de 1929 primero y luego la más catastrófica de 1973, agudizan la situación y descaman las contradicciones del cuerpo social, demostrando: por un lado lo avanzado de la incorporación latinoamericana a la economía-mundo; por el otro la debilidad de su integración dependiente, al crecer la distancia entre centro y periferia en la economía del capitalismo. Tras la base engendradora de la modernidad latinoamericana (1870-1900), donde siempre podremos recuperar *in nuce* los temas, problemas y desafíos que animarán la vida contemporánea del continente, el siglo XX transcurre con agitación y movilidad creciente, como de crisis en crisis, primero en el período nacionalista que, incubado desde la apertura de la centuria, concluye triunfando de 1911 a 1930; luego en el populista que lo prolonga de 1930 a 1972 y que ya nos parece teleguiado por fuerzas internacionales ajenas a las voluntades latinoamericanas que sólo pueden oponerle respuestas, muchas veces confusas o erráticas, como si en otras

circunstancias se recuperaran situaciones de los primeros siglos coloniales; por último el catastrófico período que se abre hacia 1973 y que sólo diez años después ha desvelado su insostenible gravedad.

¿Cuál ha sido la evolución de la *ciudad letrada* en tal época revuelta, cuáles sus respuestas y cuál, incluso, su vigencia, si acaso hubo alguna ponderable? ¿Cuáles asimismo las oposiciones que le salieron al paso, si acaso volvieron a formularse las críticas que hemos oído, tras la Emancipación, en Lizardi o Simón Rodríguez? Esta recorrida que hasta aquí ha procurado caracterizar la *ciudad letrada* según sus seculares avatares, va a pasar ahora de historia social a historia familiar, para recaer por último en cuasi biografía, anunciando la previsible entrada de juicios y prejuicios, realidades y deseos, visiones y confusiones, sobre todo porque la percepción culturalista que hasta aquí me ha guiado, al llegar a los suburbios del presente concede primacía a otro obligado componente de la cultura, que es la política.

Sin duda el período de la modernización incorporó nuevas pautas de especialización respondiendo a la más rígida división del trabajo, tal como se tradujo en los diversificados planes de estudio de la Universidad positiva, en sociedades que enfrentaban complejas demandas de conocimientos. Ya el letrado no pudo aspirar a dominar el orbe entero de las letras (ni siquiera la reciente profesión de los periodistas) de modo que se delimitaron con mayor precisión viejas y nuevas disciplinas, y tuvimos historiadores y sociólogos y economistas y literatos. También tuvimos políticos y politólogos, pero, contrariamente a una argumentación extendida, la política no dejó de ser un asunto al que contribuyeron muy diversos grupos y muy diversas disciplinas intelectuales, por lo mismo de ser el campo de la *res* pública, en un tiempo en que se había alcanzado al fin la paz (en el Brasil se había impuesto la República, tras abolirse la esclavitud), en que funcionaron activamente los partidos (algunos renovados, la mayoría nuevos) cuyos debates transitaron por el expandido periodismo que colmó las ciudades, en que el imperialismo norteamericano inició un avance que conmocionó al continente (guerra hispanoamericana, desmembramiento de Colombia, plurales intervenciones), en que la acrecentada importancia del Estado generó un áspero debate por el poder, al tiempo que se incorporaban a América Latina recientes doctrinas sociales (anarquismo, socialismo, comunismo).

Conviene revisar ese lugar común, con particular referencia a los literatos, pues se los ha visualizado retirándose de toda actividad política, encerrándose en torres de marfil y consagrándose exclusivamente a su vocación artística. Desde

luego que acompañaron la división del trabajo en curso e hicieron de su producción artística una profesión que exigía fundados conocimientos y aun raros tecnicismos. Por lo cual aborrecieron, aún más que a los retardatarios, a los meros aficionados que los seguían y, unánimemente, a los que Herrera y Reissig llamó «los peluqueros de la crítica» tipificados en el universal personaje definido por Remy de Gourmont: «celui qui ne comprend pas».

Pero esta concentración en el orbe privativo de su trabajo -la lengua y la literatura- que tan beneficiosa habría de ser para el desarrollo de las letras latinoamericanas, no los retrajo de la vida política, a pesar de que muchos tuvieron conciencia de que en ella despilfarraban energías que hubieran sido más eficientes aplicadas a la producción artística, la cual fue percibida como alto valor, tanto o más importante para la sociedad que las actividades políticas, periodísticas, diplomáticas, o meramente mundanas. Ni siquiera desapareció el modelo décimonono fijado por Sarmiento y habríamos de tener altos poetas (Guillermo Valencia) que aspiraron a la presidencia y robustos novelistas que la alcanzaron: Rómulo Gallegos.

Esta doble perspectiva, en que hubo especialización, hasta llegar a veces a la absorbente pasión de Darío, y simultáneamente participación generalizada en el foro público, donde además se jugaba con frecuencia el destino personal, es la que no ha sido evaluada suficientemente.

Pedro Henríquez Ureña tituló su excelente resumen de los años 1890-1920, con una fórmula poco feliz, «Literatura pura», explicándola en estos términos:

> Comenzó una división del trabajo. Los hombres de profesiones intelectuales trataron ahora de ceñirse a la tarea que habían elegido y abandonaron la política; los abogados, como de costumbre, menos y después que los demás. El timón del estado pasó a manos de quienes no eran sino políticos; nada se ganó con ello, antes al contrario. Y como la literatura no era en realidad una profesión, sino una vocación, los hombres de letras se convirtieron en periodistas o en maestros, cuando no en ambas cosas.[1]

Probablemente pensaba en Darío y en algunos de los poetas modernistas, los menos, dado que la mayoría intervino en política o no dejó de escribir sobre temas políticos (Manuel Díaz Rodríguez, José Juan Tablada, José Santos Chocano, Leopoldo Lugones, Franz Tamayo, Guillermo Valencia, hasta Julio Herrera y Reissig) aunque también aquí podría agregarse que «nada se ganó con ello, antes al contrario», oponiéndose a ese tenaz mito, diseñado, argumentado y difundido por los letrados, de que son ellos quienes mejor entienden de asuntos políticos y de los negocios públicos de las sociedades. Incorporado desde Francia en los albores de

la Independencia, se hizo robusto en el pensamiento liberal del XIX y, lejos de debilitarse durante la modernización, adquirió dimensión extensa y vaga, para continuar en el siglo XX una carrera suficientemente exitosa como para que el sociólogo C. Wright Mills lo considerara definidor del comportamiento intelectual latinoamericano. Si este mito alentó entre los poetas de la modernización, realzando el orgullo profesional letrado contra toda evidencia objetiva, mucho más habría de pesar entre la acrecentada falange de los ensayistas (José Enrique Rodó, Francisco Bulnes, Baldomero Sanín Cano, Carlos Arturo Torres, Francisco García Calderón, Rafael Barret, José Ingenieros, Alcides Arguedas y tantos más) que junto a los poetas formaron el grueso de la actividad escrituraria de la época, seguidos por los novelistas naturalistas, todos los cuales estuvieron prácticamente sumergidos en la vida política y no sólo lo mostraron en sus ensayos ocasionales, sino también directamente en sus obras narrativas.[2] Dadas las tradiciones existentes en el continente, era previsible que así ocurriera en el momento en que se expandía el equipo intelectual a consecuencia del crecimiento social, aun cuando en él se produjera una notoria especialización que, lejos de apartar a los letrados de la participación política, les ofrecería nuevos campos en los que tratarían de coordinar la dedicación a sus disciplinas con una conducción espiritual más vasta que el estricto territorio político partidista. Se lo vio en la emergencia de la sociología desde José María Samper y Eugenio María de Hostos, pero mucho más en la nueva función que mayoritariamente los escritores se sintieron compelidos a ejercer: la *función ideologizante*, la cual se proyectó sobre las nuevas generaciones dentro de la tendencia juvenilista del movimiento intelectual de la época. En tanto ideólogos, les cabía la conducción espiritual de la sociedad, mediante una superpolítica educativa que se diseñó contra la política cotidiana, cuyas «miserias» se obviarían mediante vastos principios normativos. Así se definió en *Idola Fori*, el capital libro del colombiano Carlos Arturo Torres cuya segunda edición (1910) prologó José E. Rodó expresando su coincidencia con esa orientación. Entrando el XX, el modelo triunfa con los filósofos-educadores-politólogos que, entre otros, representan el peruano Francisco García Calderón (1883-1953), los mexicanos José Vasconcelos (1881-1959) y Antonio Caso (1883-1946), el argentino Alejandro Korn (1860-1936), el uruguayo Carlos Vaz Ferreira (1872-1958).

La *función ideologizante* que germina entre los escritores de la modernización cumple el cometido fijado por sus «maîtres penseurs» franceses: Renan, Guyau, Bourget, etc. Al declinar las creencias religiosas bajo los embates científicos, los ideólogos rescatan, laicizándolo, su mensaje, componen una doctrina

adaptada a la circunstancia y asumen, en reemplazo de los sacerdotes, la conducción espiritual. La fórmula preferida de Rodó traduce el proyecto de su generación: «cura de almas». Médicos que se aplican al espíritu, por lo tanto nuevos sacerdotes de la humanidad, a ellos les corresponde ocupar el puesto vacante que había dejado la desmembración del águila bicéfala (Trono y Tiara) que regía desde el Descubrimiento, ocupando junto al Poder del Estado la complementaria función que desempeñaba la Iglesia del Patronato, aunque sin los resguardos que ofrecía una Institución compacta, los cuales malamente reemplazaban las Academias, Universidades o Tribunales en que los maestros-pensadores de la época procuraron estructurar el poder espiritual. Sin embargo, ya no lo visualizaban sino como emanación de los individualistas dones del talento personal, insumisos a todas las ataduras institucionales, incluyendo las de los partidos políticos. No en balde la sociedad civil había dado pasos por el camino democratizador.

En su afán de reemplazar el sacerdocio, habrían de recurrir incluso a algunos de sus instrumentos estilísticos, como la oratoria mayestática que ya había hecho su recorrida en el ceremonial universitario,[3] y cumplirían además una perseverante tarea para dignificar y sacralizar al intelectual («¡Torres de Dios, poetas!») en un tiempo destemplado y una sociedad materialista masiva que prescindía del viejo sistema de valores espirituales. Efectivamente lo consiguieron, aunque sólo para el público culto mayoritariamente modelado por la educación y los medios letrados que en ese tiempo estaba perdiendo la Iglesia. Paradójicamente, esta pérdida fortaleció la conducción por parte de la Iglesia de la masa inculta, muchas veces castigada por la modernización que pregonaban ardientemente los letrados al servicio del Estado modernizador, atendiendo más a la educación de los cuadros que a las necesidades sociales de la comunidad. La masa inculta (los campesinos, los marginales, los indios) vio en los sacerdotes a sus auténticos defensores y guías espirituales, como se percibió desde la insurrección del sertao de Canudos, en Brasil, hasta la guerra de los cristeros en México.

Pero junto a éste, hubo otro cometido central que desempeñaron los ideólogos, y fue uno bien específicamente latinoamericano. Del mismo modo que se alzaron sobre las «miserias» de la menuda política de banderías y personalismos, a la fijación de visiones amplias, educativas y aun abstractas, de los asuntos espirituales (que eran forzosamente políticos) de sus sociedades, también se elevaron de los problemas locales y con demasiada frecuencia aldeanos consecuencia de aquellas políticas menudas, a una percepción global de los destinos nacionales que los ubicaban en marcos universales. Fueron los internacionalistas

de la hora, herederos en eso del liberalismo romántico, según una tendencia que rigió el pensamiento todo de la modernización y que se haría constitutiva de la función letrada en adelante hasta nuestros días. La apodíctica frase martiana los define a todos: «Lo que quede de aldea en América ha de despertar».

Inmersos en el conocimiento de los problemas internacionales y de la bibliografía doctrinal europea y norteamericana, gracias a los nuevos sistemas informativos y a sus desplazamientos, adoptaron esos marcos ideológicos para interpretar los asuntos regionales, pues vieron claramente, ya que las estaban viviendo, que las decisiones de las metrópolis, buenas o malas, se les aplicaban con rigor. Adelantaron así la integración de América Latina en el discurso intelectual de Occidente, siguiendo la integración económica en curso, aunque adaptándolo a las propias pautas socio-políticas, aún más que espirituales: así la pasiva aceptación del racismo europeo de la época en la descendencia de Gobineau, en las obras de Francisco Bulnes, Alcides Arguedas o Rufino Blanco Fombona, tuvo fuertes contradictores en Manuel González Prada, José Martí o Manoel Bonfim, aunque ninguno de ellos quedó fuera de un debate alimentado por la intelectualidad europea.

Debido a ello, varios intelectuales apuntaron con alarma el riesgo de que la pasiva adopción del discurso occidental desfigurara fuerzas y tradiciones internas del continente que tenían legitimidad, aunque no eran ni democráticas ni mucho menos progresistas. Los espíritus más lúcidos intentaron abarcadoras construcciones sincréticas que coordinaban la forzosa asunción del universalismo con el resguardo de tradiciones internas. Les fue más cómodo a los poetas, bastante menos a los novelistas, y muy difícil a los ensayistas, porque dado que acometieron ese esfuerzo integrador a través de sus rejillas sociales, los productos se afiliaron con más frecuencia a los *corpus* conservadores y centristas (Torre, Rodó) que a los progresistas (Martí, Bonfim).

Todos coincidieron en el traslado del discurso político latinoamericano (que ya había conseguido acriollar y con frecuencia rebajar el estrepitoso doctrinarismo imitativo de los liberales, en parte por la nueva inflexión positivista) al debate de las ideas que movía a Occidente, aunque sin atreverse a entrar de lleno en él. Aquí se registran los límites de la internacionalización. La imitación directa, incomprensiva de las tradiciones seculares del continente, que habían practicado los primeros liberales, sólo se volvió a repetir entre los anarquistas que trasladaron tal cual sus fórmulas europeas nacidas de la industrialización del XIX. Los demás, aun inscribiéndose en el marco universal, oscilaron entre diversas vías que todas se

componían de un modo u otro con la singularidad del continente en que habían nacido y se habían formado, sin apartarse demasiado del horizonte local. José Martí, a quien su instalación en una de las metrópolis avanzadas de la modernización cuando estaba enzarzado en el proyecto de independencia política de Cuba, que ya era arcaico para América Latina a fines del XIX, había de colocar ante desgarradoras alternativas, definió bien los límites de la internacionalización. Decía Martí en 1888:

> Porque es dolor de los cubanos y de todos los hispanoamericanos, que aunque hereden por el estudio y aquilaten con su talento natural las esperanzas e ideas del universo, como es muy otro el que se mueve bajo sus pies que el que llevan en la cabeza, no tienen ambiente ni raíces ni derecho propio para opinar sobre las cosas que más los conmueven e interesan, y parecen ridículos e intrusos si, de un país rudimentario, pretenden entrarse con gran voz por los asuntos de la humanidad, que son los del día en aquellos pueblos donde no están ya en las primeras letras como nosotros, sino en toda su animación y fuerza. Es como ir coronado de rayos y calzado de borceguíes. Este es de veras un dolor mortal y un motivo de tristeza infinita.[4]

La solución al conflicto, tal como Martí y los demás la practicaron, consistió en atenerse a los asuntos locales, aunque encuadrándolos dentro del universalismo ideológico que se abastecía en las ideas, los métodos e incluso los dilemas de las metrópolis, aplicándolo además, como en el modelo ultramarino, a una experiencia que se había vuelto omnímodamente urbana. Pues la ciudad que era además la capital por lo general, ya no consistía en el bastión amurallado en medio de soledades hostiles, sino que había derribado en la fecha sus ya arcaicas protecciones y se expandía confiadamente. Se había vuelto el centro de dominación del territorio nacional y sus problemas fingían engañadoramente ser los de la nación íntegra, por lo mismo que dentro de ella se reproducían los conflictos nacionales por la incorporación de la inmigración interna, en algunos puntos duplicada por la externa. Así, los dos universos a que aludía Martí, el que se movía bajo los pies y el que se llevaba en la cabeza, se objetivaban en dos ciudades: la real que se expandía con una anarquía tras la cual corría el orden para organizarla (y también embridarla) y la ideal que procedía del modelo europeo conocido, aunque mucho más, si lo reconstruimos realísticamente, de los libros en que se la contaba, ya que eran éstos, más las revistas ilustradas y las descripciones mirificas de los viajeros, los que construían esa utopía enceguecedora que al fijar los rumbos extremos, enturbiaba la visión de la realidad circundante. En otro nivel espiritual, apelando a la metáfora del bosque, lo diría Darío: «Bosque ideal que lo real complica». Y era

eso lo que resultaba «un dolor mortal y un motivo de tristeza infinita» en las transidas palabras martianas, tan interpretativas de las angustias letradas de la modernización.

Quizás debamos cautelarnos: la ciudad ideal de la época no era meramente París, aunque sus bulevares haussmanianos hayan producido estragos en los viejos cascos en damero de América Latina al ser traspuestos irreflexivamente, sino más bien la terca tradición de la metrópoli conservada en el espíritu de las ex-colonias, esa ciudad central que es posible soñar desde la periferia merced a la excitación promovida por las letras y las imágenes, pero que además resulta corroborada y ratificada por la estructura centralizada que lleva adelante la propia vida nacional a partir del *omphalos* de su capital dominadora. Vista la tenaz infiltración de nuestras experiencias cotidianas y del pasado que transportamos secretamente en nosotros, dentro del tejido de nuestros sueños, es posible sospechar que la ciudad ideal no copiaba sobre la orilla oeste del Atlántico un preciso modelo europeo, como tantas veces se ha dicho en especial de las siempre más imitativas clases superiores, sino que era también una invención con apreciable margen original, una hija del deseo que es más libre que todos los modelos reales y aun más desbocada, la que además, al intentar real-izarse, entraría en una barrosa amalgama con la terca realidad circundante.

Al cabo de este recorrido, es dable retornar a nuestra proposición de partida, para decir que en ese tiempo que encabalga el 900 estaba viva la vocación política de los escritores, y aun desmesurada por un modelo que pareciendo francés potenciaba la larga tradición redentorista del letrado americano. La inmensa mayoría lo ejerció, como lo que aún seguía siendo, la *derivación normal del ejercicio de las letras*, tal como lo reconocía Rodó en carta a Baldomero Sanín Cano: «Quizá no es usted ajeno a esta fatalidad de la vida sudamericana que nos empuja a la política a casi todos los que tenemos una pluma en la mano. Y yo no considero esto enteramente como un mal. Todo está en que no nos dejemos despojar de nuestra personalidad».[5] Ellos eran verdaderamente los «ilustrados» que casi no habíamos tenido en el XVIII y por sola esa capacitación, estaban destinados *fatalmente*, a la orientación de una sociedad que apenas había comenzado a practicar las formas democráticas.

La presunta excepcionalidad dariana debe ponderarse: no dejó de intervenir en la política de su patria y la conectada área centroamericana, y sólo en Chile y Argentina se vedó toda intromisión amparándose en su calidad de extranjero que le prohibía participar de las banderías políticas internas, aunque eso no le impidió

hablar claramente de temas continentales (es la justificación que dio en el prólogo de *Cantos de vida y esperanza*), ni ejercer a conciencia la función ideologizante, tal como lo dijo expresamente en su capital ensayo «Dilucidaciones» que incluyó como prólogo a *El canto errante* (1907): «Mas si alguien dijera: 'Son cosas de ideólogos', o 'son cosas de poetas', decir que no somos otra cosa».

Ningún debate más ancho que el que se ha cebado en la ideología del modernismo, y aun agudos analistas han desechado la posibilidad de que haya existido tal ideología, en los términos coherentes en que algunos tratadistas la entienden,[6] pero creo que no hay duda acerca de esta «función de ideólogos» que los escritores modernistas se atribuyeron, no sólo entre los escritores-intelectuales que practicaron la ensayística, sino incluso entre los escritores-artistas, como fueron especialmente algunos poetas, quienes usaron de sus obras literarias -cuidadosamente miniadas- para el análisis doctrinal expreso: *De sobremesa* de José Asunción Silva, *Sangre patricia* de Manuel Díaz Rodríguez, el insólito poema «Los Cisnes» del propio Darío, etc. etc. Y no es necesario agregar, porque es un capítulo extenso del memorial de agravios contra la mayoría de estos escritores por la posterior generación nacionalista que, respetándolos como artistas, los enjuició como figuras políticas, que entendieron que les correspondía un papel relevante en la conducción de la sociedad, reemplazando a la declinante función de la Iglesia, y estuvieron dispuestos a ocupar ese sitial junto al poder, reconstruyendo la férrea y tradicional *ciudad letrada* que venía de los orígenes coloniales. Muchos lo hicieron y no pudieron hacerlo ya inocentemente.

La adquirida conciencia crítica del período les impuso una tarea de justificación bien ardua. No bastaba con servir al poder desde su corona letrada, ya que la conciencia crítica había engendrado el pensamiento opositor, y por lo tanto, so riesgo de desaparecer en tanto intelectuales, debían proporcionar el discurso fundado de su intervención, aún más que para los poderosos a quienes rodeaban, para los opositores que los atacaban.

Los escritores que se incorporaron, ya fuera como directos funcionario, ya como laxos sostenedores, ya como discretos compañeros de viaje, a la *ciudad letrada* de la modernización, y fue la gran mayoría, se aplicaron a dos géneros literario-políticos principales, que ejercieron más en los periódicos que en los libros, ambos testimoniantes de la importancia de grado que había adquirido la letra en las sociedades que comenzaban a alfabetizarse. Uno de ellos, que fue el más antiguo, tendría más ancha descendencia y abarcaría a mayor número, ya era posible definirlo entonces, en términos modernos, como propagandístico (o agitprop,

o partijnost) en cualquiera de sus ramas simétricas: defensa del régimen o agresión a sus enemigos. La virulencia que adquirió era desconocida en el continente, pues llegó a niveles degradantes que se habían abstenido de ejercer los polemistas del romanticismo. El extremado personalismo y los recursos insultantes que manejó, fueron justificados y teorizados positivamente. Así lo hizo un «ilustrado» peruano, Manuel González Prada, en sus artículos de 1888-9, «Libertad de escribir» y «Propaganda y ataque», oponiéndose a la distinción entre vida pública y privada con lapidarias sentencias:

> El criminal es tan criminal en su casa como en la plazuela, la hiena es tan hiena en la jaula como en el desierto.
> ¿Por qué no insistir en el defecto corporal? Quién sabe la psicología de ciertos individuos se explica bien con la desviación siniestra de los ojos o el arqueo de la espina dorsal. Las anomalías de conformación suelen acarrear imperfecciones morales.
> No hay pues, derecho de abroquelarse en la inviolabilidad del hogar, mucho menos cuando se aparenta vivir como la doncella en el claustro y se vive como el cerdo en la pocilga.[7]

Otro de los géneros correspondió al campo más prestigioso de la *filosofía política*, que pareció ocupar el descaecido de la teología y la metafísica, y que por lo común estuvo vinculado con acusiosas investigaciones históricas o con el intento de diseñar teorías del estado aplicadas a la circunstancia latinoamericana. Este género tuvo, como era previsible, menos cultores, aunque fueron los intelectualmente mejor dotados, y a despecho de su horizonte moderado cuando no francamente conservador, deparó exámenes más lúcidos y abarcativos que los de los opositores de la época.

Dos nombres mexicanos ilustran ambos géneros, extrayéndolos de las nutridas series de intelectuales que los practicaron en la *ciudad letrada* del Porfiriato, pues pocos países como México revelaron en América Latina la codicia de la participación intelectual en el poder, lo que parece bastante persuasivo en una sociedad que conoció el primer establecimiento americano de la *ciudad letrada* en el Virreinato de la Nueva España y su más larga y sostenida práctica en los siglos virreinales por parte del cogollo culto.

Uno es el nombre del refinado poeta modernista José Juan Tablada, autor de *Tiros al blanco* (1909) y de *Madero-Chantecler* (1910), obras en las cuales, como se ha señalado, «no se expone una doctrina política, ni el escritor discurre sobre su pensamiento conservador», ya que se trata de una estricta propaganda política al

servicio de ocasionales intereses: «minar la oposición a Díaz o adular a Huerta».[8]

Otro es el más penetrante historiador-sociólogo de la época (tan superior a Francisco Bulnes, visto como el intelectual-tipo del porfirismo), el Justo Sierra (1848-1912) que desarrolló a todo lo largo de sus artículos periodísticos una modernizada interpretación de la nacionalidad, que alcanza culminación en sus dos macizas obras: el ensayo «México social y político» (1899) y la inteligente *Evolución política del pueblo mexicano* (1900-1902) cuyos méritos pueden atribuirse a la coherencia idológica obtenida mediante la amplificación a una historia secular de la perspectiva alcanzada en la experiencia de su tiempo político y social. Es también el caso del autor y el libro más vilipendiados de la cultura venezolana del XX: Laureano Vallenilla Lanz (1870- 1936) y su *Cesarismo democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela* (de 1919, aunque adelantado en ensayos publicados en *El Cojo Ilustrado* entre 1905 y 1913).[9] Aunque sin el arrojo de Justo Sierra para justificar al gobierno que servía, el de Juan Vicente Gómez, extraordinariamente lúcido para revisar la historiografía liberal recibida y fijar una interpretación del caudillismo que harían suya los historiadores modernos, al tiempo de inscribirse en la descendencia de una historiografía conservadora que de Lucas Alamán a Carlos Restrepo fue mucho más objetiva y perspicaz de lo que era costumbre reconocerle. Aunque filiado explícitamente en el «nuestroamericanismo» de José Martí y compartiendo sus mismas apreciaciones del general Páex, fue el desarrollo hasta sus últimas consecuencias de una comprobación martiana («Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos») la que condenó a Vallenilla Lanz, como quizás hubiera condenado a Justo Sierra de no ser por su oportuna muerte y su contribución a la letrada dignificación de la Universidad.

Es el modelo mexicano del Porfiriato, que logró sobrevivir a las vicisitudes de la revolución para reconstruirse victoriosamente desde Carranza (con los mismos viejos hombres) y desde Alvaro Obregón (con pléyade sustitutiva periódicamente) el que permite avizorar las razones que sostuvieron la forma contemporánea de la *ciudad letrada*. Con una intensidad que no se encontrará con iguales términos en otras capitales latinoamericanas, allí se conjugaron dos fuerzas que se buscaban: el ansia de los letrados para incorporarse a la *ciudad letrada* que rodeaba el poder central, lo que en otros puntos se presenció, y el ansia de éste para atraerlos a su servicio, obtener su cooperación y hasta subsidiarlos, prolongando una áulica tradición colonial que se había comenzado a disolver en muchos otros países. Este

ceremonial de las mutuas atracciones que en tiempos democratizantes conserva su unción antigua y aristocrática, está presidido por el aura mágica de la letra escrita que confiere existencia (no sólo la consabida de la fama, sino la presente y urgente del encomio personal) aunque ya sea disputada públicamente por las voraces facciones, ligas o mafias.

Al margen de la «losa del pasado» que pesa sobre esta configuración, son perceptibles causas históricas del momento, que tanto responden a la potencia que había adquirido el Estado, dotando de muchos más recursos al partido o a las personalidades del Gobierno, como a la situación concreta de la élite intelectual que ha aumentado sus efectivos a la medida del lentísimo crecimiento de la clase media para la cual la educación fue privilegiada palanca de ascenso social y encuentra que esas capacidades pasan mayoritariamente por los organismos del poder (administración, educación, diplomacia) y que aún las típicas profesiones liberales (abogacía, medicina, periodismo) están de diversa manera ligadas a los negocios que orienta ese poder. El caso del periodismo es ejemplar, ya que fue el que permitió en muchos países de América Latina una respiración independiente a los intelectuales y por lo tanto sirvió de cobijo al desarrollo del pensamiento opositor. El Porfiriato, en cambio, procedió a una sistemática política de subsidios que logró comprar, o al menos, neutralizar a la prensa. Ya en 1888, *El Hijo del Ahuizote*, denunciaba que el gobierno subvencionaba 30 periódicos en la capital, invirtiendo para ello 40.000 pesos mensuales, y a la mayoría de la prensa del interior.

La situación real y patética de los escritores que fraguan el modernismo, fue la carencia de público. Aunque ellos apostaron a la creación de su propio público, sólo triunfaron tardíamente, de tal modo que sus libros, como lo prueban las tiradas y las ediciones que se hicieron, no tuvieron otros lectores que los mismos miembros de los cenáculos o los destinatarios extranjeros a quienes fueron remitidos como cortesía. Publicarlos ya era una hazaña, a veces un homenaje póstumo de los amigos, otras la generosidad de un imprentero amigo y en muy pocos casos la munificencia de un rico. La quiebra del mecenazgo ya había sido atestiguada en 1816 por Fernández de Lizardi y lo que quedó de esas prácticas fue probretonamente absorbido por las autoridades, nacionales o provinciales. La única vía moderna y efectiva, consistió en vender la capacidad de escribir en un nuevo mercado del trabajo que se abrió entonces, el *mercado de la escritura*. Los dos principales compradores que el escritor encontró fueron: los políticos, de quienes se volvieron escribas de discursos, proclamas y aun leyes (tareas que hasta hoy han seguido haciendo) y los directores de periódicos que, como los políticos, frecuentemente los

borraron en tanto personalidades, eliminando sus nombres al pie de sus escritos, tal como hizo Reyes Spindola, miembro del círculo «científico» del Porfiriato, desde la fundación de *El Universal*. Este fue el tema de la patética pieza teatral de Roberto J. Payró, *El triunfo de los otros* y analizándola en una de sus páginas más emocionadas, José E. Rodó reconoció que la solución a las difíciles condiciones materiales del escritor, pasaban por la política o por el periodismo, aunque de éste agregaba: «En sus rangos de retribución alentadora, el periodismo no es más que una manifestación de la política. En inferiores rangos, no constituye solución». El panorama que despliega Rodó, es tan pesimista y tan preciso en su examen de las causas de la bohemia literaria de su tiempo, que concluye considerando mejor la abolida época del mecenazgo, sobre todo al estudiar la inviable solución del mercado en los países latinoamericanos, ya que la famosa frase lopista («el vulgo es necio y pues lo paga...») era en ellos inaplicable porque -observa- «se trata de un vulgo que no paga». Escépticamente, dice: «pasó el Mecenas individual y aristocrático y vino a sustituirlo el colectivo y plebeyo. A la pensión que se cobraba en la mayordomía del palacio ha sucedido el manuscrito descontable en el mostrador del librero».[10]

Pero Rodó no examina los concretos problemas del escritor que se ofrece a sí mismo en el mercado de la escritura (él fue diputado y sólo conoció directamente esa situación luego de 1913) ya que aquella mayoría que se dirigió al mayor mercado existente, representado por el periodismo, debió aceptar la orientación y la censura por parte del director de la publicación, cosa que supo José Martí desde su primera colaboración con *La Nación* de Buenos Aires. Si para todos fue difícil adaptarse a la fiscalía del *editor*, más lo fue en México donde la censura moral (el episodio del poema de Tablada) se duplicaba con la censura política, y donde la constitución del circuito independiente de lectores de libros que en Rio de Janeiro y en Buenos Aires se inicia a la vuelta del 900, tardará cuarenta años más. Por lo tanto la élite intelectual estuvo en inmediato contacto con las operaciones del Poder, favorables o no, y dispuso de un escaso espacio independiente respecto al que ganaron sus colegas de otros países. Aunque es difícil conceder fe a datos proporcionados por Francisco Bulnes, su observación sobre la dependencia de los intelectuales mexicanos ilustra, al menos, la acidez con que las diversas facciones en que estaban divididos se contemplaban mutuamente: «Al restaurarse la República, sólo el 12% de los intelectuales dependía del gobierno; diez años después ha aumentado el 16%; antes de la caída de Díaz, un 70% vive del presupuesto».[11]

A las circunstancias internas del régimen político mexicano, pueden agregarse

otras externas. En especial las inesperadas consecuencias del «nuestro-americanismo» en la vida política e intelectual mexicana. Martí lo propuso en varios artículos, en particular en los que escribió con motivo de la Primera Conferencia Panamericana celebrada en Washington en 1889-1890. Ante las pruebas palpables del inminente expansionismo norteamericano, ya desde antes abonado por la doctrina del *Manifest Destiny*, y vistas las desparejas fuerzas que podían enfrentarse, apeló a una unidad de gobiernos y pueblos latinoamericanos como la única real coyuntura que podría contener al Imperio. Ante el enemigo común debían acallarse las disensiones entre naciones y debería forjarse la unidad nacional en cada una de ellas. Como su cruzada por la independencia patria, el «nuestro-americanismo» implicaba un movimiento policlasista, lo que no dejó de señalarse y criticarse en el pensamiento cubano de los años 20, pues acarreaba la postergación de las reclamaciones de los sectores inferiores. Al menos fue visualizado así en México, donde el por todos conocido peligro del vecino del Norte, fue manejado como un silenciador de las reclamaciones populares frente a los «científicos» porfiristas, e incluso el acuerdo de Díaz con las compañías norteamericanas para el tendido de las líneas férreas, fue justificado por Justo Sierra con los argumentos de la unidad nacional y la cautela con que debían evitarse los riesgos de un intervencionismo yanqui. Contra la latente amenaza, se justificó un servilismo que si no resultó convincente para los sectores populares golpeados, en cambio fue utilizado como llave explicativa por buena parte de los intelectuales, quienes, como en otros países donde regía la consigna de «orden y progreso», estaban siendo, aunque mezquinamente, favorecidos por el desarrollismo económico en curso.

Para subrayar la importancia de esas causas históricas epocales, puede traerse a colación el caso venezolano, donde no existió la larga tradición virreinal mexicana. Nada lo ilustra mejor que la serie de gabinetes ministeriales que acompañaron los veintisiete años del gobierno del general Juan Vicente Gómez (de 1908 a 1935), sobre todo porque él fue prácticamente analfabeto y sus ministros las figuras encumbradamente ilustradas de la cultura venezolana, a quienes cupo, entre otras actividades letradas, el cometido de redactar las seis constituciones que se sustituyeron bajo su mandato. La servidumbre letrada del poder en Venezuela, empezando con Cipriano Castro y siguiendo con Gómez, o sea desde 1899 hasta 1935, adquirió un aire grotesco por la extremada discordancia entre los mandatarios y sus funcionarios letrados. Desde luego, no fueron pocos los resistentes, ni faltaron las reiteradas protestas estudiantiles (la famosa de 1928) que acreditaron la existencia de un pensamiento opositor tenaz, pero cuando se leen los diarios que a

lo largo de sus muchos años de exilio escribió Rufino Blanco Fombona, se pueden encontrar amargas consideraciones sobre la que él estimó como rendición de la abrumadora mayoría de los intelectuales de su generación al servicio de Gómez. En una «Nota de 1929» a su libro *La novela de dos años* (diarios de 1904 y 1905) en que había intentado un deslinde entre los intelectuales propiamente dichos y los «rábulas» servidores del poder, quienes tendrían «cierto barniz de lectura y de estudios universitarios» aunque serían «de inteligencia semejante y aun inferior a la del soldadote», Blanco Fombona arremete violentamente contra sus compañeros de generación:

> Bajo la feroz dictadura de Juan Bisonte, el barbarócrata, el patán, el ladrón, el traidor, el comerciante, el matarife, el baratero, el asesino, el verdugo de los estudiantes, el vendedor de la nacionalidad a los yanquis, el destructor de la sociedad venezolana por el hierro, el fuego, la cárcel, el destierro, el despojo, el veneno, la tortura, el espionaje, la mancilla en las damas, el deshonor en los hombres, el monopolio en los negocios, la negación de todo derecho a opinar, a disentir, a respirar, a morir dignamente siquiera; bajo esa dictadura, la más infame, abyecta y cruel que ha deshonrado a la América, ¿quiénes se han arrastrado a los pies del monstruo, quiénes se han prostituido en servicio y adulación del asesino, sin protestar jamás, contra cárceles, destierros, persecuciones, torturas, envenenamientos, latrocinios, entrega del país y sus fuentes de riqueza a los extranjeros y a la familia Gómez? ¿Quién se ha envilecido por una pitanza miserable? ¿Quién ha cantado al monstruo? Los primeros «líricos» del país: Gil Fortoul, Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Andrés Mata, Vallenilla Lanz, César Zumeta, otros, muchos, todos o casi todos.[12]

De modo similar, en México el aire grotesco se volvió trágico llegado el período del general Victoriano Huerta, pues la ya conocida y apacible tradición de servicio funcionarial del poder por el equipo intelectual, fue ascendida de grado. Se reclamó de los «líricos» de la época una beligerancia política (Salvador Díaz Mirón, José Juan Tablada) y ya no sólo una discreta colaboración. La sangre de Madero condenó éticamente esa beligerancia, antes que la revolución la enjuiciara definitivamente ante la historia. Eso no impidió que muy pocos años después, los intelectuales huertistas renacieran al servicio de Venustiano Carranza.

Para entonces, en torno a ese 1911 que inaugura el siglo XX latinoamericano, está confusamente constituido un pensamiento crítico opositor, suficientemente fuerte para: constituir una doctrina de regeneración social que habrá de ser idealista, emocionalista y espiritualista; desarrollar un discurso crítico altamente denigrativo de la modernización, ignorando las contribuciones de ésta a su propia emergencia; encarar el asalto de la *ciudad letrada*, para reemplazar a sus miembros

y parcialmente a su orientación, aunque no su funcionamiento jerárquico.

Este pensamiento atestigua una clase social emergente, lento producto acumulativo de la modernización, desperdigada en sectores que con dificultad procuran la conciencia de sí y buscan preferentemente configuraciones políticas que más que romper con el pasado aspiran a su reforma, contando ya con un nutrido equipo intelectual de muy reciente, débil y confusa formación. Son los sectores medios, cuya errátil gesta ocupará el siglo que se viene y cuya presencia pasado el 900 va siendo detectada por políticos e intelectuales (las respuestas de Porfirio Díaz al periodista James Creelman en 1908) aunque los estudios académicos hayan restringido muchas afirmaciones de los pioneros *Materiales para el estudio de la clase media en América Latina* (1950), que iniciaron su examen sistemático.[13]

Un pensamiento crítico se genera forzosamente dentro de las circunstancias a las que se opone, las que son sus componentes subrepticios y poderosos y al que impregnan por el mismo régimen opositivo que emplea. Las propuestas más antitéticas, lo son de los principios que sustentan el estado de cosas contra el cual se formula. Aun las utopías que es capaz de concebir, funcionan como polos positivos marcados por aquellos negativos pre-existentes, de tal modo que en la doctrina nueva que se construye todo el sistema bipolar se prolonga. Más aún si se razona que el pensamiento crítico surge del estado anterior de cosas.

La emergencia del pensamiento crítico, con un relativo margen de independencia, ocurrió bajo la modernización y se debió al liberalismo económico que por un tiempo desconcentró la Sociedad, la desarrolló, la dotó de servicios complejos, amplió el terciario con un escaso margen autonómico donde crecería el grupo intelectual adverso. Fue un producto de la urbanización y aun podría decirse que de sus insuficiencias, visto el fuerte componente provinciano de los muchos Julien Sorel que a partir de la incipiente urbanización pueblerina desarrollaron la ambición capitalina y que a partir de su ambigua y desmedrada posición media quisieron rivalizar con la clase alta. El *Ulises criollo* de José Vasconcelos ha contado persuasivamente esta saga, ardiente y aventurera. En un período de crecimiento, un sector urbano absorbía una pequeña parte del excedente, sobre todo mediante su dedicación a funciones intelectuales (de escribientes a ministros) que anunciaban los futuros equipos de la *ciudad letrada* del siglo XX, pues el grueso de éstos ya no correspondería, como había sido norma, a los hijos de las «buenas familias», y se reclutaría entre descendientes de artesanos, pequeños negociantes, funcionarios y hasta hijos de esclavos.

Tanto vale decir que la vía genética de la transformación fue el liberalismo,

y su filosofía, el egoísmo utilitarista, aunque ambos habrían de ser puestos en el banquillo de los acusados por sus beneficiados. El utilitarismo introdujo los intereses como móviles del comportamiento y el hedonismo modernista como su alta finalidad, lo que ya entonces fue objeto de la crítica del pensamiento liberal-conservador de la modernización. La paradoja radica en que la ampliación del sector alfabetizado fue obra del utilitarismo que se apoderó de América Latina, tal como lo apreció Carlos Reyles en *La muerte del cisne* (1910) oponiéndose al discurso rodoniano, pero, llegado ese sector a los primeros niveles educativos, habría de proceder a enmascarar tales acicates que sin embargo seguían actuando y rigiendo sus conductas, con un discurso emocionalista y espiritualista, que tuvo en Antonio Caso su mejor sistematizador: *La existencia como economía, como desinterés y como caridad* (de 1919, aunque expuesto como curso en la Escuela de Altos Estudios en 1915). Prueba de la peculiar estructuración del sistema crítico opositivo, pero también de otra operación que agudamente percibió Nietzsche en los movimientos democratizantes europeos, consistente en el forzoso enmascaramiento de su pensamiento burgués, cuyas prácticas dominarán el siglo XX latinoamericano, también en esto amplificador de los vagidos democráticos y enmascarados de la modernización de Europa.

Digamos que esos intereses, orientados hacia inmediatas mejoras materiales, parecieron moderar la violencia de las pasiones del poder que tiñen con sus personalismos cualquier intento de apreciación estrictamente economicista del siglo XIX. Tal como lo ha reconstruido Albert Hirschman[14] para el pensamiento precapitalista europeo del XVIII, utilizando las proposiciones de Montesquieu y James Stewart, el «doux commerce» apareció como atemperador de las dominantes pasiones políticas y, mucho más, del ejercicio unipersonal del poder o del despotismo sangriento del caudillismo. Si esto es visible en la concepción jurídica del liberal Rui Barbosa que preconizó un modelo inglés para el Brasil, también lo es en la de socialistas como José Ingenieros o anarquistas como Florencio Sánchez, autor del explícito alegato *El caudillaje criminal en Sudamérica*, 1903, que evoca el *Facundo* sarmientino, autores quienes a pesar de sus divergentes filosofías político-sociales, vemos hoy emparentados de un modo como no se percibió en su tiempo. El mismo Hirschman, en un texto complementario,[15] ha evocado las interpretaciones de dos economistas colombianos, Luis Eduardo Nieto Arteta y Luis Ospina Vásquez, sobre la protección que la economía del café proporcionaba contra la anarquía y el despotismo, en Colombia, Aunque son sabidas las limitaciones de estos esquemas que enlazan economía y política de manera determinista.

Si la concentración abusiva y personalista del poder pudo verse contenida por la expansión del comercio y la industria que en una economía liberal desperdigaba otros centros, sería temerario sin embargo pensarlos desvinculados del poder estatal como para construir alternativas válidas, y, sobre todo, permanentes. El fin desastroso que aguardó a algunos brillantes capitanes de industria de la época, el Barón de Mauá, Emilio Reus, Eduardo Casey, en Brasil, Uruguay y Argentina respectivamente, ilustra la debilidad del proyecto de burguesía nacional independiente. La estrecha vinculación al capital inglés, francés o americano, y al proteccionismo del Estado o, al menos, a su favor, fueron la norma. Pero a su vez el poder central debió contemporizar con los intereses regionales de hacendados y comerciantes, como lo ilustró en el Brasil la política del presidente Campos Salles (1898-1902).

Del mismo modo, la democracia que tímidamente comenzó a practicarse en algunos puntos, implicó una regulada ampliación del círculo del poder, dando cabida, junto a la «gente decente» de la aristocracia terrateniente, a dos anillos amplificadores: el de comerciantes, industriales y especuladores, y el del equipo educado de la administración, las finanzas y la enseñanza. Estas operaciones no afectaron cosas fundamentales, aunque obviamente testimoniaron la inserción de la apetencia democrática que mucho más que a una nueva clase (los sectores medios) respondió a la conciencia esclarecida de los «ilustrados» de la época. Bajo la directa conducción militar, enguantada con formas civilistas (Porfirio Díaz, Julio A. Roca) no disminuyó apreciablemente el vigor concentrado del poder, ni se debilitó sino que, al contrario, se reforzó la que algunos llamaron «influencia directriz» del gobierno, que no sólo siguió *haciendo* elecciones, sino que legitimó esta función. Hacia el final del período, Laureano Vallenilla Lanz encontró para la Venezuela de Juan Vicente Gómez la fórmula adecuada (que ya había tentado a Justo Sierra para México) y llamó a la conformación política del período, que oscilaba entre tendencias tan disímiles, el «cesarismo democrático», bastante antes que Max Scheler y Karl Mannheim introdujeran las categorías tensionales de racionalidad e impulso, e hicieran de la dictadura una manifestación circunstancial del proceso evolutivo de la democracia y de los desequilibrios entre los recientes estratos incorporados a la vida política y la composición homogénea de las élites gobernantes.[16]

El caudillismo en que se habían resuelto los componentes discordes de la sociedad latinoamericana del XIX, evolucionaba, en el período de desconcentración de la economía liberal inspirada por el «doux commerce». No perdía su régimen

fuerte, sino que lo adaptaba a los requerimientos externos de la hora y lo ampliaba cautamente a los intereses de las viejas y nuevas clases dirigentes tratando de conciliarlas. A la vez generaba una serie de transformaciones de imprevisibles consecuencias. De ellas nos interesa aquí, a los efectos del tema elegido, el desarrollo obligado de un amplio equipo intelectual, que ya estará asentado en la triunfante ciudad de la unificación nacional que es propósito central de los gobernantes de la época. La amplificación educativa que por todas partes se acomete, está hecha a la medida de estos requerimientos, aunque casi siempre desmesurados, y anuncia la importancia que adquiriría la *ciudad letrada* en la nueva coyuntura económica.

Notas al Capítulo V: La polis se politiza

1. *Las corrientes literarias en la América hispánica*, México, Fondo de Cultura, 1949, p. 165.
2. Aun descontando los intelectuales que P.H.U. clasifica en el «período de organización» pero cuya acción política cae de lleno entre los años 1890 y 1920 (caso de Manuel González Prada), el solo nombre de José Martí (1853-1895) que en 1890 abandona su actividad literaria y periodística para consagrarse a la lucha política y revolucionaria, es suficiente para contrarrestar los alegatos sobre el apoliticismo de los escritores del período. El refinadísimo poeta del simbolismo brasileño, João de Cruz e Souza (1861-1898), no dejó de escribir sobre temas políticos, como era previsible en un negro, hijo de esclavos libertos, que tuvo que enfrentar los preconceptos raciales de la época.
3. Ver, sobre estos procedimientos, Carlos Real de Azúa, *Historia visible e historia esotérica*, Montevideo, Calicanto-Arca, 1975.
4. Artículo publicado en: *El economista americano*, New York, julio de 1888, «Heredia», recogido en *Nuestra América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 205.
5. *Obras completas*, Madrid, Editorial Aguilar, 1967, p. 1374-5.
6. Carlos Real de Azúa, «El modernismo y las ideologías» en: *Escritura*, Año II, N° 3, Caracas, enero-junio 1977.
7. *Páginas libres. Horas de lucha*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, pp. 96-7.
8. Jorge Ruedas de la Serna, prólogo a José Juan Tablada, *Obras. II. Sátira política*, México, UNAM, 1981, p. 9. El funcionamiento político de Tablada se habría vuelto evidente si en este volumen se hubieran incorporado las exaltaciones de Venustiano Carranza que Tablada se sintió obligado a hacer como su diplomático en Colombia y Venezuela.
9. V. Laureano Vallenilla Lanz, *Obras completas*, t. I, Caracas, Centro de Investigaciones Históricas, Universidad Santa María, 1983. V. también: *Vallenilla, aristócrata del oprobio. Sentencia de la Comisión Investigadora de enriquecimiento ilícito*, Caracas, Ediciones Centauro, 1971.
10. «Impresiones de un drama» en: *El Mirador de Próspero* (1913), *Obras completas*, ed. cit., pp. 539-545.
11. Francisco Bulnes.
12. *Rufino Blanco Fombona íntimo*, Caracas, Monte Avila, 1975, p. 53.
13. John J. Johnson, en: *Political Change in Latin America*, Stanford University Press, 1958, fijó una tesis, la que ya H. Bernstein revisó (*Hispanic American Historical Review*, XL, (1960). Una evaluación pormenorizada del punto, al nivel de 1967, en Juan F. Marsal, *Cambio social en América Latina*, Buenos Aires, Solar/ Hachette.
14. *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism before its Triumph*, Princeton University Press, 1977.
15. «The Turn to Authoritarianism in Latin America and the Search for Its Economic Determinants» en: David Collier (ed.) *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton University Press, 1979, pp. 63-4.
16. Karl Mannheim, *Ensayos de sociología de la cultura*, Madrid, Aguilar, 1957, p. 243-245.

VI
La ciudad revolucionada

Con el año 1911, no bien inaugurados los monumentos recordatorios del primer Centenario y despedidas las rumbosas delegaciones extranjeras, se inició en América Latina la era de las revoluciones que habría de modelar ese siglo XX que entonces se iniciaba.

Comparto el criterio de Abelardo Villegas, quien poniendo el acento en el componente *cambio social profundo*, más que en el de *ruptura violenta*, habla de «las dos revoluciones latinoamericanas de este siglo: la mexicana y la uruguaya».[1] Efectivamente, en ese mismo año en que Francisco Madero entra en ciudad México, en el sur del continente José Batlle y Ordóñez asciende a su segunda presidencia que renovará profundamente al Uruguay, la cual, por otra parte, había quedado potencialmente facilitada por su triunfo militar de 1904 contra un conservador partido blanco.

Ambas revoluciones, aun habida cuenta de sus diferencias, depararán regímenes cuyos rasgos podrán reencontrarse en otros contextos y en otras dosis, en sucesivos movimientos transformadores que en adelante vivirá el continente: el radicalismo de Hipólito Yrigoyen en la Argentina de 1916 y el del primer Arturo Alessandri que triunfa en Chile en 1920; la «disciplinada democracia» de Getulio Vargas formulada desde 1930 que le lleva a la presidencia en 1934, (al tiempo que en Colombia se instaura el «nuevo liberalismo» juvenil de Alfonso López y en México la institucionalizada revolución de Lázaro Cárdenas) antes de que proclame en 1937 el «Estado Novo» que regirá hasta 1945; el justicialismo de Juan Domingo Perón en la Argentina desde ese mismo año; la acción democrática de Rómulo Gallegos en Venezuela (1958) y la similar proclamada por Fidel Castro en Cuba, triunfante desde 1959 y reconvertida al comunismo desde 1961, con lo cual ya serviría de orientación al frentepopulismo de izquierda de Salvador Allende (1970) antes que al sandinismo nicaragüense (1980). Esta acumulación histórica se combina con las peculiares tradiciones culturales de las respectivas áreas en que se

generan los movimientos, aunque de todas puede rastrearse lejanos orígenes en ese segundo gran parto continental que fue la modernización.

Podríamos preguntarnos, en efecto, ante el panorama que ofrecen las sucesivas olas democratizadoras, aliadas a formas gubernativas caudillistas, cuando no de intransigente autoritarismo, si no continuamos dentro de la órbita modernizadora del «cesarismo democrático». En estas décadas transcurridas del XX, nuestras interpretaciones letradas han abandonado las categorías biológicas, telúricas y restrictamente políticas, para descansar con más firmeza en categorías sociales y económicas, pero sin embargo en esas mismas décadas nada identifica mejor las transformaciones habidas, con sucesivas irrupciones de grupos sociales, que los nombres de sus caudillos respectivos. Incluso la duración del fenómeno se mide en ocasiones por el tiempo de su acción dirigente.

Tras la crisis económica de 1929, Claudio Véliz encuentra «a crude and excessively assertive version of the traditional centralism»,[2] la que es igualmente rastreable desde 1911 y aún antes, en la que él designa como «pausa liberal» y cuyas limitaciones hemos tratado de ponderar. Para otros historiadores, en esta reconcentración del poder, más que el caudillismo tradicional deberá verse la concepción política tradicional que anida en masas escasamente educadas que ingresan a la escena, tal como para el yrigoyenismo lo ha señalado José Luis Romero, ya con terminología contemporánea: «la deficiente educación política del nuevo complejo social impidió que se realizara el más accesible de sus ideales, la perfección formal de la democracia, porque el sentimiento mayoritario trajo consigo una especie de «dictadura de mayoría» que entorpeció el funcionamiento de las instituciones, precisamente cuando hubiera sido más fácil asentarlas definitivamente».[3] Para los economistas habrá de pesar, sobre todo para las décadas recientes, la agravación del desequilibrio centro-periferia en la distribución del excedente de la economía capitalista. Al recibir en 1981 el *Third World Prize*, en las Naciones Unidas, el economista Raúl Prebisch afirmó: «the advance of structural change in peripheral capitalism brings forth a contradiction between the process of democratization and the process of appropriation of the surplus and redistribution. There are only two options to solve this contradiction: one is to transform the system and the other is to resort to force in order to suppress democratic institutions».[4]

Aunque los historiadores nos han acostumbrado a fijar una ruptura privilegiada en la crisis económica de 1929, desde la actual perspectiva posterior a la nueva ruptura mundial de 1973, ya es posible ver ese largo medio siglo que va de las augurales revoluciones de 1911 hasta esa última fecha, como un panel continuado en

que el debate y los protagonistas se parecen bastante unos a otros y lidian con una circunstancia universal condicionadora que sólo varía para agravarse. De ahí el interés por examinar los efectos de las iniciales revoluciones sobre la *ciudad letrada*.

Cuando hacia 1924 Pedro Henríquez Ureña hace el balance de «La influencia de la revolución en la vida intelectual de México», registra dos grandes rasgos. No son sin embargo privativos de México, pues los reencontramos por doquier en América desde el Centenario, aunque en algunos puntos reconociéndole a México el papel guía que con tanto afán lo procuró José Vasconcelos desde su ingreso a la Secretaría de Educación en 1921. Son esos rasgos: educación popular y nacionalismo, los cuales fueron parte sustancial del mensaje de las nuevas generaciones desde lo que en Hispanoamérica se llamó el «novecentismo» y en Brasil se conoció bajo el después ridiculizado título de «ufanismo», alcanzando unción expositiva en los libros-manifiestos del argentino Ricardo Rojas: *Blasón de Plata* (1909) y *La restauración nacionalista* (1910).

Ninguna de ambas demandas pretendía cancelar las dos previas de la modernización contra las que simétricamente insurgían - enriquecimiento, universalismo- sino que aspiraban a complementarlas dotándolas de una mayor base social, a nombre de cuya silenciada voz hablaron con voz tonante los jóvenes intelectuales venidos de los sectores medios emergentes. Proponían un ensanchamiento que les diera cabida, aunque argumentando a nombre de una totalidad desposeída en una operación que había analizado un siglo antes Carlos Marx. Se trataba de una réplica democrática a la concepción elitista que habían manejado los «ilustrados» de la modernización.

Según su demanda, muchos más (si no todos) tenían inatacable derecho a la educación, la cual, por ser visualizada como un saber que deparaba poder dentro de la sociedad, aludía sin mentarla a la redistribución de la riqueza para la cual era vía eficiente, pues si la mayoría de estos jóvenes borró de sus discursos toda reclamación de dinero, diciéndose en cambio movidos por altos ideales desinteresados de justicia, nunca se acusó tanto la rapacidad de los gobernantes y su escandalosa corrupción. Paralelamente muchos más (si no todos) tenían derechos sobre esa vasta esfera representada por la nación, sin duda mayores que los extranjeros así fueran simples trabajadores, pues se la vio más como proveedora de beneficios materiales cuya llave estaba en los puestos oficiales, que como reclamadora de sacrificios y responsabilidades, lo que en cierto modo reproducía particularidades de la mentalidad criolla en los siglos coloniales, especialmente en las vísperas de la Emancipación.

La legitimidad de estas demandas no esconde el facilismo que tras ellas se

amparaba, cosa que dio pretexto a la censura de los dómines conservadores que veían retaceadas sus ventajas. La esfera nacionalista era mucho más accesible que la sabiduría universal procurada por los «ilustrados» de la modernización, pues la proveía simplemente el nacimiento y las tradiciones formativas, careciendo además de una orientación idológica precisa: tanto servía de dique al imperialismo devorador como a los inmigrantes pobres, e incluso justificaba una perezosa oposición a cualquier conocimiento moderno venido de fuera. La misma educación popular, con tanto esplendor idealizada, sufrió el previsible descenso derivado de su brusca ampliación, transformándose en divulgación, cuando no en espectáculo.

Los fastos de la modernización de fines del XIX, sumados a los renovados del vanguardismo de los años 20 (o modernismo, en el lado brasileño) que volvió a modernizar, aunque ahora nacionalizando como valor adquirido, han oscurecido la singularidad de esta generación intelectual intermedia, vigorosamente populista y nacionalista que acompañó las revoluciones de 1911.[6] Se ha agrisado al pasar de los años, aunque de sus filas salió el primer Premio Nobel de Literatura, la Gabriela Mistral que simbolizó el movimiento feminista que la generación impuso, los narradores regionalistas que conquistaron por primera vez público propio (José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos), los adultos críticos culturales y su primer caudillo intelectual (José Vasconcelos). Su experiencia fue sin embargo capital para una ingente modificación de la *ciudad letrada*, la cual habría de repercutir en los intelectuales, también provenientes de sectores medios, cuando las posteriores transformaciones que ya se ampararon de doctrinas de izquierda a partir de la revolución cubana.

La fórmula «educación popular + nacionalismo» puede traducirse sin más por «democracia latinoamericana». Dado que fue estentórea consigna de la Emancipación y resonó por todo el XIX, aunque bastante retóricamente; dado que fue consigna de los «ilustrados» realistas de la modernización y sus primeras manifestaciones artísticas pueden situarse en su período simbolista, lo importante de esta reiteración en el XX es lo que tuvo de real encarnación, de participación verdadera por la comunidad. Esta fue abonada, más que por los discursos de los intelectuales que capitanearon la ola, por la emergencia a la aceptación pública, ya sin vergüenza, y con respaldo oficial, de las culturas populares que si bien existían desde hacía mucho tiempo y eran el patrimonio de los más, no habían sido reconocidas como válidas ni, desde luego, apoyadas para facilitar su expansión. La repentina boga de corridos mexicanos o tangos argentinos, ilustra la idiosincracia de estas culturas y la coyuntura nacionalista que las favorece, mucho mejor que las tan citadas conferencias del Ateneo de la Juventud mexicana (1909) que inquieren sobre

las transformaciones recientes del pensamiento occidental, o los libros argentinos de Ricardo Rojas que revalorizan la reposada cultura pueblerina de la que procedían tantos jóvenes intelectuales a la conquista de la capital. La cultura popular viva del momento no era la agostada cultura rural con su folklorismo conservador que sí eran capaces de ver y admirar, como un bello cuadro de costumbres, los nuevos intelectuales, sino otra, vulgar, masiva y crecientemente urbana, que si apelaba a las tradiciones folklóricas como su natural venero productivo, las insertaba ya dentro del suceder histórico presente, pues se trataba de reinvenciones atestiguadoras de la vitalidad creativa popular en la circunstancia de su ingreso protagónico a la historia y, progresivamente, a la urbanización. Nada lo registra mejor que la invención del tango en el Río de la Plata que acompaña la evolución inmigratoria (interna y externa) de sus dos ciudades ribereñas, pasando del crisol formativo en el burdel suburbano al salón de la clase media en sólo veinte años. Más difícil de aceptarla en México donde todavía para un espíritu sutil como Alfonso Caso, había «un pueblo inculto sin esperanza»,[7] lo que impedía apreciar su rica productividad presente.

A diferencia de lo que ocurriera cien años atrás, durante la Emancipación, tanto el cambio proyectado como la recomposición de la *ciudad letrada*, son visualizados ahora a través del partido político, reemplazando el sistema de logias y cenáculos de la Independencia. La directa consecuencia de la politización que sufre la ciudad será una nueva concepción funcional del partido político, con ampliación de efectivos y una base democrática que no conocieron los partidos del XIX, la cual seguirá rigiendo todo el XX hasta que en las últimas décadas reaparezca el antiguo régimen de logias, ahora como núcleos militarizados (focos) que ya tendrán que abocarse a una teorización justificativa pues modifica costumbres ampliamente establecidas y aceptadas: es el conocido folleto de Régis Debray, *Revolución en la revolución* (1962) que transcribe la concepción revolucionaria cubana de entonces, la que ya no hace justicia a la realidad del movimiento revolucionario que en verdad abarcó amplios sectores de la población y que desde el librito de Franqui, *Los doce*, comenzó a ser mistificado.

Aún antes de revisar este nuevo partido político, en cuyo crisol el intelectual devendrá correligionario, debe encarecerse lo que no se modifica de la tradición política, ni siquiera en esta primera apertura democrática de América Latina: el partido será el instrumento para la toma del poder, porque no se visualiza ninguna otra vía para generar un cambio en la sociedad que no sea la ocupación de un poder central, salvo que ahora se argumentará que desde esa cúspide, que se ha hecho aún más abarcativa que en el XIX, se intentará la democratización, y ya no se servirá a las

facciones como en el período romántico sino a la mayoría de la población, contribuyendo a disminuir la omnímoda autoridad del gobierno. La generosidad idealista de este enfoque no disimula que no se visualizan otras vías democratizadoras (aunque, como veremos, en el sur del continente, se las tanteó) y que no se ha reflexionado sobre la capacidad del poder para reproducirse a sí mismo y aun consolidarse en instituciones más férreas y autoritarias, como de hecho ocurrió. Y hasta con extremada rapidez si nos atenemos a los testimonios de los propios intelectuales, para quienes cada nuevo poder fue más áspero y concentrado que el anterior, salvo que se perteneciera a su círculo, tal como registran las *Memorias* de Vasconcelos, cotejando el porfirismo con el carrancismo para absolver al primero, o el obregonismo con el callismo para condenar al segundo. Confirma quizás una escéptica observación de Alberto Zum Felde: «La diferencia entre las dictaduras 'ilustradas' y las 'bárbaras' consiste en la actitud de las minorías intelectuales a su respecto».[8]

Su «cesarismo democrático» resulta denominación inadecuada para un período que se autotitula nacionalista, quizás «autoritarismo democrático» sea más ajustado a la nueva configuración institucional, salvo la pretensión, que no dejó de tener visos reales, de imponer una cosmovisión democrática en sustitución de la aristocrática que había estilado el despotismo ilustrado, cuya mejor versión se conoció bajo el reinado de Pedro II en el Brasil. Es indisimulable la contradicción establecida, visto que el autoritarismo se adapta mejor a una concepción cultural jerárquica que a una democrática, donde los valores no pueden ser recibidos desde el equipo dirigente, sino fraguados libremente en el seno social y simplemente instrumentados por la dirigencia. Esta circunstancia proveyó de continuidad histórica a la tenaz tendencia aristocrática de los letrados, quienes aspiraron a cumplir, en su órbita propia, una conducción similar a la que practicaban los caudillos de nuevo cuño. Pero al mismo tiempo se registra un evidente cambio cultural al iniciarse el ciclo de las revoluciones populares, el que irá en ascenso en los sucesivos avatares de esta fuerza desencadenada que va introduciendo nuevos estratos en las estructuras del poder, tal como lo ilustra la evolución de las artes y las letras del siglo. Causa eficiente de ese cambio es el reclutamiento partidista de los miembros de la *ciudad letrada*, que comienza a apelar a sectores bajos o recientemente educados, con lo que permitió la incorporación de ideas, valores, sensibilidades, pertenecientes a las configuraciones culturales en que ellos se habían formado, los que promovieron desde sus posiciones de gobierno.

Rozamos así las singularidades del partidismo que se inaugura en el XX y que fue asunto capital de la reflexión y la praxis política en los alrededores del 900,

cuando aparece el partido democrático, con estructura orgánica, base popular participativa y coherencia solidaria para un programa de ideas. Aunque siguió cifrando la renovación social en la toma del poder (previendo tanto elecciones como revoluciones) la vía fue una politización democrática de las bases, en algunos países bocetada con la urgencia inmediatista que imponían los acontecimientos y en otros, donde estaba más consolidado el juego institucional, con la paciente perspectiva del futuro cierto. Uno, en efecto, es el partido que Francsico Madero echa a andar en 1909 con vistas a las elecciones de 1910 y que sólo existirá una vez consolidado precariamente el triunfo, ya en otras circunstancias y, sobre todo, respondiendo a la acción desde el poder que rige la larga elaboración del PRI, y otro el que desde 1896 va construyendo en el Uruguay José Batlle y Ordóñez con vistas a las elecciones de 1903 y, aún más, las de 1911, partido que será la clave de su ascenso al poder, tal como paralelamente ocurrió en la Argentina con la Unión Cívica Radical que corona años empecinados con el triunfo de Hipólito Yrigoyen en 1916.

Estos ejemplos correspondientes a esas dos primeras revoluciones augurales del XX, no son excepciones en el continente. La misma dicotomía señalada puede encontrarse entre el Partido Revolucionario Cubano que fragua en 1892 José Martí con vistas a la invasión de la isla en 1895, y el Partido Republicano del Brasil que, desde el manifiesto de 1870 abre una prédica doctrinal (Quintino Bocaiuva) que alcanza recién en 1888 la caída de la Monarquía. Entre ambos tipos puede evocarse la frustrada experiencia del partido Unión Nacional en Perú (1891) que si arroja luz sobre su fundador, Manuel González Prada, que a los pocos meses lo abandona rumbo a Francia, también sobre las fuerzas operantes, incapacitadas aún de la democratización que recién despuntaría en los años 20.

Mayoritariamente, tales partidos son hijos ya de un pensamiento crítico que comienza por registrar las insuficiencias de las organizaciones pre-existentes y la falsedad de partidos y políticos. La requisitoria virulenta se encuentra en González Prada, contra la misma política («política quiere decir traición, hipocresía, mala fe, podre con guante blanco»), contra los políticos («sindicato de ambiciones malsanas»), contra los partidos («clubes eleccionarios o sociedades mercantiles»), contra los dirigentes («agentes de las grandes sociedades financieras, paisanos astutos que hicieron de la política una faena lucrativa o soldados impulsivos que vieron en la Presidencia de la República el último grado de la carrera militar»).[9] Resistió sin embargo un estricto programa, prefiriendo fórmulas generales y fatalmente vagas («evolucionar en el sentido de la más amplia libertad del individuo, prefiriendo las reformas sociales a las transformaciones políticas») pero estatuyó categóricamente que sus miembros se

debían agrupar por las ideas y por una elevada moral. En la «Declaración de principios» (1891) dice que «conviene de una manera especial unir a los hombres por el vínculo de las ideas»[10] y en su conferencia «Los partidos y la Unión Nacional» (1898) defiende el principio de intransigencia: «Sólo de un modo nos atraeremos las simpatías y hallaremos eco en el alma de las muchedumbres: siendo intransigentes e irreconciliables. ¿Por qué fracasaron nuestros partidos? Por la falta de líneas divisorias, por la infiltración recíproca de los hombres de un bando en otro bando».[11]

El partido como baluarte idológico que nada cede de su programa ni pacta con otras fuerzas, fue rasgo definidor de las nuevas fuerzas políticas, al menos en su época ascendente. Alcanzó maduración en el yrigoyenismo y en el partido colorado de Batlle, otorgándoles una nota exclusivista que resultó insoportable para los partidos anteriores y aún más para las figuras independientes que lo atribuyeron al despotismo personal del caudillo. El caso del «batllismo» es demostrativo: aceptaba la presencia en el gobierno de una minoría opositora, como vigilancia y crítica, pero la política la fijaba el partido mayoritario de conformidad con su filosofía. Tal exclusivismo afectó también al equipo intelectual al restringir su libertad respecto al poder, sustituida por una integración en las filas partidarias. El intelectual comienza a volverse un correligionario. Quienes lo resintieron de inmediato fueron las grandes figuras de la modernización siempre reclamadas por los gobiernos de «orden y progreso». Las tirantes relaciones de José E. Rodó con Batlle lo evidencian. Al anunciarse la candidatura a la segunda presidencia, en 1910, se afilió a ella por la concordia de clases que para él representaba, pues abarcaba «por una parte a las clases conservadoras para quienes el prestigio del orden administrativo es siempre el que más subidamente realza la personalidad del hombre público, y por otra parte, a los elementos del trabajo que, por primera vez, durante el gobierno de Batlle, adquirieron en el país una conciencia colectiva».[12] Sólo un año después ya se ha distanciado para militar en un sector opuesto con el fin de combatir la «desastrosa política de círculo: la exclusión deliberada de las fuerzas intelectuales y morales más representativas del país en la obra del gobierno, el personalismo avasallador de la autoridad presidencial, ahogando todas las autonomías y suprimiendo de hecho todas las divisiones del poder».[13]

Más ilustrativo que este reverso negativo es el anverso positivo, primera versión de un funcionamiento que se volverá a ver en el verguismo, en el peronismo y aun en el castrismo. La ascensión de Batlle va acompañada de un grupo de intelectuales nuevos, muchos poco conocidos y pertenecientes a la bohemia, quienes desarrollan una activa militancia política. Algunos proceden del anarquis-

mo, como Leoncio Lasso de la Vega y Angel Falco, quienes dan una batalla dentro de las organizaciones y sindicatos anarquistas para obtener un apoyo que les será negado en nombre de la prescindencia política ácrata.[14] Otros vienen de la clase media recientemente educada (José Pedro Bellan, Enrique Casaravilla Lemos, Alberto Zum Felde) aunque quien mejor define este elenco con pocos antecedentes es el escritor que se vuelve político (Domingo Arena). Como era previsible, se produce una renovación generacional de la *ciudad letrada*, pero también la recurrencia a otros estratos sociales y, sobre todo, una integración mayor, vía el partido, con el programa y la disciplina, los cometidos y la política del gobierno.

No es, desde luego, el «intelectual orgánico» definido por Gramsci, que con dificultad comenzará a mencionarse en las filas de la izquierda en los 40. Para precisar mejor este nuevo miembro de la *ciudad letrada*, conviene revisar una segunda característica de la renovación de los partidos: la base democrática.

Fue evidente en la tenacidad de José Martí para constituir el Partido Revolucionario Cubano, a partir de las *Bases* y los *Estatutos secretos* aprobados en 1892 pero con larga germinación en su pensamiento ya que la razón de su rompimiento con el general Máximo Gómez en 1884, retirándose del plan insurreccional Gómez-Maceo respondió a su rechazo de la estructura autoritaria que estos militares habían otorgado a su proyecto, tal como dijo en su notable carta: «Un pueblo no se funda General, como se manda un campamento».[15] La base democrática fue su norte, como desde 1887 puede verse en su propuesta al brigadier Juan Fernández Ruz, pues al tiempo que reafirma un partido de ideas rechazando para eso toda conmixtión con los anexionistas, reclama que se acredite una solución revolucionaria «disipando temores y procediendo en virtud de un fin democrático conocido».[16]

Así se organizarán los clubes que florecen en New York, Cayo Hueso, Tampa, cuya estructura democrática es doblemente llamativa porque se trata de centros destinados a sostener una invasión armada de la isla. Sin embargo, están rodeados de garantías para la libre expresión de opiniones y sufragios, sólo restringida por las atribuciones del Delegado y el Tesorero que, no obstante, eran cargos electivos anualmente. Como además el Partido Revolucionario aprovechó la previa existencia de clubes en que libremente se habían estado reuniendo los emigrados cubanos, la organización democrática propuesta por Martí recogió esa historia democrática.[17]

En mejores condiciones, por más largo tiempo y con mayor participación de las bases populares, se desarrollaron los partidos que respondieron a Hipólito Yrigoyen en Argentina y a Batlle y Ordóñez en Uruguay, debiendo verse en eso el origen de sus triunfos políticos. No sólo lograron una integración sólida y mejor

enmarcada ideológicamente, sino también el ingreso de los sectores sociales emergentes, los grupos medios que comienzan entonces su gesta política. A ellos puede atribuirse el tercer rasgo definidor de los nuevos partidos: el sentimiento de solidaridad nacional que promueven.

Esta solidaridad la ha filiado Arturo Andrés Roig,[18] para el yrigoyenismo, en las lecturas krausistas de su caudillo y no deja de ser curioso que esa misma lección de Karl Krause a través del grupo intelectual español de Francisco Giner de los Ríos, la reencontremos en el pensamiento de José Martí y en el de Batlle y Ordóñez,[19] mostrando esa original adaptación que se hace siempre en América Latina de las corrientes europeas, así se trate de muy menores, con escasa incidencia en sus respectivas metrópolis, lo que ya en el 900 provocaba la indignación de Max Nordau, según las declaraciones que le recogió Enrique Gómez Carillo.[20] De conformidad con esta visión, los miembros de un partido se veían a sí mismos como mucho más que eso, como un movimiento de regeneración espiritual, depositario de la nacionalidad, lo que los asociaba estrechamente en una misión redentorista, reforzando así el vínculo cultural que los ligaba mutuamente.

> Ese radicalismo y esa esencialidad de su partido implicaban para Yrigoyen la plena identificación entre su movimiento y el bien de la patria, «porque no es posible concebir mayor identidad». Por ello se cayó en una especie de sacralización: la mística del partido se convirtió en una especie de «religión cívica». Yrigoyen fue para algunos el apóstol, los miembros del partido fueron correligionarios y la defección se llamó apostasía. No en vano el propio Yrigoyen identificaba la solidaridad krausista con la solidaridad cristiana. Era lógico, en consecuencia, que rechazado -en teoría- el sistema de facciones partidistas, para algunos yrigoyenistas los ciudadanos argentinos no podían dividirse más que en puros e impuros.[21]

Estos tres rasgos (baluarte ideológico, democracia organizativa, solidaridad nacional) definen a los nuevos partidos. Sin embargo no empañan para nada el carismo caudillista sino que lo acrecientan, ni reducen la ambición primera de conquista del poder para reforzarlo, ampliándolo a la órbita económica y educativa mediante las estatizaciones y la concentración de la enseñanza, ni restringen sino que aumentan el exclusivismo de la filosofía gubernativa. Una religiosidad laica impregna el proyecto, al que se estaría tentado de concederle una dimensión clasista si no fuera que varios historiadores han argumentado persuasivamente que ella aparece más como consecuencia que como antecedente.[22]

Es impensable, no obstante, que pueden constituirse organizaciones políticas masivas con tales rasgos sin una cosmovisión clasista, propia de los estratos que

intentan su ascenso social. Sobre todo cuando coetáneamente se produce una notoria modificación en el horizonte cultural, más fuerte en el Río de la Plata donde surge el periodismo costumbrista urbano (*Caras y caretas* y la producción de Fray Mocho) y el teatro criollo que ni siquiera necesita del vehículo alfabetizador y triunfa desde el escenario del Apolo (Juan José Podestá), aunque también en México a través de la proliferación de periódicos populares ilustrados (la prensa de a centavo) y las hojas sueltas que hicieron la fama de Antonio Vanegas Arroyo desde 1880, capaces de propiciar el desarrollo de una escuela de originales grabadores, de Manuel Manilla a José Guadalupe Posada.[23] Aunque el proceso es similar en el norte y en el sur, hay también visibles diferencias de sobra corroboradas por la ruptura violenta que se produjo en el primero y la evolución gradual ocurrida en el segundo, que sin embargo no lo resguardó de posteriores frenos a partir de 1930. Esas diferencias pueden atribuirse al tradicional elitismo intelectual mexicano que consolidó una divergencia entre formas cultas y populares y que ya obligó a James D. Cockcroft a multiplicar los niveles aun entre intelectuales revolucionarios[24] en tanto que en el Río de la Plata se comprueba una mayor plasticidad del grupo intelectual que hacia el 900 consigue reunir gracias al común marco letrado que le confiere especificidad, tanto a los miembros ilustrados de la *gente decente*, o sea la oligarquía dirigente del tipo Lucio V. Mansilla o Eduardo Wilde, como a los provincianos o la *gente de pueblo* que mediante el cultivo de las letras alcanzan una consideración pública. La operatividad autónoma del grupo intelectual, su capacidad para detectar el cambio y sus nuevos rumbos, la racionalidad burguesa de su análisis, reforzadas por la convivencia urbana y el permanente intercambio intelectual,[25] contribuyeron a una estimación criteriosa de las demandas que estaba presentando el movimiento sindical y las presiones de los «white collars». El grupo intelectual manifiesta una apertura moderna y nacional que lo capacita para diseñar a partir de los modelos europeos, la visión futura de su propia sociedad. A partir de ahí el sector avanzado se resuelve a animar los intereses de los sectores que aún no han completado la conciencia de sí mismos, lo que plenamente se obtendrá mediante las reformas que introduzca desde el poder. La acción advertida del grupo intelectual debe ser encarecida en este ejemplo, pues en un breve lapso lo vemos atravesar diversos estadios: del reducido círculo letrado que, amparado en el poder, diseñaba políticas de gobierno y políticas culturales a su imagen y semejanza, y por ende a imagen y semejanza del poder, pasamos a una etapa mixta y transicional en que a esos ilustrados se suman los miembros de una élite procedente de estratos medios que si bien transportan una cosmovisión también ilustrada ya está atravesada

por fuertes ráfagas democráticas, por momentos aristocráticamente reivindicativas de derechos populares (Lugones) que en vez de acatar las políticas del poder aspiran a que éste acepte e imponga una política social y cultural que recoja las nuevas fuerzas operantes. Llegaremos por último a la acción de los instrumentos colectivos democratizados (los partidos políticos nuevos) que instauran desde el poder la cultura más democrática, populista y nacionalista, la que al tiempo es exclusivista como tirano nuevo pero que cuenta con una base social afín.

El mismo proceso que genera los partidos nuevos, es el que produce la emergencia del público lector, desconocido hasta la fecha. Es en esa etapa transicional (cuando se ha ampliado la élite intelectual y ya vive la frecuentemente disgustante experiencia de la democracia pero aún no atisba la toma del poder y mucho menos sospecha las transformaciones que acarreará a la *ciudad letrada*) que los intelectuales encaran acciones sociales distintas de las tradicionales postulaciones a la corona del poder. La educación popular había sido una consigna sagrada desde la Emancipación y sería ahora una empeñosa práctica gubernativa. Pero ya no quedaría únicamente adscrita a la gestión estatal. En aquellas ciudades donde el progreso económico había distendido a la sociedad, acrecentado el número potencial de consumidores, proveyéndolos de recursos suficientes, se presenciaría una sostenida actividad intelectual para proveer a ese público de ideas y de objetos culturales, desarrollando mensajes educativos que no sólo no pasaban por los órganos del poder sino que se enfrentaban a ellos. Aunque son muchos y de variadas maneras, los que contribuyen a este fin, es en las filas del pensamiento crítico opositor donde se reclutan los primeros contingentes, auspiciando experiencias que resultaron asombrosas por lo desconocidas y que diseñaron el primer camino independiente del poder que transitaron los intelectuales, en el cual persistieron algunos hasta nuestros días.

Antes de revisar esas variadas maneras, así sea sumariamente, debe evocarse que a pesar del ensanche producido, seguía siendo bien escaso el número de letrados a comienzos de siglo, los que vivían en condiciones que favorecían las comunicaciones mutuas, sobre todo en el Plata. En la medida en que los políticos patricios ejercían otras actividades letradas (poetas, historiadores, juristas) hubo más vínculos entre el sector político y el humanístico de los hoy imaginables, y en la medida en que periodistas y escritores participaron de movimientos sindicales, hubo vínculos más reales entre ellos y los cuadros obreros de los que fueron consigna de las izquierdas desde los 30. A estas comunicaciones contribuyó el cambio en la planta física de las ciudades, donde se redistribuyeron los espacios de trabajo y los de residencia. En tanto la «gente decente» comienza su traslado hacia las urbani-

zaciones o colonias alejadas del viejo casco urbano, y en tanto la inmigración amplía los suburbios, se conserva en un nivel de mayor especificidad el reducido espacio céntrico donde funcionaba la *city*. «Siguió siendo el centro administrativo y comercial en casi todas las ciudades -anota Romero- pero sólo en algunas -Rio de Janeiro y Buenos Aires especialmente- se modernizó en arquitectura y mantuvo su prestigio».[26] El centro (la plaza) reunía la administración, estatal y privada, las finanzas, el comercio y las diversiones, de modo que en un reducido perímetro se entrecruzaban las actividades sociales. «Ir al centro», de compras, por trabajo o por esparcimiento, siguió siendo obligación de quienes ya vivían en barrios residenciales, los cuales carecían de centros sociales propios.

Cuando sobre un plano se intenta ubicar las casas en que vivían los escritores (habitualmente piezas de pensión para provincianos que seguían estudios en la capital o ya allí trabajaban); las redacciones de los diarios a que llevaban sus colaboraciones o donde ya ejercían como periodistas de planta; las oficinas gubernamentales que proporcionaban empleos (Correos y Telégrafos, Bibliotecas, Archivos, donde se los situaba por asociación superficial con la pluma); las Universidades donde estudiaban carreras liberales, pronto abandonadas; los Ateneos o salas de conferencias y conciertos donde disertaban; los cafés en que pasaban la mayor parte del día, escribiendo o participando del cenáculo, o buscando ayudas económicas; los teatros a que concurrían, ya para hacer las crónicas, ya por las actrices, ya para ofrecer un manuscrito; las oficinas de los abogados donde eran escribientes o platicaban de arte con ex-colegas asentados; las sedes de los partidos políticos a cuyas asambleas acudían y donde ejercían la más preciada virtud de la época, la oratoria, que era la que consagraba a un intelectual; los prostíbulos a los que puntualmente concurrían hasta el día del matrimonio; las iglesias en que algunos se arrepentían; las mueblerías en que se exponían obras de arte o a las librerías que recibían las novedades de Barcelona y París, cuando se revisan esos estratégicos puntos sobre el plano, lo que se encuentra es el viejo casco, ese cuadrilátero de diez manzanas por lado donde transcurría la vida activa de la ciudad y era el salón público de la sociabilidad, ese espacio en que, según la mecánica de las novelas de la época, los personajes siempre se encontraban, ¡casualmente!

Ese cogollito intelectual (¿llegarían a cien los escritores de Buenos Aires o Rio de Janeiro, ciudades que al cruzar el 900 alcanzaron el millón de habitantes?) es el que recibe al público que venía pidiendo desesperadamente, aunque reclamándoselo al estado dentro de las mejores tradiciones familiares y sin la menor previsión de lo que habría de ser un público espontáneo, no regido por el gusto de los ilustrados. La

consternación fue general y acrecentó el capítulo de cargos contra la muchedumbre, ya abonado por la crítica inglesa y francesa. El público apareció primero en los teatros donde no se necesitaba leer ni menos escribir, los que fueron invadidos por la comedia liviana que en el Rio de Janeiro de Artur Azevedo (1855-1908) se llamó de «bambochata» o por el drama criollo de sangre y facón que impuso en Buenos Aires la compañía circense de los Podestá. Es preferible ceder la palabra a los testigos de época. En sus *Recuerdos literarios*, Martín García Merou evoca los trabajosos esfuerzos de la *Academia Argentina* de los años 70 para fundar un teatro nacional, produciendo obras de las que empecinadamente desertaba el público al día siguiente del estreno que congregaba a familiares y amigos, para concluir melancólicamente:

> ¿Necesito decir que todos estos bellos sueños, como los de la lechera de la fábula, se convirtieron en humo? ¡Ah! demasiado lo sabemos. Ha pasado una década y el problema insoluble del teatro nacional ha sido resuelto por un payaso con instinto y temperamento de actor, que ha transformado la insulsa pantomima de su circo en una serie de cuadros dramáticos que retratan la vida de un bandido legendario. Como un supremo sarcasmo a la inteligencia y el arte, *Juan Moreira* ha logrado lo que no pudo conseguir Coronado con *La rosa blanca*, o *Luz de luna* y *Luz de incendio*.[27]

Como reverso divertido, oigamos a Artur Azevedo. Cuando los críticos cultos del Brasil lo sacrificaron a causa de su vulgar popularismo, escribió una amena autobiografía desde su llegada a Rio de Janeiro procedente de Sao Luís do Maranhao, a los 18 años, contando sus fracasos en el teatro serio, por falta de público y de apoyo intelectual, concluyendo así:

> Em resumo: tôdas as vêzes que tentei fazer teatro sério, em paga só recebí censuras, apodos, injustiças e tudo isto a sêco; ao passo que, enveredado pela bambochata, não me faltaram nunca elogios, festas, aplausos, proventos. Relevem-me citar esta última fórmula de glória, mas -que diabo!- ela é essencial para um pai de familia que vive da sua pena.[28]

Desde 1890 en adelante el teatro se orienta, en la mayoría de las capitales por esta línea popular y vulgar, antes de que hacia 1920 sea devorado por el cinematógrafo que continuó (y extranjerizó) estas formas expresivas que estaban lejos de la incapacidad para la invención artística original que les dictaminaron los cultos: los conservadores (el citado García Merou) como los progresistas (Florencio Sánchez). Su ascenso es exactamente paralelo de, y frecuentemente combinado con, la mezzomúsica. Partiendo de materiales populares, muchos de origen rural a los que se estiliza y culturiza, por decirlo así, un nutrido grupo de compositores dotan a los

salones mundanos de músicas bailables para las que improvisados poetas escriben poesías, algunas memorables, acordes al imaginario de la pequeña burguesía ascendente. Impetuosamente como ella ascienden los jarabes, corridos, joropos, danzones, habaneras, boleros, guarachas, sambas, batucadas, guaguancós, plenas, golpes, merengues, cumbias, tangos, choros, etc. etc. Tanto que los compositores cultos, en una de las operaciones más habituales de la «intelligentsia» latinoamericana, al enterarse de lo que está haciendo el nacionalismo musical en Europa, se ponen a oír lo que desde la infancia sonaba alrededor de ellos. Bien dice Gerard Béhague de la progresiva impregnación de la música culta por las fuentes populares: «A definable national music style appeared only in the last decades of the century, under the influence of similar trends in Europe and the emergence of musical genres with flok and popular characteristics wich could constitute an obvious source of national identity».[29]

Esa fue la producción para los oídos del inicial público masivo. Para los ojos surgió, a imitación del modelo europeo que difundían diariamente los periódicos para capturar la distraída atención de los lectores, el folletín nacional. El diario de los Gutiérrez, *La Patria Argentina*, se sostuvo en los años ochenta en buena parte gracias a los tremolantes folletines criollos de Eduardo Gutiérrez, cuyo *Juan Moreira* (1879-1880) fijó un tipo en el imaginario argentino y cuya serie de «gauchos malos» mereció suculentas ediciones de la casa Maucci española, cosa que no alcanzaron sus muchos imitadores en la misma publicación. También desde España las editoriales difundieron las obras completas del más exitoso novelista de la época, el colombiano José María Vargas Vila (1860-1933), repudiado por sus colegas cultos a causa de su «literatura de sirvientas» (y de patronas), tempranamente triunfante con *Flor de fango* (1895) que nunca fue destronada por el sensualismo poético dannunziano que su autor practicó desde *Ibis* (1899) en no menos de cuarenta títulos que hicieron de él uno de los primeros profesionales de la pluma. Las suyas eran las novelas atrevidas y pecaminosas que las madres debían esconder de sus hijas, en cuyas manos ponían las educativas del argentino Gustavo Martínez Zubiría (Hugo Wast, 1883-1962) que respiraban un pensamiento conservador desde *Flor de durazno* (1911) hasta *Lo que Dios ha unido* (1945), con lo que sin embargo Wast ya recibía en 1921, por derechos de autor, veinte mil pesos anuales.

Para el público culto o semi culto comenzaron a funcionar las editoriales que serían en el XX el principal reducto de los intelectuales independientes al margen del estado, en comunicación directa con el público. La instalación de Maucci en México, de la Librería de H. Garnier en Rio de Janeiro y la aparición de la Biblioteca de *La Nación* en Buenos Aires (la cual mucho debió a los desvelos de un periodista de la

casa, Roberto Payró) trazó el primer circuito de comunicación autónomo en el cual florecería, más tarde, el pensamiento crítico. Tal circuito tenía serias limitaciones: las tiradas se medían, a la francesa, por cada mil ejemplares, aunque en las plazas menores no superaban los quinientos. (En un catálogo de H. Garnier hacia 1910 encuentro que Joao do Rio ha alcanzado siete ediciones de su serie de reportajes *As religioes do Rio* inicialmente publicada en 1904, obra de gran público por uno de los más conocidos periodistas de la época y miembro de su «café society».[30]). La muchedumbre de revistas, semanarios y colecciones populares de literatura (la novela levanta su vuelo) tendrán vidas intensas y por lo general efímeras, y en los 20 se presencia un «boom» que púdicamente se ahorró esta denominación de mercadeo. Pareció posible que los intelectuales actuaran directamente sobre el público (y éste reactuara sobre ellos, imponiéndoles incluso una escritura y especiales formas) sin que esa comunicación fuera orientada y condicionada desde el poder, sean quienes fueran los que lo ocupaban. Las transformaciones que se produjeron en los intelectuales fueron muchas, de las que registro sólo tres básicas.

Incorporación de doctrinas sociales. Ningún movimiento posterior fue tan fértil y novedoso como introducción del pensamiento anarquista, ya preparado por el utopismo cuya muy temprana iniciación puede datarse en la *Cartilla socialista* del recién desembarcado en México, Plotino Rhodakanaty (1861) y que si durante décadas fue tan mimético de las corrientes europeas como lo había sido el liberalismo, pasado el 900 ya se había nacionalizado y ya veía disputado su espacio por el socialismo y luego el comunismo. Aunque se oponía al partido político (lo que acrecentó su contribución a un pensamiento segregado del poder) coincidía con los nuevos partidos mencionados en la necesidad de una educación popular (proletaria ante todo, que era la más desamparada) que abarcara todos los aspectos de la vida y no sólo los políticos, en una cosmovisión nueva: las relaciones de trabajo, la vida familiar, los derechos de la mujer de los que sería primer proponente, la solidaridad de los trabajadores, la lucha contra el alcoholismo y también contra los curas, la alfabetización de niños y adultos, etc. De este proselitismo surgirían los Centros de Estudios Sociales y las primeras Universidades populares siguiendo el modelo de la famosa Escuela Moderna del español Francisco Ferrer, quien fue visto en el orbe iberoamericano como el maestro de la educación libre. Aunque este pensamiento perteneció originariamente a los cuadros sindicales preponderantemente extranjeros, su rápida nacionalización puede seguirse en los documentos reunidos para el Brasil por Edgard Carone:[31] un aviso del Centro Socialista en 1896 aconseja la lectura de libros de su biblioteca que casi en su totalidad están en francés; otro de 1919 del Partido

Comunista do Brasil ya ofrece traducciones de Kropotkine, Grave, Marx, Darwin y Máximo Gorki. Aun más veloz fue la nacionalización de México, debido a que la insurrección popular proporcionó cabida a grupos anarquistas luchando contra el poder (no sólo porfirista o huertista sino también carrancista) aunque su proyecto difiriera bastante del de otras facciones, si nos atenemos a las páginas de *Regeneración*, la publicación de los Flores Magón, y a las disidencias cuando la fundación de la Casa del Obrero Mundial. En los libros de Hart, García Cantú y Cockcroft,[32] se puede medir la aceptación que las corrientes anarquistas y socialistas encontraron entre los intelectuales de estratos bajos de la sociedad, jóvenes con escasos recursos que alternaron estudios con trabajo manual e insatisfechos abandonaron frecuentemente las Universidades.

Autodidactismo. Ya sea por razones económicas o intelectuales, la Universidad deja entonces de ser la forzosa vía del letrado como lo fuera omnímodamente en el XIX y aun en la modernización. Con inédita dignidad aparece la categoría autodidacta.

Hasta el positivismo, incluido, la Universidad fue el centro formativo del pensamiento y las letras y las disciplinas universitarias, por modernizadas que fueran, propiciaban el orden jerárquico de la *ciudad letrada*, preparaban para las funciones del poder centralizado. Desde el anarquismo finisecular, la preparación intelectual ya no dependerá exclusivamente de ella, por la aparición de un grupo social más bajo que no puede o no quiere educarse universitariamente, prefiriendo hacerlo directamente en el comercio de libros y revistas que circulan más libremente por el mercado y todavía más en las conversaciones que sus miembros mantienen entre sí. La confusa y tumultuosa democratización va generando un distinto tipo intelectual que al no ser rozado por el preciado instrumento de la educación letrada sistemática, ha de proporcionar una visión más libre, aunque también más caótica, indisciplinada y asistemática. Será entre los escritores donde se difundirá mejor este intelectual autodidacto, pues en los mismos años de su enérgica aparición, coincidiendo con la instauración del mercado abierto de la escritura, gobiernos e instituciones impondrán regímenes estrictos para la habilitación del ejercicio de profesiones y aun los maestros y profesores de enseñanza media, deberán disponer de títulos habilitantes, luego de años de estudios regulados.

Estos intelectuales autodidactos configuran el grupo rebelde más avanzado en las clasificaciones clasistas que traza Cockcroft de los prerrevolucionarios y pueden oponerse a los congregados en el Ateneo de la Juventud, cuya fuerte tendencia universitaria define la persistencia de comportamientos de élite. Que los autodidactos no fueron fenómeno mexicano ni resultaron propiciados por la

conmoción revolucionaria, queda demostrado por su presencia, aún más robusta, en otros puntos. En el Montevideo donde se operaba la simultánea revolución (legal) lo registró quien fue parte del movimiento y del grupo que acompañó a la reelección de Batlle y Ordóñez en 1911:

> El tipo del intelectual de café, aparecido hacia el 1900, era un fenómeno enteramente nuevo en el ambiente uruguayo. Hasta entonces sólo había existido el tipo del intelectual universitario. Todos los escritores, conferencistas y publicistas del país, habían salido de las aulas, después de cursar sus estudios disciplinados, y poseían títulos académicos. El *doctor* (abogado) era el tipo por excelencia del intelectual uruguayo, así en la política como en las letras. La generación del Ateneo era una generación de *doctores*. Pero al entrar el nuevo siglo el *doctor* queda sólo como tipo del intelectual político; los escritores más notables, en adelante, son autodidactas, con pocos o ningunos cursos universitarios.[33]

Profesionalismo. Tal autodidacto no fue para nada irrealista, bohemio o soñador, sino muy atento a las demandas del medio que escrudiñó en profesional. Presenciaremos la «edad de piedra» del profesionalismo en la última década del XIX y su «edad de hierro» tras el 900, tal como las definió sagazmente Horacio Quiroga, atendiendo a la eclosión de los semanarios de actualidades que abastecieron al público masivo. En ellos y en los diarios, los escritores tomaron contacto con el mercado literario, con «sus fluctuaciones, sus amarguras y sus goces inesperados» en palabras de Quiroga,[34] extrayendo especial orgullo de la relativa independencia que les aseguraban. No ganaban lo suficiente para vivir exclusivamente de la pluma, ni dejaban de tener patrones, ahora en las empresas periodísticas, pero la precaria libertad de los poderes públicos, compensaba para ellos su áspera incorporación al mercado como productores independientes en lo que fue una tardía aceptación del sistema económico vigente. Manuel Gálvez (1882-1962) que se dio a conocer con su revista *Ideas* en 1903 y llegó a vender en Buenos Aires cuarenta mil ejemplares de sus novelas, hizo de esta condición el rasgo definitorio de su generación:

> Con mi generación aparece en la Argentina el tipo del escritor profesional. No quiero decir del escritor que vive sólo de las letras, porque este fenómeno es desconocido aquí, salvo entre los autores de teatro, sino del hombre que se dedica principalmente al trabajo literario, que publica libros con regularidad y que, aunque no intente vivir con sus ganancias de escritor, o de periodista, trata, por lo menos, de ayudarse con ellas.[35]

El profesionalismo que había sido idealizado a todo lo largo del XIX, mostró, al realizarse, el mismo rostro turbio que ofreció el público al aparecer en el

horizonte de los escritores. Sus demandas trituraron a muchas vocaciones literarias, pero las combatientes fuertes hicieron de estas rudas condiciones el apoyo externo que necesitaban para alcanzar la maduración de su arte, tal como habría de encarecerlo Paul Valéry. De Horacio Quiroga (1878-1937) conservamos un largo epistolario con Luis Pardo,[36] quien fue jefe de redacción de la revista *Caras y Caretas* y de la revista *Fray Mocho*: es una auténtica correspondencia comercial en que se ajustan las condiciones de los productos literarios y sus precios. En uno de sus artículos sobre literatura, Horacio Quiroga historió las exigencias editoriales de su amigo, explicando que «exigió el cuento breve hasta un grado inaudito de severidad. El cuento no debía pasar entonces de una página, incluyendo la ilustración correspondiente. Todo lo que quedaba al cuentista para caracterizar a sus personajes, colocarlos en el ambiente, arrancar al lector de su desgano habitual, interesarlo, impresionarlo y sacudirlo, era una sola y estrecha página. Mejor aún: 1.256 palabras».[37]

Pero no sólo la medida de las composiciones quedaría fijada por la demanda a que debían responder los recién inaugurados profesionales, sino otros muchos aspectos de la obra literaria: su léxico, los ritmos poéticos, los recursos artísticos, que con diestra simplificación habrían de servir al mensaje nacionalista, al inmediatismo histórico, al preciso reconocimiento del entorno natural y social y a la buena cuota de didactismo moral que caracterizaron las producciones del período, situado entre ambas modernizaciones. La nueva ley del sistema literario decía que había que comunicarse sin dificultad con el lector que procedía de los sectores medios recién educados, sin temer a los efectismos dramáticos ni a los emocionalismos enternecedores, manejando el contorno histórico nacional en una típica operación de re-conocimiento. De la poesía de Baldomero Sanín Cano en Argentina, de la de Carlos Sabat Ercasty en Uruguay y de la de su inmediato y genial discípulo de la fecha en Chile, Pablo Neruda, puede decirse lo mismo que de la de López Velarde ha dicho un crítico mexicano: «el mexicano común y corriente se descubre y contempla en la poesía de López Velarde».[38]

Pero la experiencia que hicieron los escritores durante la revolución mexicana fue muy distinta de la de los colegas del sur que hemos visto y mucho más parecida a la que se acostumbraría en el resto del siglo. El punto de partida ya era diferente, pues la esquiva democratización vivida en el país durante la modernización, había permitido conservar pujantemente algunos rasgos tradicionales, como eran la tendencia elitista, cultista y alejada de las formas populares y la concomitante tendencia áulica que los llevaba a integrar la *ciudad letrada* para operar desde ella su acción rectora. Ni en los países del cono sur, ni en el Brasil, se puede

encontrar una aspiración intelectual como la que movió en 1909 a la fundación del *Ateneo de la Juventud*, aunque debe reconocérsele su preocupación por la educación popular propia de la época, la que sin embargo fue bastante menor que la que demostraron por el desarrollo de una educación superior, posuniversitaria. Remedos de esa misma aspiración sólo se encuentran en el Perú y en Colombia, que no casualmente eran los otros centros del poder virreinal durante la Colonia, organizados a base de una masa trabajadora indígena, donde había encontrado sus formas plenas la concepción de la *ciudad letrada*.

Pero además también fue diferente la circunstancia histórica, pues lo que estos intelectuales encontraron no fueron los caudillos civilistas que encabezaban a los sectores medios, sino los caudillos militares salidos del estrato de la cultura popular, frecuentemente de sus áreas rurales recién tocadas por la modernización procedente de los Estados Unidos (Sonora)[39] que los dotó de una desconocida y beligerante fuerza. Nada más fascinante que la aventura de estos intelectuales que por las más variadas razones (del idealismo cándido al oportunismo franco) fueron a situarse al lado de los múltiples caudillos de la revolución, sirviéndolos con sus armas letradas en estado de permanente pánico, o procurando llevar a cabo la educación del príncipe, con vistas al futuro gobierno civilista, pero siempre encargándose de la propaganda denigratoria de los adversarios que, como bien sabían, era un combate con los letrados situados al lado de los caudillos enemigos, a quienes salpicaron de lodo con mayor fruición de lo que hicieron con sus jefes.[40]

Fue una experiencia reminiscente de la que se produjo durante la Emancipación, aunque es mucho menor la información que poseemos sobre la participación de ese personaje secreto de las guerras de Independencia que un historiador ha descrito como «el secretario, o como le llaman los gauchos, el *escribano*, el tramoyista de la comedia cuyo brazo no se percibe por los espectadores, demasiado absorbidos por la acción principal».[41] Es cierto que la Emancipación conoció una más alta cuota de caudillos educados, aún sin que alcanzaran las excepcionales dotes intelectuales de un Simón Bolívar, pero no impidió muchos casos de ligas entre caudillos analfabetos y letrados urbanos, cuya denuncia, como vimos, inició Simón Rodríguez y remató José Pedro Varela. Revivió la ambigua relación, desconfiada y mutuamente admirativa, entre la capacidad técnica del letrado (su dominio del instrumento ideológico y aun antes del meramente lingüístico y escriturario) y la capacidad de mando, a veces descarnadamente personalista y brutal, del improvisado jefe militar. En la revolución mexicana el desbalance alcanzó su máximo punto, por el origen y formación de muchos de los letrados y

muchos de los caudillos, sobre todo habida cuenta de la desaparición momentánea de las instituciones que los agrupaban que dejó el campo libre a la aristía individual. No había Ejército, ni Iglesia, ni Academia, sino individuos decididos, capaces de restaurar las Instituciones por su acción personal. Fue el encuentro de dos mundos «inconciliables» tal como los vio uno de sus protagonistas, el escritor Martín Luis Guzmán, al contar su primer encuentro con Villa:

> A cada pregunta o respuesta de una u otra parte, se percibía que allí estaban tocándose dos mundos distintos y aun inconciliables en todo, salvo en el accidente casual de sumar sus esfuerzos para la lucha. Nosotros, pobres ilusos -porque sólo ilusos éramos entonces- habíamos llegado hasta ese sitio cargados con la endeble experiencia de nuestros libros y nuestros primeros arranques. Y ¿a qué llegábamos? A que nos cogiera de lleno y por sorpresa la tragedia del bien y del mal, que no sabe de transacciones: que puros, sin mezclarse uno y otro, deben vencer o resignarse a ser vencidos. Veníamos huyendo de Victoriano Huerta, el traidor, el asesino, e íbamos, por la misma dinámica de la vida y por cuanto en ella hay de más generoso, a caer en Pancho Villa, cuya alma, más que de hombre, era de jaguar, de jaguar en esos momentos domesticado para nuestra obra o para lo que creíamos ser nuestra obra; jaguar a quien, acariciadores, pasábamos la mano sobre el lomo, temblando de que nos tirara un zarpazo.[42]

No hubo caudillo revolucionario que no fuera acompañado de consejeros intelectuales, miembros de confusas estructuras administrativas, reorganizadores de los equipos burocráticos indispensables (frecuentemente echando mano a los equipos anteriores), integrantes obligados de delegaciones al exterior, y aun fue posible verlos pasar de un círculo áulico a otro, a veces cambiando la entorchada fanfarria que se estilaba en una ciudad provinciana, por la desarrapada corte que se improvisaba en un campamento militar. Fueron ellos, como únicos ejercitantes de la escritura, quienes nos han legado nutridos y ácidos testimonios sobre la tormenta revolucionaria, aunque cuando se consultan los *corpus* más conspicuos (Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, Mariano Azuela) es bien aleccionante la perspectiva individualista y personalista con que interpretan los procesos sociales en curso, tan distante de la rejilla sociológica que pusieron en práctica los estudiosos del presente para ver todo el movimiento.[43]

Es también aleccionante que los iniciales testimonios letrados sobre la revolución, concedan tan considerable principalía a la presencia de los intelectuales en los campos de lucha, ya se trate de los consejeros privados o los secretarios que manejan la pluma, ya de los burócratas supervivientes de todas las administraciones posibles que acechan el momento en que se les reclame los inevitables servicios:

«La revolución es medio cierto de hacer fortuna, el gobierno es el único capaz de conservarla y darle el incremento que amerita; pero así como para lo primero es indispensable el rifle, el oficinista lo es para lo segundo».[44] Mariano Azuela se especializó en la requisitoria contra los intelectuales, parte sobresaliente de la clase media a la que perteneció y aborreció, de tal modo que en *Los de abajo*, puso a su protagonista revolucionario, Demetrio, dentro de un triángulo intelectual cuyos ángulos ocuparon Luis Cervantes, Alberto Solís y el «loco» Valderrama, para ofrecer así la representación simbólica de una plural participación de intelectuales en la revolución. Conocemos ahora mejor[45] la progresiva elaboración de *Los de abajo*, desde la inicial publicación en folletín (El Paso, 1915) y sabemos por lo tanto la importancia que a este tema concedió Azuela, para acentuar hasta la caricatura el retrato del intelectual oportunista («The rewritten text is certainly to the detriment of Luis Cervantes») en oposición al idealista y decepcionado Alberto Solís («Mariano Azuela's own outlook on the revolution during the last days of Villa's fighting forces») y para incorporar una versión de su amigo José Becerra, del grupo maderista de Lagos de Moreno, bajo el nombre de Valderrama, en el retrato de un intelectual auténticamente partícipe del impulso revolucionario pero que sólo puede vivir sus vicisitudes a través de una enajenación mental que hace de él un ser puro y grotesco, un «loco», dentro de esa larga tradición literaria que hace del «loco» el único capaz de conocer la verdad y por esa condición el único que puede resistir indemne la aberración de la realidad.

El testimonio de Azuela es más crítico del intelectual que del jefe revolucionario, introduciendo un paradigma que tendrá larga descendencia, el que además se abastece de un lugar común del imaginario popular: es la admiración indisimulable por la capacidad del intelectual para manejar el instrumento lingüístico («¡qué bien habla el curro!»), por su poder casi mágico para ejercer la escritura y mediante ella componer el discurso ideológico justificativo, desde el panegírico del caudillo hasta el trazado de los planes, y contrastadamente la desconfianza respecto a su solidaridad y persistencia, la conciencia de una inestabilidad que puede llegar a la traición («Por los curros se ha perdido el fruto de las revoluciones»). Esquema dilemático que otros, posteriormente, explicarán con igual criticismo del intelectual por las diferencias de clase, pero que habida cuenta de que ésta es ya una posición intelectual (que confiere la certidumbre histórica a un estrato social) y que bajo otras formas (competencias de instituciones) podemos reencontrar el mismo esquema en distintas épocas y situaciones, podemos inscribirlo en la tradicionalmente difícil conjugación de las dos espadas, de los dos poderes del mundo.

Notas al Capítulo VI: La ciudad revolucionada

1. *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano*, México, Siglo XXI, 1972, p. 6.
2. Claudio Véliz, ob. cit., p. 281.
3. *La experiencia argentina y otros ensayos*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1980, p. 27.
4. «Capitalism: the second crisis» en: *Third World Quarterly*, July 1981, vol. 3, No. 3.
5. *La utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, pp. 367-373.
6. Pedro Henríquez Ureña apuntó la existencia de esta que llamó «generación intermedia» (a la cual sin embargo él perteneció) en una nota de su libro *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, p. 265, limitándose a una extensa lista de nombres.
7. Frase que recoge José Vasconcelos en el *Ulises criollo* (*Memorias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, t. I, p. 333). En esa obra pueden seguirse las complacidas imágenes folklóricas en contraste con la escasa apreciación de las invenciones vulgares («La cucaracha») de éxito arrollador
8. *Indice crítico de la literatura hispanoamericana. El ensayo y la crítica*, México, Editorial Guarania, 1954, p. 214.
9. Frases de diversos ensayos de *Páginas libres* y *horas de lucha*. En la edición de la Biblioteca Ayacucho, Caracas 1976, respectivamente pp. 214, 107, 201, 202.
10. Cit. en Bruno Podestá, *Pensamiento político de González Prada*, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1975, p. 31.
11. M. González Prada, ob. cit., p. 210.
12. Carta a Ricardo J. Areco, 10 de junio de 1910, en: *Obras completas*, ed. cit., p. 1065.
13. Carta a Luis A. Thevent, 1916, ob. cit., p. 1086.
14. Milton I. Vanger, *The Model Country. José Batlle y Ordóñez of Uruguay. 1907-1915*, Hanover, The University Press of New England, 1980, p. 69. El rechazo de los anarquistas a la vida política impregna ya la visión de Manuel González Prada y explica algunos de los problemas que encontró Martí para la organización del Partido Revolucionario Cubano, tal como lo testimonian pasajes de sus artículos en *Patria*.
15. *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional, 1963, t. I, p. 178.
16. Ob. cit., p. 124.
17. V. artículos de Ibrahíam Hidalgo Paz, Diana Abad y Juan Carlos Mirabal, en: *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, 4, 1981, y, de Salvador Morales, «El Partido Revolucionario Cubano» en: *Anuario Martiano* 6, 1976.
18. *Los krausistas argentinos*, Puebla, José M. Cajica, 1969.
19. Arturo Ardao, *Batlle y Ordóñez y el positivismo filosófico*, Montevideo, Número, 1951.
20. Enrique Gómez Carrillo, *Almas y cerebros*, París, Garnier, 1898, pp. 248-9. Decía entonces Nordau: «La filosofía de moda en Madrid, el krausismo, es uno de los síntomas de la decadencia. Krause es un pobre hombre; en Alemania estoy seguro que ni aun los profesores de metafísica lo conocen; yo le considero como un discípulo de quinta clase de Kant... y sin embargo, los españoles lo comentan, lo estudian y lo admiran. Verdaderamente es curioso, muy curioso, eso de que ustedes tengan una filosofía krausista».
21. Abelardo Villegas, ob. cit., p. 192.
22. Los libros de Gino Germani (*Estructura social de la Argentina*, 1955, y, sobre todo, *Política y sociedad en una época de transición: De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, 1962) fijaron una pauta interpretativa, similar a la desarrollada por John J. Johnson, ob. cit., y Germán W. Rama (*El ascenso de las clases medias*, 1969). Críticas a la acción de las clases medias como operando ya en el 900, se encuentran en James R. Scobie, *Buenos Aires. Plaza to Suburb, 1870-1910*. New York, Oxford University Press, 1974, y en Milton I. Vanger, ob. cit., quienes se refieren respectivamente al caso argentino y al uruguayo.
23. V. Joyce Waddell Bailey, «The Penny Press» en Ron Tyler (ed.) *Posada's Mexico*, Washington, Library of Congress, 1979, pp. 85- 121.
24. En *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1971.
25. «Mantenían contacto con el pueblo, lo reducido del medio lo permitía y eso era una gran ventaja» dice Octavio R. Amadeo, *Vidas argentinas*, Buenos Aires, Bernabé y Cía., 1940, p. 144.
26. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, 1976, p. 278.

27. *Recuerdos literarios*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1916, p. 266.
28. J. Galante de Sousa, *O Teatro no Brasil*, Rio de Janeiro, Ed. de Ouro, 1968, p. 277.
29. Gerard Béhague, *Music in Latin America: an Introduction*, Englewood Cliffs, USA, Prentice-Hall, 1979, pp. 96-7.
30. Según documento citado por R. Magalhães Júnior, en: *A vida vertiginosa de João do Rio*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1978, p. 81, Lansac le pagaba por adelantado el derecho de autor de cada edición-tirada, lo que para la reedición de 1907 correspondió a 359.000 reis, equivalente al 10 por ciento del precio de tapa.
31. *Movimiento operário no Brasil (1877-1944)*, São Paulo, Difel, 1979, pp. 42-47.
32. John M. Hart, *Los anarquistas mexicanos, 1860-1900*, México, SepSetentas, 1974 y *Anarquismo y clase obrera en México*, México, Siglo XXI; Gastón García Cantú, *El socialismo en México*, 1969; James Cockcroft, ob. cit.
33. Alberto Zum Felde, *Proceso intelectual del Uruguay*, Montevideo, Editorial Claridad, 1941, p. 214.
34. «La profesión literaria», *El Hogar*, 1928, recogido en: *Sobre literatura*, Montevideo, Arca, 1970, p. 90.
35. *Recuerdos de la vida literaria. I. Amigos y maestros de mi juventud*, Buenos Aires, Librería Hachette, 1961, p. 36.
36. En: *Revista de la Biblioteca Nacional*, No. 18, Montevideo, mayo de 1978, pp. 9-39.
37. «La crisis del cuento nacional», *La Nación*, 1928, en ob. cit., p. 95.
38. Carlos Monsivais, «Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX», en: *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1976, t. IV, p. 360.
39. V. Héctor Aguilar Camín, «Los jefes sonorenses de la Revolución Mexicana» en: *Saldos de la revolución. Cultura y política de México*, 1910-1980, México, Nueva Imagen, 1982.
40. Sobre las ideas de esta generación ver Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1976.
41. José M. Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas*, Madrid, Victoriano Suárez Editor, 1912 (2a. edición), p. 205. En su larga recomposición de los «escribanos» de la Independencia, Ramos Mejía insiste en su baja preparación («sus latines y una constante exhibición de las lecturas indigestas que formaban su bagaje») para subrayar el rasgo declamatorio de su arte, que también se conoció en la oralidad que dominó a la revolución mexicana. Dice: «Su pirotecnia estaba llena de luces y fosforecencias llamativas; su música de bronces y tambores, aunque oportunamente quejumbrosa, con trágicos terriblequeos de voz, cuando las desgracias de la patria, infaltables, hacían su salida al son de ritmos coriámbicos, tan cómicos como vivos y enérgicos eran estos en la tragedia antigua. Luego de confeccionada la rumbosa comunicación, manifiesto o proclama encomendada, venía la lectura, en la que a menudo estaba el *truc* de la magnetización; lectura hecha con arte y especiales intenciones, levantando la voz, alternativamente airada o doliente en los párrafos que lo requirieran; con movimientos de predicador, allí donde la acción de la simple lectura o la música particular de alguna tirada patriótica no produjera el efecto esperado». Cotéjese con el análisis estilístico a que Martín Luis Guzmán somete una proclama de Obregón (*El águila y la serpiente*, Lib. III, cap. 4): «Lo peor del manifiesto -o lo mejor para los fines de la risa- no estaba en el juego de los símiles o metáforas. Provenía sobre todo, de cierto dramatismo a un tiempo ingenuo y pedantesco, que era como la medula de la proclama. Se le sentía presente en las palabras iniciales: «Ha llegado la hora...»; se le escuchaba estrepitoso en el apóstrofe final: «¡Malditos seáis!» y hallaba expresión perfecta en esta frase de dinamismo teatral agudo: «La Historia retrocede espantada de ver que tendrá que consignar en sus páginas ese derroche de monstruosidad» -la monstruosidad de Huerta».
42. *El águila y la serpiente*, en: *La novela de la Revolución Mexicana* (Antonio Castro Leal, ed.), México, Aguilar, 1962, t. I, p. 231.
43. Pienso en libros como el de Jesús Silva Herzog, *El agrarismo mexicano y la reforma agraria* (1959), Arnaldo Córdova, *La ideología de la revolución mexicana* (1973), o el reciente de James D. Cockcroft, *México, Class Formation, Capital Accumulation and the State*, New York, Monthly Review Press, 1983.
44. Es la convicción de uno de los personajes de *Las moscas* (en: *La novela de la Revolución Mexicana*, p. 172), obra en que Azuela combina la crítica de la burocracia con la de los rezagados intelectuales del modernismo.
45. Stanley L. Robe, *Azuela and the Mexican Underdogs*, Berkeley, University of California Press, 1979, en especial páginas 103-113, a las que pertenecen las citaciones del texto de Robe.